



RICARDO HAYE

AGUAFUERTES

Contemporáneas 2



Ricardo Haye

AGUAFUERTES

Contemporáneas 2



PubliFadecs

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Universidad Nacional del Comahue

2023

Haye, Ricardo M.
Aguafuertes contemporáneas / Ricardo M. Haye. - 1a ed. - General Roca:
Publifadecs, 2023.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4459-57-2
1. Radio. 2. Periodismo. 3. Reflexiones. I. Título.
CDD 070.194

© Ricardo Haye

Edición: agosto 2023

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina

Diseño: Viviana García



Esta edición se realiza bajo licencia de uso creativo compartido o **Creative Commons**.



Esta permitido la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones.



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).



No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: solo esta autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

© **PubliFadecs**

Departamento de Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Universidad Nacional del Comahue
Mendoza y Perú (8332) General Roca. Rio Negro. República Argentina
publifadecs@hotmail.com

PRÓLOGO

“El mito es contar algo de una vez para siempre: contar un cuento muchas veces y que nunca se agote su misterio, contarlo a través de los siglos y que sea siempre una revelación y al mismo tiempo un enigma” (Cesare Pavese)

Lo que se cuenta y escucha, lo que se revela y comparte, lo que se convida en estas *Aguafuertes* bien podrían tener el denominador común del misterio que supone lo sabido/revelado en las opacidades discursivas de lo cotidiano. Sólo que lo sonoro –en sus múltiples facetas de voces, acordes y efectos– siempre transforma esas opacidades en los deslumbrantes destellos que invitan al *“a brillar mi amor”* del día a día.

Si un visitante de afuera quisiera desentrañar la realidad argentina de estos últimos años, bien podría hacerlo a través de estas *Aguafuertes*. Porque a través de los temas abordados y que reflejan a los años 2021, 2022 y 2023, se desacraliza la escritura y se vuelve amoroso el sonoro decir, para reflejar los verdaderos conflictos que suponen la lucha por una vida digna: cómo se viven esos conflictos, de qué manera se los procesa, qué tanto se inscriben, cómo se instalan, qué resistencias construyen y cuáles reacomodamientos permiten.

Se recuperan así hechos de la vida cotidiana –verdadera escena de poder– a los que se les da vida propia muy poderosa por el hecho de nombrarlos, de dotarlos de humanidad, de pararlos en la sensibilidad colectiva del bien común.

Desde el comienzo –para referenciar al 2021– Marita, Cacho, Elena, Juanito, Valentín, Miguelito, son algunos de los nombres nombrados. Es decir, instalados como sujetos históricos desde donde ese 2021 es un año no sólo de pandemia. Es también el tiempo de la reflexión

sobre las relaciones de poder, el pasado como dato que sigue operando en el presente, las máscaras de la impostura y de la hipocresía.

Pero también es la presencia y responsabilidad de la comunicación. Juanito y la radio del barrio, encarnan la certera posibilidad de desenmascarar los discursos de dos caras como le dice don Valentín. ¿Qué otra función más importante puede tener hoy la comunicación y más precisamente la comunicación radiofónica? No es un dato menor que las Aguafuertes son parte de la programación de Antena Libre FM 89.1Mhz. *Radio* de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Comahue.

Las preguntas –estas viejas preguntas– siempre actualizan la mirada no sólo acerca de lo que puede hacer la comunicación, sino además acerca de las formas renovadas en que los grandes medios concentrados naturalizan, legitiman y co–producen la desigualdad y se constituyen en verdaderas arenas de disputa de poder.

Las *Aguafuertes* llevan la comunicación al entramado de las conversaciones y los conflictos sociales en tanto es allí donde la comunicación se origina y desde allí producen estrategias socio–político–culturales, es decir, Comunicación con mayúscula.

Pero las historias se escapan del mismo narrador como una especie de cinta de *Moebius* que vuelve a ese mismo narrador enriqueciendo el horizonte político y el reconocimiento cultural envolvente. Sin lenguaje grandilocuente y grandioso, sin altavoces rimbombantes, porque son historias pequeñas pero épicas, se recuperan hechos y motivaciones conocidas pero a las que se les otorga una vida propia muy poderosa.

Cuando arribamos a las *Aguafuertes del 2022*, la diversidad de temas, problemáticas y actores no altera el sentido primario de compartir y ofrecer estas miradas. Aquí también hay nombres nombrados: Julián, la radio, el mate y la certeza de que *entre esos tipos y yo hay algo personal* se cuele entre lo que prevalece y da sentido al nutrido capítulo del 2022: los hechos y las motivaciones pero fundamentalmente las proyecciones y consecuencias de esos hechos.

Así se presentan títulos que operan como verdaderos dispositi-

vos de acercamiento a una realidad que si bien es propia, no se la puede ver sin el contexto mundial y fundamentalmente latinoamericano. Títulos que metaforizan realidades y por tanto construyen posicionamiento: *¿Desencanto o estupidez inducida?... Vayamos por la vereda del sol... Paradojas continentales... De un magnicidio fallido y un león adormecido... El corto trecho del dicho al hecho... Ante un umbral despiadado...* son sólo algunos de los títulos que invitan a reflexionar sobre la Cultura como configuración cultural; porque a poco de recorrer y escuchar cada uno de los textos que se presentan con una fuerte carga política, se comprende que de lo que se está hablando es de las condiciones de producción de lo que se presenta como “natural”.

En esa configuración cultural, lo educativo se erige como el eje a través del cual plantear la proyección del orgullo universitario como responsabilidad de motorizar no solo los logros sino también las carencias como forma posible de que los sueños y utopías tengan posibilidades de realización. Así es como se Inserta a la carrera de Comunicación Social no solo en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales –Universidad Nacional del Comahue– sino en el complejo campo comunicacional al que necesita contribuir como nunca con una *labor pedagógica y mayéutica de des-acondicionamiento mental* y erigirse en un verdadero Polo Educativo Regional. Tamaña tarea necesita de recursos como materialidades que la constituyen y son condición de posibilidad para restablecer o fortalecer vínculos ante el acecho permanente de la individualidad narcisista de todo programa neoliberal.

Irrumpe también aquí lo que se reconoce en Ricardo Haye como una activa militancia de siempre: la ficción y la imaginación como esa capacidad de no quedarnos en el mero reconocimiento de lo que somos, de lo que vemos, de lo que hay, sino de soñar y entrever otras realidades. Si lo radiofónico y las matrices sonoras con la voz como portadora de los sentidos de la existencia –como lo expresara Bajtin– son su principal empeño, su mirada acerca de lo audiovisual en películas, series o videos tienen la politicidad de ser presentadas siempre en relación al espacio público como lugar de la conflictividad social. La película “Argentina 1985” en *Incompatibilidades argentinas* o la serie “El encargado” en *Los*

adversarios repulsivos no nos embellecen, dan cuenta de la importancia de distinguir los límites entre realidad y ficción para que de uno u otro modo, las ficciones *conecten experiencias que nos enaltezcan el alma*.

Las *Aguafuertes del 2023* son una constatación de que la relación con el conflicto social y lo político es constitutiva de las condiciones de producción de las propuestas y de los materiales comunicacionales como así también de las interpelaciones que recibe el campo de la comunicación.

Con la certeza de que la ficción es testimonial de la época, Ricardo comparte la admiración por los juegos del lenguaje que se atreven a relacionar y por qué no a mezclar —aunque su término es *conjuguar*— al cine con la filosofía, la tira cómica, la música; y destaca a un Marcelo Figueras que en *El cohete a la luna* enhebra los mitos con los logos para que lo simbólico no muera en tanto es ese orden simbólico la ley que nos permite ordenar el sentido.

De ahí que *Defender la ficción para preservar la utopía* sea más que un título: es la posibilidad de ver que más allá de la importancia de los actos eleccionarios y los gobiernos, de las problemáticas de los humedales o la emergencia forestal, del desencanto y las contradicciones de quienes son elegidos por el voto, estará la ficción como una sintomatología de la época que nos interpela y nos hace preguntar por nuestro lugar en el mundo ante las desigualdades, vulnerabilidades, ejercicios del poder y ambiciones sin fin.

Porque si escribir es pensar y hablar es posicionarse, es la ficción la que permite que esa escritura y ese decir sean el campo de pruebas del futuro, los ensayos de la utopía o la manifestación más genuina de cómo queremos que sean las cosas, al dialogar con las citas y expresiones de Mariana Enríquez y Juan Cárdenas... pero también con la familia conformada por Mateo, Aurora, Eduardo y Mónica.

No sería justo obviar que todos los recorridos tienen clivajes fotográficos que dicen por sí mismos y que además son caminos sonoros donde la voz son voces y donde la música son músicas. En un entramado de fotos, caricaturas, dibujos, afiches, rostros, paisajes, historias, noti-

cias, libros, manos, abrazos, músicas, nos recibe un ¡Hola *Antena!* y nos despide un ¡Chau! sonoro y abarcador.

Es que la cinta de *Moebius* puede así estar presente en el día a día de las *Aguafuertes*; cada vez más hermosas y comprometidamente destinadas a hacer de la vida cotidiana la más política de las vidas en tanto se atreve a sacar de sí misma y de sus propias entrañas las palabras, el silencio, la astucia y la fuerza para los sueños y utopías colectivos...

¡Hola *Antena!*...Chau *Antena!*

¡Gracias Ricardo!

Tina Gardella

Tucumán, mayo de 2023

INTRODUCCIÓN

Este libro es el segundo volumen de las “*Aguafuertes contemporáneas*”, que pone en circulación Publifadecs, la editorial de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Comahue.

El primero vio la luz el año pasado y recogió las columnas periódicas que durante 2020 y parte de 2021 produjo para la emisora universitaria *Antena Libre* FM (89.1 Mhz, General Roca, Río Negro) y el portal periodístico neuquino “*Va con firma*” (www.vaconfirma.com.ar).

Igual que en el anterior, aquí se incluyen las versiones sonoras y escritas de esos textos, guiados por la vocación de intentar una reflexión acerca de circunstancias y acontecimientos por los que transita nuestra existencia en un tiempo que nos gusta considerar nuevo, sin que ello involucre un juicio de valor sino una simple descripción.

La novedad de la época la atribuimos a un conjunto de causas, entre las cuales sobresale la declaración de una crisis sanitaria cuyos alcances le asignaron presencia cierta al fenómeno de la globalización, tantas veces enunciado y nunca antes tan omnipresente como cuando el COVID 19 comenzó a hacer estragos en la humanidad.

Un segundo elemento que subraya la singularidad del momento es el de las consecuencias aún no debidamente ponderadas de la pandemia, particularmente las derivadas de las prácticas aislacionistas a las que debimos recurrir en beneficio de la salubridad pública.

Otra razón en la que fundamos nuestra convicción acerca de la diferencia que atribuimos a esta etapa es la revigorización de conceptos que considerábamos en reflujó, como el que concita nuestra atención en la primera de las Aguafuertes aquí compiladas. El supremacismo, la con-

cepción ideológica de quienes reivindican la superioridad de algún grupo humano en virtud de razones étnicas, biológicas, culturales, religiosas o de origen, implica un paso más en la senda profundamente inquietante que ya abrían los grupos de extrema derecha que se florecen desembozadamente, tonificados por la llegada al poder de algunos de sus representantes internacionales más conspicuos.

Casi como si completáramos un círculo, las *Aguafuertes de 2022* se cerraron con una referencia al regreso perturbador a un pasado tenebroso: el de los fundamentalismos de creencias que promueven el oscurantismo y consideran “méritos” a los que solo son privilegios de origen.

Junto a esos textos compendiamos otros que vuelven sobre aspectos que sentimos inherentes y constitutivos de nuestra condición humana, particularmente aquellos que remiten a intereses comunicativos, artísticos y culturales, a los que concebimos imprescindibles para encontrar sentido a nuestro estar en el mundo.

Siempre creímos que la mejor forma de abordar esas cuestiones es a través de la práctica del relato, porque, en absoluta coincidencia con la admirable Mariana Enríquez, también nosotros creemos que la ficción convierte algunas cosas en inolvidables y la gimnasia de la memoria es una actividad imprescindible.

Se trata de avanzar hacia la integración de los aportes del logos y el mito, porque ambos pueden ser igual de útiles a la hora de explicar el mundo. El logos desarrollando su tarea a través del raciocinio y el mito, apoyándose en la fantasía y la imaginación. Y, complementariamente, articulando saberes “académicos” y expresiones de la cultura popular cuyo maridaje es menos habitual de lo que resultaría deseable.

Con ese propósito, nuestras aproximaciones a las unidades de sentido que queremos comunicar tienen por costumbre apoyarse en una narratividad construida a escala humana, con referentes que permitan establecer una identificación inmediata a lectores u oyentes. En las páginas y audios que siguen aparecen Marita, Cacho, los Pérez Rivarola, Elena, Juanito, don Valentín, Miguelito, don Julián o Mateo y Aurora como equilibrios necesarios ante dirigentes políticos, economistas, filósofos, escritores y demás personalidades públicas que suelen acaparar la

atención mediática. En esas figuras de a pie encarna la premisa que nos guía: plantear las ideas a través de los hechos y los hechos a través de las personas.

Pensamos que este recurso nos resguarda de los enfoques esencialistas que acostumbran hacer abstracción de la experiencia; de aquellos planteamientos trascendentales en los que nuestra praxis cotidiana y nuestra propia humanidad se desvanecen.

Ya en el primer volumen de estas *Aguafuertes* citamos a Hannah Arendt y su planteamiento acerca de la «banalidad del mal». La filósofa alemana acudió a ese concepto para criticar los mecanismos de trivialización que pretendían enmascarar el exterminio de millones de seres humanos. Sin pretensión de establecer parangones o forzar analogías, creemos que la acción comunicativa de nuestros días debe confrontar con las prácticas que tienden a trastocar el valor de los hechos, asignando sustancialidad extraordinaria a acontecimientos definitivamente menores y frivolisando, menospreciando o ignorando circunstancias con otros merecimientos. En la medida en que nuestros textos alcancen a elevarse por encima de los discursos pueriles, serán capaces de superar esa banalidad que, como enseñó Arendt, es el envoltorio con que suele presentarse el Mal.

Desde el enfoque crítico y la personalización de los procesos comunicativos debemos tender puentes que aúnen dialécticamente la realidad con el mundo de las ideas.

Conscientes de nuestras limitaciones no podemos cejar en nuestra voluntad de contribuir a acrecentar el capital simbólico y la capacidad social de las personas, estimulando los índices de participación ciudadana, resguardando un lugar significativo para la utopía social, creando espacios de relaciones más solidarias y tonificando la creatividad de quienes nos leen y escuchan.

Además, (sería necio negarlo) el trabajo que presentamos ha sido producido con objetivos ambiciosos: nos haría profundamente felices saber que hemos aportado, aunque sea en forma minúscula, a la expansión de la conciencia social, así como a la mitigación de estados de soledad, aislamiento o incomunicación. Experimentamos la convicción de

que nuestra labor debe facilitar y promover condiciones de fraternidad y solidaridad social.

Vivimos la comunicación como la posibilidad de encarnar un “yo auxiliar” que procura ayudarnos a reflexionar o movilizarnos. Quizás para algunas personas esta función constituya un puente de salvación e incluso una compañía terapéutica; tal vez acerque una palabra empática que alivie tensiones, una voz de aliento o incluso un llamado de atención. Todo eso hacemos cuando transmitimos información, comentamos la actualidad, exponemos nuestras ideas o damos cauce a las de quienes nos escuchan o leen y al abrir las compuertas a la imaginación de lectores y oyentes.

Ese es el espíritu con el que continuamos procurando conjugar la razón y las emociones, en ese necesario campo de pruebas del futuro que determina la confluencia virtuosa entre nuestras cogniciones y nuestra imaginación.

Ante vuestros ojos y oídos está el resultado de esas búsquedas.

INDICE

Aguafuertes de 2021

La amenaza del supremacismo (01/10/2021)	15
En defensa propia (22/10/2021)	22
La profe lo tiene claro (28/10/2021)	25
Cuando la data viene falluteada (05/11/2021)	30
Miguelito cumple 100 (13/11/2021)	33
La impostura de la derecha (21/11/2021)	38
Sobre fantasmas, malestares y melones (01/12/2021)	43

Aguafuertes de 2022

¿Desencanto o estupidez inducida? (12/06/2022)	48
Don Julián enfrenta el disparate (19/06/2022)	54
Una “mesaza” de cara a las elecciones de 2027 (26/06/2022) ..	58
Vayamos por la vereda del sol (03/07/2022)	64
El polo educativo que no es tal (10/07/2022)	71
Paradojas continentales (14/08/2022)	78
De un magnicidio fallido y un león adormecido (04/09/2022) ..	84
Otro polo necesario (25/09/2022)	89
El corto trecho del dicho al hecho (02/10/2022)	96
Incompatibilidades argentinas (09/10/2022)	102
Ante un umbral despiadado (16/10/2022)	108
Recursos para apropiarse de la historia (30/10/2022)	115
El congreso detuvo el “apagón cultural” (06/11/2022)	122
Bajo el imperio del “lawfare” (13/11/2022)	127

Los adversarios repulsivos no nos embellecen (20/11/2022) . . .	132
Antes que la ola retardataria nos ahogue (04/12/2022)	137

Aguafuertes de 2023

Los dioses también están en la cocina (12/03/2023)	142
Estamos en emergencia forestal (19/03/2023)	148
Estrategias fallidas y dilemas a futuro (26/03/2023)	154
Defender la ficción para preservar la utopía (02/04/2023)	160
Alegoría de la familia – país (09/04/2023)	166
Fortalecer convicciones para combatir el desencanto (23/04/2023)	170
Inteligencia artificial y ¿realidad? en pantalla (30/04/2023)	177
El salvajismo se enseñoorea y nos degrada como sociedad (07/05/23)	185
Riesgos de la “fatiga democrática” (14/05/23)	190
Un llamamiento a la firmeza y a la audacia (21/05/23)	195
Una mirada sobre las inteligencias artificiales (28/05/23)	202
Borges, las calles y la patria (11/06/23)	208
Ataque criminal sobre la Plaza (18/06/23)	213
La prologuista	220
El autor	221

AGUAFUERTES DE 2021

La amenaza del supremacismo



Ya resultaba bastante agobiante tener que andar lidiando con la amenaza esporádica del neoliberalismo que tanto daño causó a nuestra sociedad, pero ahora resulta que estamos ante el riesgo de la instalación de ideas supremacistas.

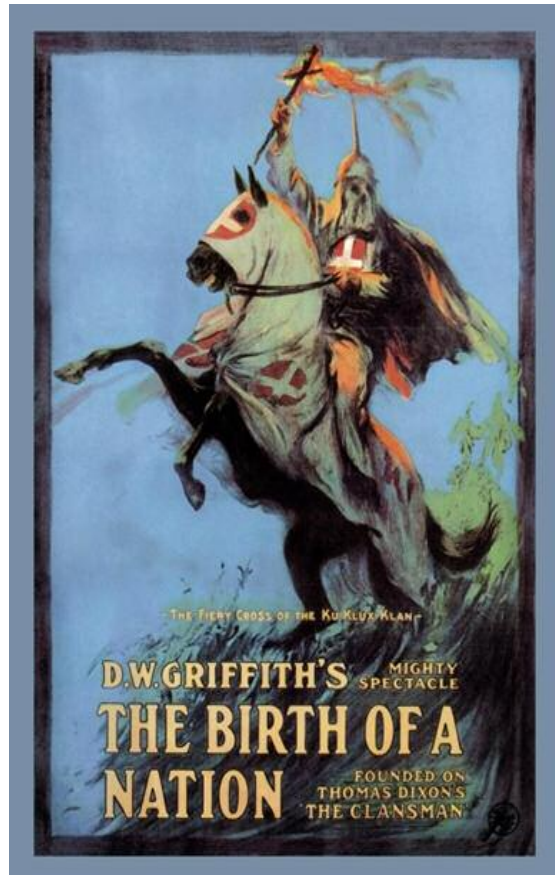
El debate puede parecer inverosímil, pues nos retrotrae más de un siglo y medio hasta la época del nacimiento del *Ku Klux Klan* (1865), en los Estados Unidos. Si originalmente la agrupación fue creada para aterrorizar a la población afrodescendiente, algunos años después amplió el rango de sus enemistades para incluir en la nómina también a los blancos que incurrieran en comportamientos “inmorales”.

A medida que el siglo XX consumía almanaque pareció que la furia supremacista perdía gas, aunque su cosmovisión no se extinguió nunca. Basta pensar en los grupos violentos de *skinheads* (cabezas rapadas) que suelen utilizar simbología nazi, adoptan una gestualidad milita-



rista y amenazan con eliminar la “escoria” de la sociedad; o a los devotos adoradores de políticas de *apartheid* y a sus seguidores ¿más moderados? que viven vociferando contra los movimientos migratorios de los desheredados de la tierra, muy especialmente si tienen la piel cobriza.

La película “El nacimiento de una nación” (D. W. Griffith, 1915) ensalzaba las acciones del Ku Klux Klan y se apoyaba en la idea de la supremacía de la raza blanca para promover abiertamente el racismo.



Eso mismo sostiene un documento donde el Instituto Español de Estudios Estratégicos alerta que muchos países no han podido superar plenamente una corriente de pensamiento que, bajo ciertas circunstancias, remonta su bajo perfil y tiende a agravarse.

Nuestros días son testigos de manifestaciones por el estilo, brotando como granos de pus a lo largo y ancho del planeta.

Un artículo de tres académicos mexicanos se refiere al papel que desempeñan los medios de comunicación en la generación, desarrollo e incluso regreso de creencias ideológicas supremacistas, ya no solo en sus seguidores, sino también, en la comunidad en general, configurando creencias que se utilizan para justificar comportamientos de segregación, rechazo y discriminación hacia los grupos minoritarios.

A juicio de estos analistas el influjo mediático es una de las causas que hacen revivir una visión moral contraria a la diversidad y un discurso de odio que rechaza a todos aquellos que son diferentes¹.



En la Argentina el ejemplar más representativo de esa fauna retrógrada se llama Javier Milei, un negacionista que defiende regímenes dictatoriales o impopulares. Tanto que considera que en los primeros

¹ Puede consultarse en <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15357108013>

años de la década del '90 la Argentina tuvo el mejor gobierno de su historia. A su juicio, el mérito es todo de Domingo Cavallo, un dirigente que también le devuelve flores y piensa que los conceptos que defiende Milei “son los correctos”.

¿Cuáles son esas nociones? El joven maravilla al que los medios poderosos no dejan de ponderar piensa que la justicia social es un concepto nefasto y vomita a los gritos que “la redistribución del ingreso es una idea de mierda”.

Pero el momento cúlmine de su arrebatado llega con la exaltación de su superioridad: “Somos superiores estéticamente” dice el tipo que lleva un nido de caranchos en la cabeza. “Somos superiores moralmente. Somos mejores en todo”, se desgañita.

Causa asombro el abandono de los subterfugios, la renuncia a los enmascaramientos de lo que hasta hace un rato resultaba impresentable: ahora mismo hay gente reivindicando ideas que promovieron genocidios. Y lo que es todavía más sorprendente: consiguen seguidores en las filas de los grupos sociales que serán sus primeras víctimas.



Bolsonaro en Brasil, Trump en EEUU, VOX en España y Milei en Argentina tributan a un conjunto de ideas retrasan el reloj de la historia porque menoscaban la dignidad humana.

Porque ¿qué otra cosa pueden esperar los grupos vulnerables de alguien que anticipa que su ideario es el del darwinismo social? Milei suscita las tesis que propician la sobrevivencia de los más fuertes, esos que conservan privilegios de clase, los bien alimentados, los que pueden pagarse la salud. A los demás, nada de eso les corresponde. Que vayan renunciando a cualquier pretensión de igualdad, lo que trae claras reminiscencias de aquella inscripción que Dante Alighieri situaba en la puerta del infierno “Que abandonen toda esperanza, los que entran aquí”. Porque ese “aquí” que perfila la sociedad libertaria se parece mucho al averno. Ahí no hay espacio para la solidaridad, ni para ninguna forma de fraternidad. Algunas políticas que se preanuncian son el fin de toda protección social; desaparecerá cualquier forma de apoyo a quienes caigan debajo de la línea de pobreza o, peor aún, de indigencia. Desaparecerán las cláusulas que evitan despidos y, por consiguiente, crecerán el desempleo y el empleo precarizado.

No estamos asegurando que el bochornoso Milei vaya a ser el ejecutor de estas políticas aciagas. Quizás apenas sea el remedo de otro legislador efímero que obtuvo sus quince minutos de fama merced a aquella parodia televisiva zonza del “*alika alikate*”, pero la fugacidad o permanencia que alcance no debe tapar el bosque de los riesgos que sus propuestas entrañan. Porque todas las amenazas que el neoliberalismo se cuidaba de anticipar y procuraba mantener en las sombras, pueden concretarse bajo un régimen libertario.

El acceso a la educación se verá reducido y la propia educación perderá calidad con presupuestos disminuidos, educadores mal pagos y falta absoluta de inversión.

Los comercios y las PYMES que lograron sobrevivir al ciclo trágico iniciado en 2015 y a las consecuencias de la pandemia, van a caer como moscas ante la competencia desleal de los artículos importados y las políticas de subsidio que otras naciones aplican regularmente pero que aquí neoliberales y libertarios condenan de antemano.

La salud volverá a fragilizar su infraestructura pública porque los sectores acomodados siempre tendrán el acceso a clínicas y sanatorios privados de élite. Mientras tanto, los usuarios de hospitales y centros



comunitarios los hallarán desabastecidos y con personal desmotivado y al borde del desfallecimiento. Quizás en ese punto, algunos miembros de barriadas humildes lleguen a replantearse el apoyo que les ofrecieron a sus verdugos. Pero será infinitamente tarde.



Tal vez asome remordimiento en el desocupado que encuentre cerrado el merendero que le daba el único alimento de su familia. Pero entonces no habrá vuelta atrás posible; el daño ya estará hecho. Porque su voto habrá ayudado a consagrar las políticas que niegan cualquier

posibilidad de movilidad social ascendente. Porque la boleta que puso en la urna fue la de quienes le avisaron “se acabó la puja distributiva”, “minga de justicia social”. Probablemente recuerden la sentencia de un expresidente que llegó a decir “el que se tenga que morir, que muera”. Pero, insistimos, ya no habrá espacio para el arrepentimiento.

Cuando las fuerzas de represión, armadas hasta los dientes con armas letales, carguen contra cualquier atisbo de reclamo quizás quieran reconsiderar la violencia expresiva del candidato que amenazaba con quemar el Banco central y no dudaba al asegurar que aplastaría al que se le pusiera enfrente. Pero, a semejantes alturas, ese sentimiento no le servirá para cambiar nada.

El momento para evitarlo es este. Ahora todavía se puede impedir que la violencia de ultraderecha lastime nuestra dignidad maltrecha. Lo único que hace falta es retirar la adhesión a cualquier figura que pregone valores antidemocráticos, promueva el odio y escandalice con su insensibilidad.

Nada justifica la cancelación de derechos. Ningún pensamiento es noble si se basa en el atropello de los otros, pero aún es más repugnante cuando el abuso hace víctimas a los grupos sociales más débiles o desguarnecidos. Incluso aunque esos mismos sectores hubiesen ayudado a afilar el hacha que mañana se cernirá sobre sus cabezas.

En defensa propia



Tuvieron los vaivenes lógicos que se experimentan en cualquier relación de veinte años. Pero Marita y el Cacho nunca dejaron de quererse y respetarse. Ni siquiera durante aquel distanciamiento que duró tres meses y que ahora, con las ventajas curativas del tiempo, atribuyen a “cuestiones sin importancia”.

La base de ese entendimiento que trasciende y absorbe matices siempre fueron las ideas comunes, las convicciones compartidas y, según dicen ellos mismos, los gustos musicales complementarios: Cacho es fanático del rock y el blues y a Marita le encantan los boleros.

Cacho es chofer en una empresa de colectivos urbanos y un activo dirigente sindical al que nunca una mancha le afeó el historial. Por eso lleva diez años renovando su representación gremial sin despeinarse siquiera.

Marita tiene en el barrio en que viven un arraigo que comprende todo el trayecto de su vida. Y, casi desde que tiene memoria, trabaja como empleada doméstica. Lo hace con alegría, que es una marca de identidad de su carácter, aunque la designación no le caiga en gracia. Marita sabe que “doméstica” viene de la expresión latina “domus”, que era la forma en que los antiguos romanos de hogares acomodados llamaban a sus viviendas. El inconveniente surgió cuando se enteró que el cabeza de familia recibía el título de “dominus”. De ahí a conectar esos antecedentes con la idea de dominio y de personas mansas y débiles o domesticadas había solo un paso. Y a la esposa de Cacho ese paso le sulfuraba los ánimos.

El colectivero se reía y decía que su “pequeña fiera” estaba completamente a salvo de cualquier intento de someterla. “Mi esposa es como las cebras –celebraba–: nunca pudo domesticarse a ninguna”.

Desde hacía casi un año, los Pérez Rivarola le habían pedido a Marita que les ayudara con las tareas hogareñas. En el barrio se los conocía de toda la vida, pero desde que Rogelio amplió el almacencito y lo convirtió en la franquicia de una cadena nacional pasaron a ser los “nuevos ricos” o, como decía el Cacho, “los que habían pelechado”.

Sin embargo, a doña Liliana el buen pasar no le había modificado el rictus amargo que le ensombrecía el rostro cada vez que se asomaba a la calle. En la intimidad del hogar seguía reclamando una mudanza a un sitio “más a la altura de uno”, discusiones que Rogelio siempre pateaba para más adelante, cuando hubieran acumulado un capital mayor.

Los vecinos de la cuadra ya llevaban dos colectas para ayudar a solventar el tratamiento del bebé de los Rosetti, afectado de atrofia muscular espinal, y para los Barragán, que se habían quedado sin sustento cuando cerró la curtiembre en la que trabajaban Pedro y su hijo Eduardito.

Es cierto que los Pérez Rivarola habían contribuido con algo, pero las dos veces fue a regañadientes y con una cifra mucho menor a la que sus posibilidades permitían.

La queja de doña Liliana no había tardado en retumbar por toda

la casa: “para qué pagamos un platal en impuestos si después tenemos que ayudar a la gentuza que no se esfuerza como uno”.

Marita acopiaba comentarios como estos y los procesaba con dificultades cada vez mayores. Y ese “como uno” que se reiteraba tanto no contribuía en nada a aplacarle la acidez estomacal recurrente.

“Si no hubiera tantos planes sociales, la gente se esforzaría más”. “¿Cuándo nos vamos a dar cuenta de que el Estado está criando generaciones de vagos?”, “¡Ahí tenés lo que ganamos con estos gobiernos populistas!”, se desesperaba “la marquesa”, como Marita la llamaba mentalmente cuando la mujer sacaba a relucir su muestrario de frases hechas, construidas a partir de recortes de las “opiniones calificadas” que le suministraba la pantalla de un par de canales de referencia. “Los únicos que se pueden ver, los que te cuentan lo que pasa de verdad, Marita”.

A Cacho y a su esposa les costaba un enorme trabajo aceptar que alguien defendiera con tanto énfasis intereses de clase que ni siquiera eran los suyos. Quizás, se decían, era el empeño más o menos consciente que ponían para ser aceptados y pasar a formar parte de un universo al que recién llegaban.

Tanto crecía la furia de “la marquesa” que en algún momento sintió necesidad de llevar la prédica más allá y desasnar al populacho que no entendía razones y seguía votando tan mal cada vez que había elecciones.

Pero cuando lo intentó con Marita alcanzó un punto límite en el que la empleada decidió dejar de lado el silencio y la tolerancia de tantos meses. Una sonrisa discreta acompañó sus palabras tranquilas, casi en susurro, pero que igual desequilibraron a la matrona: “Quédese tranquila, señora. Jamás elegiríamos candidatos dañinos. En mi familia siempre votamos en defensa propia”.

La profe lo tiene claro



Se ha puesto las mejores pilchas. La ocasión lo merece y ella se lo debe a sí misma. Aunque se trate de un encuentro virtual, es una de sus últimas clases antes de que le llegue la jubilación. Elena repasa sus 38 años de vida académica y una vez más se dice a sí misma: “Llegué hasta aquí como resultado de la movilidad social ascendente”.

La mujer ya anda ligeramente por arriba de los sesenta y no se le escapa que nació y creció en un hogar consolidado y que tuvo padres afectuosos y bien ocupados en su desarrollo.

Pero sabe con la fuerza de las convicciones profundas que, en su evolución personal, profesional e incluso espiritual, existió la responsabilidad mayúscula de un Estado que, con los barquinazos propios de la historia argentina de las últimas décadas, generó condiciones propicias para que hoy esté a las puertas del retiro tras una carrera impecable en cuyo transcurso alcanzó los niveles más altos de escolaridad y formación académica.

Es un contraste notable cuando considera que papá y mamá no llegaron a completar el ciclo primario de educación, aunque eso no les impidió desplegar su conciencia social al calor de las etapas en que la vida institucional no fue avasallada por las frecuentes asonadas militares que tuvieron a los saltos a la sociedad argentina. E incluso por oposición, también cuando la democracia fue tomada por asalto porque le dio elementos de comparación elocuentes y definitorios.

La novedad vendría a finales del siglo pasado, cuando los regímenes antipopulares llegaron al poder a través del voto. Esa gente sensible y consciente de su realidad que fueron los padres de Elena jamás contribuyeron a semejante despropósito. De ellos aprendió Elena a desconfiar de los cantos de sirena y del palabrerío envolvente pero hueco de las agrupaciones políticas construidas con el único propósito de resguardar los intereses de los sectores acomodados.

Aquel ingeniero mal encarado que expresaba eso de “hay que pasar el invierno” fue un claro ejemplo de una discursividad nociva, al servicio –siempre– de un mayor empoderamiento de los poderosos, a costa –siempre, también– del esfuerzo de las mayorías populares.

Hay un inventario trágico que va enhebrando nombres, como los de Francisco Manrique, aquel ministro de Bienestar Social durante los gobiernos de facto de los generales Levingston y Lanusse, que intentó construir una carrera como dirigente procurando ganarse el voto de los jubilados. Esa ilusión fugaz sirvió para comprobar que se puede engañar a muchos durante una temporadita o se puede embaucar a algunos por mucho tiempo, pero jamás se consiguió engatusar a todo el mundo todo el tiempo.



Rostros de la ignominia

En la dictadura siguiente fue Martínez de Hoz el ministro que puso todo su empeño en aniquilar el aparato productivo criollo. Massera, almirante siniestro del trío genocida que capitaneaba ese régimen oprobioso, también quiso perpetuarse a través de un partido político que felizmente nunca alcanzó relevancia alguna.

Y así como ellos hubo otros que intentaron lo que por entonces resultaba imposible: obtener reconocimiento popular.

En casa de la joven Elena, primero, y de la Elena adulta, después, nunca lo consiguieron. Y en muchos otros hogares, construidos en torno a la cultura del trabajo y el espíritu solidario, pasó lo mismo.

Hasta que la última década de la centuria pasada hizo realidad eso que hasta allí venía siendo inadmisibles y absurdo: con adhesión de algunas porciones de las capas sociales más desfavorecidas, un dirigente peronista actuó como el caballo de Troya que introdujo en la administración nacional a los referentes destacados de las concepciones políticas más retrógradas y feroces. Y ahí, por fin, el ingeniero invernal, su familia y sus secuaces lograron llevar a la práctica su obsesión por el desguace del Estado.

Un lapsus inolvidable de un ministro de aquella época sirvió para que ese gobierno ominoso mostrara la hilacha: “Nada de lo que deba ser

estatal, permanecerá en manos del Estado”, aseguró el titular de la cartera de Obras y Servicios Públicos, Roberto Dromi, al que el inconsciente le desnudó el pensamiento.

Elena y sus padres percibieron de inmediato que el país resignaba el control de sectores estratégicos como la energía, las telecomunicaciones o el transporte.

Cada vez que un ciclo como esos logró poner sus zarpas sobre la conducción del país, se sacrificaron conquistas laborales; se redujo la capacidad adquisitiva de la población asalariada; retrocedió la calidad de la educación; desfalleció la inversión social destinada a financiar la protección ambiental, los servicios comunitarios, la cultura y el arte; grupos sociales vulnerables quedaron desasistidos; crecieron la pobreza y la indigencia; el acceso a la salud resultó más complicado y el futuro, en general, se volvió más incierto para quienes habitan en la base de la pirámide social. Pero hasta ahora esos ciclos de retroceso no han conseguido extinguir la voluntad de progreso y el deseo ferviente de acceder a una mejor calidad de vida de millones de personas.

Elena pasó su infancia y juventud en una casa que era el orgullo de sus progenitores, porque fue fruto del esfuerzo propio, acompañado por créditos hipotecarios accesibles para los trabajadores.

La mujer edificó su carrera profesional gracias a la gratuidad de una enseñanza pública protagonizada por docentes comprometidos que fueron la encarnación de una educación de calidad, la misma a la que ahora tributa la protagonista de esta historia de vida.

En épocas en que se practicaba el turismo social, la familia de Elena supo que los viajes no eran patrimonio exclusivo de los millonarios.

La profesora abre su clase contando estas cosas, que sospecha en riesgo. Y agrega que la Argentina tiene uno de los calendarios de vacunación más completos del mundo. Que, a diferencia de lo que ocurre en muchas otras naciones, nuestros hospitales no excluyen a nadie. Y estas no son realidades que se hayan forjado de la noche a la mañana —explica—, sino la construcción esforzada de muchos años.

Aunque Elena casi no alcanzó a conocerlos, desde que sus abuelos inmigrantes llegaron al país a comienzos del siglo 20 se beneficiaron

de las políticas contenedoras que les permitieron prosperar, labrarse un porvenir mejor que el que los aguardaba en sus patrias de origen y generar descendencia saludable y orgullosa de la argentinidad que les legaron sus mayores.

La mirada se le endulza con la recordación de Justino y Emilia, de Francesco y Bianca, que nunca bajaron los brazos y que devolvieron con gratitud todo lo que habían recibido de su país de acogida.

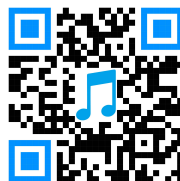
Porque, a diferencia de la réplica farsesca de los emprendedores especulativos de hoy, ellos fueron verdaderos industriales y en su esfuerzo descansa una buena porción de la resiliencia que las políticas inclusivas y la movilidad social ascendente han sabido mantener.

Ante el horizonte electoral que tenemos enfrente, piensa Elena mientras comparte vivencias y convencimientos con sus estudiantes, debemos perseverar en la defensa de un sistema de protección social universal que garantice un piso mínimo de bienestar para toda la población y reduzca las asimetrías sociales que consagran desigualdades, les explica.

La profesora se toma un respiro y enseguida retoma su prédica, serena pero entusiasta. A pesar de todas sus debilidades y equívocos, —está diciendo ahora Elena— aún con sus errores de criterio e incluso con sus contradicciones, los gobiernos de carácter popular —a los que las usinas del pensamiento con pretensiones hegemónicas insisten en llamar “populistas”— siempre serán nuestra salvaguarda ante el ataque salvaje del neoliberalismo y las corporaciones que lucran con el esfuerzo y la postergación ajenos. En ese flanco volverán a formar filas los adoradores y adoratrices del mercado, procurando favorecer a los patronos mediante la eliminación de las indemnizaciones por despidos, precarizando el trabajo de quienes mantengan sus empleos, alentando las importaciones superfluas y atacando la industria local, mientras persisten en sus prácticas inveteradas de fugadores de divisas. Enfrente, con sus marchas y contramarchas, estarán quienes siempre trabajaron para evitar esas conductas depredadoras.

Elena sabe que esas certezas nuevamente orientarán su decisión en la próxima visita al cuarto oscuro. Como ha sido siempre. Como debe ser.

Cuando la data viene falluteada



“Información no equivale a cultura, pibe. Sobre todo, cuando la data viene falluta o cuando alguien te la quiere mandar cambiada”.

Juanito se veía venir otra parrafada densa de don Valentín. Pero las cosas que decía el viejo con nombre de vino siempre eran razonables y tenían la sabiduría del que ha vivido mucho. *“Y si, seguro que ya escuchaste lo que dicen del diablo y los años. Uno sabe las cosas por viejo, nomás”*, aclaraba el remisero del barrio.

Y después de ese reconocimiento, Valentín siempre encaraba con la anécdota que ilustraba y le ponía cable a tierra a eso que quería decir.

“Hace unos años, acá en el barrio había una mujer mayor y con

poco conocimiento de la vida, la señorita Vergara. Roberto Fontana era un muchacho entrador y simpático, pero un vividor de aquellos. Empezó a tomar clases de piano con la pipistrela esta... Ah! Ya sé. No sabés qué es "pipistrela". Pipistrela: dícese de la persona algo torpe. ¿Capisce? La señorita Vergara era algo torpe socialmente, pero tenía un alma buena. Y una inocencia a toda prueba.

Bueno, Robertito empezó a envolverla con sus encantos y su víctima ya casi caía en la trampa. Pero ahí se le cruzó mi sobrina Marita, que le ayudaba a la Vergara con las cosas de la casa, y deschavó al atorrante que fácilmente la hubiera dejado en la calle.

Ya te hablé de Marita, ¿no? Es la que dice siempre que tenemos que votar en defensa propia, ¿te acordás?

La pobre señorita Vergara le iba a poner el voto al coso ese, que no era candidato a nada pero que igual la hubiera llenado de deudas a cien años, como el que te dije.

En la política pasa lo mismo que en la vida, pibe. Hay personas ingenuas y hay quienes se aprovechan de eso. Y también tenés a un montón de gente que no está dispuesta a dejarse estafar y que, cuando puede, ayuda a evitar que otros sean engañados.

¿Sabés lo que le falta a esta gente? Una bocina gigantesca para hacerse escuchar en todos lados y que a nadie le enrosquen la víbora. ¿Vos te creés que algunas mentiras colosales hubieran prosperado si los grandes diarios o los canales de tv no les hubieran dado manija?"

Y ahí se va Juanito, con otra clase de vida del maestro Valentín que, como siempre, no hace más que darle razones para buscar datos, referencias, antecedentes que después le permitan escribir su columna para la radio del barrio.

Olga Yurkova, una periodista y activista de Ucrania dice que la verdad suele ser aburrida y que, por eso, las historias demasiado emocionales o dramáticas, probablemente no sean reales. El pibe no está muy acuerdo con eso y piensa que a la tal Olga le vendría bien tener alguna charla con su amigo, el remisero. Pero sí coincide con la mujer en que las informaciones fraudulentas son una amenaza para la democracia y la sociedad.

“La gente ya no sabe lo que es real y lo que es falso -sostiene Yurkova-; muchos han dejado de creer. Y eso es incluso más peligroso”.

No es que te manipulen el pensamiento, pero la descarga incesante de datos, incluso los que no son ciertos, pueden hacer dudar. Así es como hubo quienes creyeron esa mentira de las armas nucleares de Irak y avalaron una guerra que provocó miles de muertos.

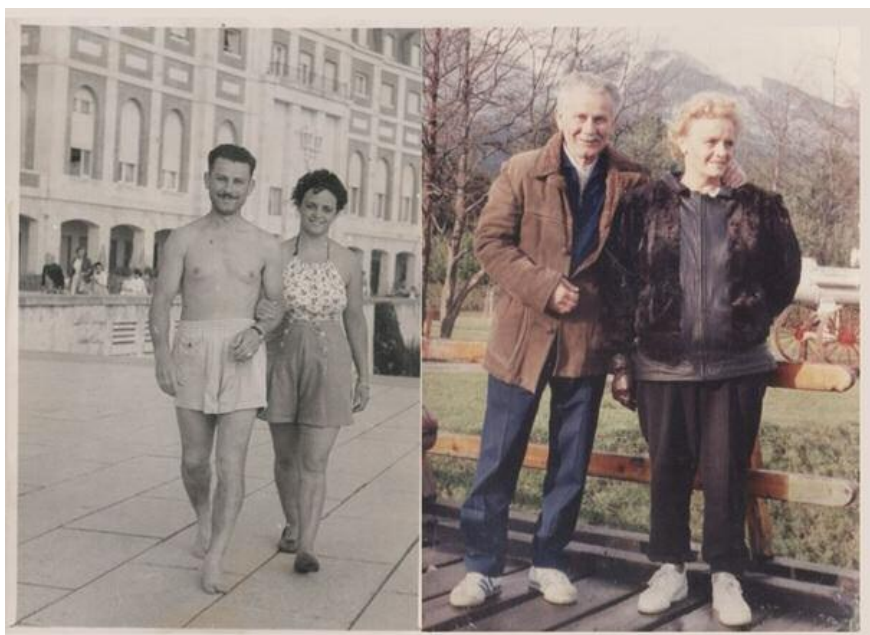
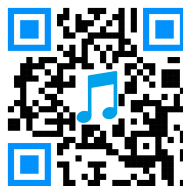
Juanito piensa que esa fantasmada lejana tuvo una grosería sin límites, pero sabe muy bien que en estos arrabales del mundo también existieron falsedades proverbiales, como la que en su momento sepultó el plan Qunita.

Esa iniciativa tenía el propósito de reducir la primera causa de mortalidad infantil en los sectores de menores recursos, la que se produce por ahogo cuando el bebé duerme en la cama de sus padres. La denuncia de una diputada que representa intereses de sectores sin problemas de colecho fue impulsada de modo flagrante por medios interesados en desgastar al gobierno que promovía el cuidado de la vida. Toda una contradicción en sí misma: los sectores más refractarios a la sanción de la ley del aborto no tuvieron inconvenientes en lapidar un proyecto que protegía a los recién nacidos.

“Pibe, Usted no deje la radio del barrio -le repite incansablemente don Valentín-. Hay mucha mentira por dejar al descubierto; mucha hipocresía y mucho discurso de dos caras por dismantelar. Fijese que hay gente que todavía repite sin margen para la duda que Nisman, encerrado solo en un baño, fue asesinado y que Santiago Maldonado, que no sabía nadar y estaba rodeado de gendarmes, se ahogó solo por meterse a un río en pleno invierno patagónico”. (¿Y el sentido común?... Ah!, sí. Bien. Gracias).

Mientras la verdad venga adulterada por la acción mediática de sectores interesados no queda otra que seguir trabajando en el desacondicionamiento mental de los públicos con bajo umbral de lectura crítica de la realidad. Esa lección, Juanito la tiene bien aprendida.

Miguelito cumple 100



Habitantes del siglo XX. Miguel y Blanca, referentes de una trayectoria impecable como la de tantos integrantes de su generación, que se sobrepusieron a la frustración de una época de inestabilidad democrática y que nunca renunciaron a sus valores

Esta semana Miguelito cumpliría 100 años.

Su hijo, que anda por los sesenta y algo, lo está recordando con la curiosa sensación de encontrarse ante un negativo fotográfico, porque Miguel reunía ciertas habilidades de las que él carece irremediablemente. Y él, a su vez, quizás posea algunas características que la naturaleza no depositó en su progenitor.

Miguelito era un afinado cantante de tangos que, como aficionado, llegó a grabar un par de discos de pasta. El tiempo, las mudanzas y su propia fragilidad contribuyeron a que ambas piezas se quebraran y aquella voz melodiosa solo subsiste en el registro memorioso de un heredero que carece de virtudes canoras.

Miguel también fue un diestro bailarín de tango, otra capacidad que no transmitió a un vástago que presume de tener “dos pies izquierdos”.



Mientras se percibe a sí mismo como un rústico zaguero ya retirado de las andanzas futbolísticas, el hijo trae al presente imágenes de su padre desplegando creatividad a partir de su zurda prodigiosa. Y allí, un recuerdo se estaciona reclamando mayor atención.

Es la época en que los barrios aún tenían un buen número de potreros en los que las correrías tras la pelota no dejaban crecer el pasto. En ese momento el hijo es un pibe y Miguel un adulto mayor que recibe las pullas de un muchachón insolente que oficia de arquero. Se burla y lo desafía a que intente meterle un gol. El desafiado no se inmuta y promete un tanto antológico. Es la previa de un córner que cae llovido sobre un espacio que, de estar marcado, sería el área chica. Y Miguel acomete una acrobacia portentosa que perdurará grabada en la retina de aquel crío que ahora memora la escena: el hombre se para de manos de espalda al arco y aplica un preciso tacazo al balón que ingresa, rotundo, a un arco

vencido. Complimentado el gesto atlético, Miguel recupera la vertical sobre sus pies y marcha hacia el centro del campo, sin mirar siquiera al guardameta arrogante que ha mordido el polvo. El escarnio de terceros es innecesario cuando alguien se humilla a sí mismo.

El fútbol, sin dudas, es un punto de unión entre los protagonistas de este relato. La pasión por los mismos colores transmitida de uno a otro es parte de ese vínculo formidable que resiste al tiempo y disuelve las diferencias superfluas.

En lo demás, las divergencias en todo momento fueron mínimas.

Con los años, el hijo terminó por comprender que el tango era un tinglado lo suficientemente amplio para alojar su devoción por Piazzolla y el gusto del viejo por De Ángelis. Si, total, él no bailaba y el repertorio del padre había sido formateado por el Glostora Tango Club.



La niñez de Miguelito no fue fácil y le negó posibilidades de completar la educación inicial, pero eso nunca le recortó la conciencia social y su sensibilidad para alinearse del lado bueno de la vida.

Junto a Blanca construyeron una relación sincera y amorosa que perduró hasta el final de sus días, apenas separados por un puñado de meses. Fue amigüero generoso y –algo que su hijo valora enormemente– coherente, incluso cuando debió cambiar.

En sus años mozos adhirió a la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), convencido que debían levantarse barreras ante las prácticas de neocolonialismo y cuando la agrupación decidió disolverse porque sus objetivos se habían cumplido tras el llamado a elecciones en 1945, decidió que la candidatura de Perón era la vía más adecuada para darle cauce a las ideas de quienes hasta allí habían sostenido “somos una Argentina colonial, queremos ser una Argentina libre”. Después, los años de proscripción no torcieron sus creencias ni quebrantaron su voluntad. Ese alineamiento solo quedó de lado en los años '90, cuando el neoliberalismo hizo nido en una estructura vaciada de sentido histórico y aquel apartamiento sirve hoy para celebrar a quienes rechazan el inmovilismo y son capaces de desarrollar pensamiento propio y crítico.

Alguna vez recibió el ofrecimiento para integrar una lista política a nivel municipal y prefirió dejar ese lugar a alguien con mayor preparación. Su participación más activa se dio en el ámbito gremial de un pequeño sindicato de la industria química del que orgullosamente reivindicaba no haber sacado rédito personal alguno. “Como corresponde”, decía con firmeza.

Desde la finalización de la última y sanguinaria dictadura cívico–militar–eclesial a comienzos de la década de los '80, el voto de padre e hijo no siempre coincidió en las figuras elegidas, pero lo que jamás estuvo en duda es que la elección que ambos hacían estaba guiada por concepciones similares de la vida y por la vocación de alcanzar los niveles deseados de justicia social, soberanía política e independencia económica, ideales que desbordan la primigenia fuente justicialista. Pueden haber existido matices y –con las vivencias que da el tiempo– es posible que cada quien quisiera revisar alguna de las decisiones propias y las del otro. Pero la comunión de idearios políticos, transmitida generacionalmente con el mismo ardor que la futbolística aunque distinguiendo la

distinta trascendencia entre unos y otra, sirvió para edificar una relación de respeto mutuo, simpatías y complicidades.

El hijo siempre agradeció aquel gesto de apoyo que su padre produjo en los turbulentos años '70, cuando dos cursos completos del colegio secundario al que concurría se rebelaron ante lo que consideraban conductas autoritarias de los directivos. "Si los chicos creen que su reclamo es justo, hay que apoyarlos", dictaminó sereno y seguro ante la mesa familiar.

Miguelito ingresó al siglo XXI sin saber que el ocaso estaba demasiado cerca. Su muerte inesperada truncó un robustecimiento identitario creciente que comenzaba a diluir definitivamente cualquiera de las disonancias menores que hubiesen sobrevivido. Porque en ellos ya no quedaba lugar para la diferencia y porque –corrigiendo a Borges– a esas alturas ya los unía el amor y también el espanto por lo que sus convicciones comunes confrontaban.

El diminutivo que siempre acompañó su nombre fue una réplica cordial y justa del afecto que prodigó a lo largo de toda su vida.

Te sigo extrañando, viejo.

La impostura de la derecha



Hay una clara impostura en la derecha. Es lo que hoy se denomina “un *acting*”, el disfraz que vienen utilizando las fuerzas conservadoras cuando se visten de rebeldes. Pero esa estrategia es puro camelo. No es nada más que una pose inverosímil, difícilmente creíble, dado que a los defensores del orden establecido no les sienta bien ponerse ropajes transgresores.

La psicología señala al *acting* como un recurso para salir de la angustia. Para Freud la actuación era un acto de repetición inconsciente, una manera de traer algo reprimido al presente a través de una acción y no únicamente como un recuerdo. Pero resulta que el padre del psicoanálisis explicaba que el que practicaba esta conducta, acostumbraba repetirla sin saber que lo hacía. Aquí, en cambio, no hay manifestación del inconsciente. Los *actings* de los presuntos rebeldes de derecha son estrategias para dorar la píldora a los votantes y ganarse su adhesión. Por eso incluso sobreactúan sus puestas en escena y lo hacen a plena consciencia de que esas actuaciones conectan con cierto hartazgo de

grupos sociales diversos, en busca de referencias con las que puedan ensayar alguna identificación.



Un claro ejemplo de *acting* interesado es el que a lo largo de la campaña electoral reciente protagonizó José Luis Espert. El economista y diputado nacional electo por la provincia de Buenos Aires subió la temperatura con declaraciones flamígeras en las que promovió acciones represivas extremas, pidiendo que la policía meta bala. En su paroxismo declarativo y sin ningún tapujo, reclamó que con los delincuentes se haga un queso gruyere. Ese mensaje tremendo, inhumano, no tardó nada en hacerse efectivo. Y le costó la vida a Lucas González, un pibe de 17 años que era futbolista de un club del ascenso, Barracas Central. Fue un caso típico de gatillo fácil, de esos que alienta Espert. Los responsables son los efectivos de la Policía de la Ciudad de Buenos Aires Gabriel Isassi, José Nievas y Fabián López. Y, aunque no hayan sido los autores materiales, sería bueno considerar también las responsabilidades de los sujetos políticos que foguean estas prácticas salvajes. Lo hicieron los dirigentes del PRO con el caso Chocobar, el policía que hace cuatro años asesinó por la espalda al asaltante y agresor de un turista. Y lo hace ahora este esperpento que acaba de ser ungido legislador de la Nación.

Espert también pidió bajar la imputabilidad a fin de que alcance a los menores a los 12 años. A su criterio, los niños que cometan delitos deberían ir a las mismas cárceles que los adultos.

Es curioso, porque él mismo reconoce que las prisiones no cumplen el deber de socializar y que, por el contrario, son escuelas de perfeccionamiento del delito. Y allí quiere enviar a los chicos que —justamente— están en la edad del aprendizaje.

No hay límites en esas lenguas desatadas. Todo vale para ganar adhesiones de la gente que fue víctima de la delincuencia. Pero esas palabras vehementes y violentas de quien debería tener la capacidad de calmar los espíritus y razonar con serenidad, solo contribuyen a que las llamas se propaguen.

Durante la movilización que se llevó a cabo en Ramos Mejía, tras el asesinato del kiosquero Roberto Sabo, la televisión mostraba insistentemente a un hombre corpulento que vociferaba y amagaba irse encima del cordón policial. Dos o tres vecinos intentaban frenarlo sin ningún éxito. El sujeto estaba fuera de sí y una



y otra vez volvía a increpar a una nutrida fila de policías con escudos, provisionados de gas pimienta y fuertemente pertrechados. Si la temperatura de la escena hubiese subido un grado más, podría haber ocurrido una masacre. No se trata de cuestionar el legítimo derecho ciudadano al reclamo. Pero es inevitable pensar en la relación de retroalimentación que existe entre el malestar social y el discurso incendiario de dirigentes como Espert.

También el responsable de la seguridad bonaerense Sergio Berni suele despachar litros de nafta sobre el fuego. Y dado que ni el propio sentido común los frena, cabe interrogarse si no hay nadie en las inmediaciones que les diga que ese no es el camino.

La misma ferocidad que estamos intentando retratar se hace carne en la figura de otro legislador electo en la jornada del 14N. Se trata de Javier Milei, quien embadurnó con impropiedades a Horacio Rodríguez Larreta y hasta amenazó con aplastarlo. Con esas manifestaciones intenta posicionarse como el “macho cabrío”, dispuesto a ganar adhesiones en la misma franja ideológica del alcalde porteño y al mismo tiempo debilitar a un severo contendiente interno de Macri, con quien el economista viene sosteniendo diálogo. Su actuación resulta funcional a todos esos propósitos.

En un registro más amplio, el agresivo emergente dizque libertario cuestionó duramente a la “casta política”, casi postulando que él mismo nació de un repollo o “como si él fuera un artesano hippie”, según alguien registró en un meme. Quienes pasan por alto estas situaciones, eligen ignorar que toda su furia verbal tiene como fin asegurarle un lugar, en esa misma casta que cuestiona, mediante su ingreso al parlamento.

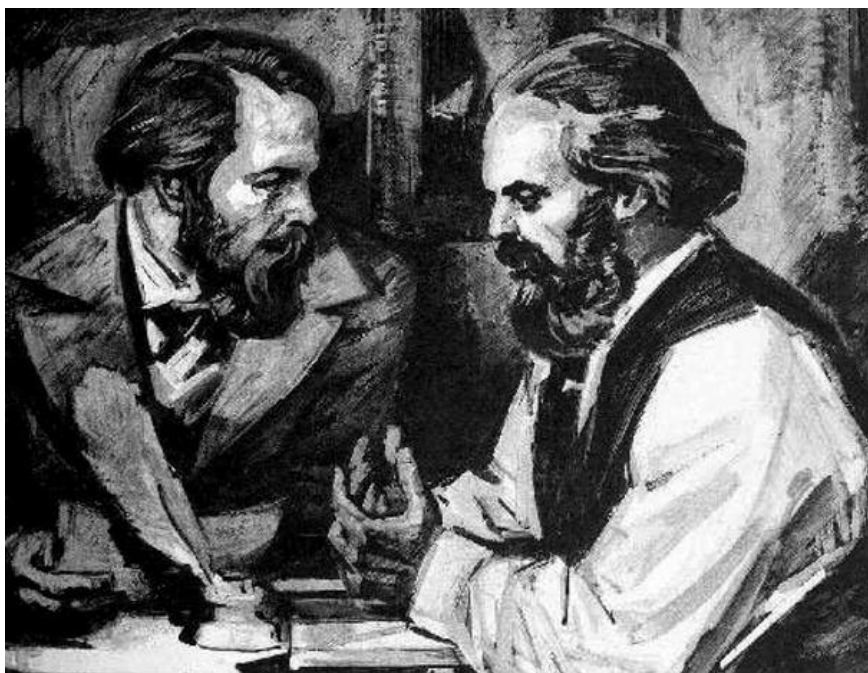
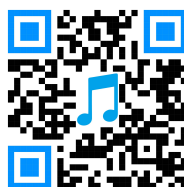




El momento culminante de esta puesta en escena peligrosa se vivió en la misma noche de los comicios, cuando un guardaespaldas del próximo legislador protagonizó una grotesca carrera sobre el escenario del *Luna Park* amagando con empuñar un arma que llevaba en su cintura. Es natural que el temperamento violento del líder convoque y aglutine a sujetos con tendencias similares y fácil predisposición al arrebato.

Si algún mérito tiene Milei es cierta coherencia que se pone de manifiesto cuando señala que Menem fue el mejor presidente que tuvo el país, que Macri no pertenece a la casta política o que Cavallo tiene dimensión de estadista. Allí están reunidos los nombres que componen un núcleo claramente situado en posiciones de defensa del mercado, desguace del Estado, progresiva y constante disminución de las salvaguardas sociales de los grupos menos favorecidos y defensa furiosa de los intereses de los sectores dominantes. Frente a él, resulta inevitable interrogarse: ¿cómo puede ser un rebelde quien defiende el *statu quo* con tanto fervor?

Sobre fantasmas, malestares y melones



Es 1848. Marx y Engels terminan de darle forma a un Manifiesto que se va a publicar en Londres y que arranca con aquella frase que el tiempo hizo célebre: «Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo».

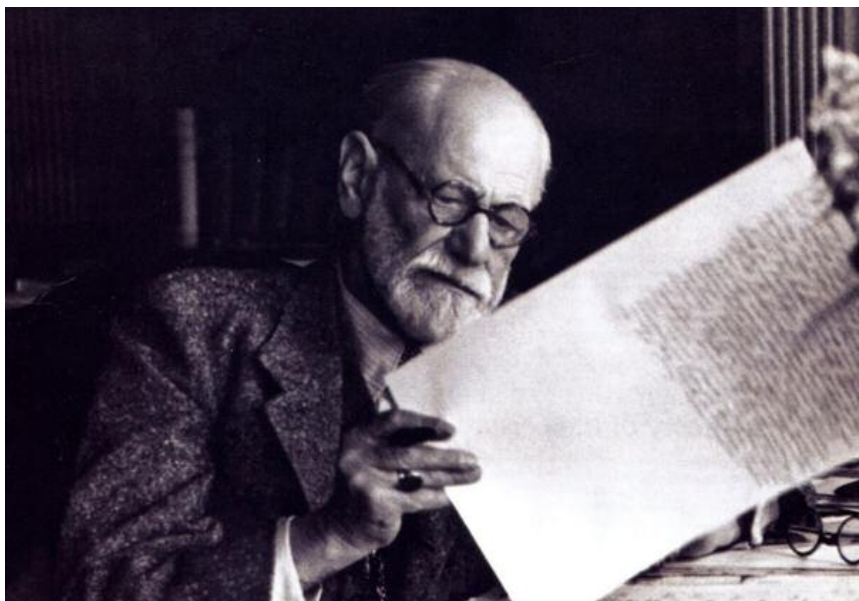
A más de 170 años de esa edición que debía servir de base programática para una organización obrera internacional: la Liga Comunista, provoca cierta sorpresa otro sobrevuelo fantasmagórico, que ya no es el del comunismo, sino el de la ultraderecha.

¿Por qué asombro, si ya hubo brotes de esta enfermedad de la conciencia? ¿Por qué llama la atención este regreso fantasmal, que ya visitó a la humanidad antes?

Pues precisamente por eso. Porque la humanidad ya sabe de qué se trata. Y por eso algunas personas dudan entre dos afirmaciones: “no tenemos memoria”, o “no tenemos remedio”.

Muchos integrantes de nuestra sociedad creen fervientemente que no debemos volver al pasado y, sin embargo, igualmente esa aparición espectral se renueva con alguna frecuencia, algo que favorece la potente inoculación mediática que a diario refuerza la sensación de malestar.

Cuando Freud escribe su ensayo “El malestar en la cultura” produce uno de los textos críticos más destacados del siglo 20 en el ámbito de las ciencias sociales. El médico austríaco quería contrastar los impulsos psíquicos personales y las restricciones que les imponen la sociedad y la cultura del momento.



Hoy, como siempre, ese malestar social y cultural suele tener causas diversas, pero hay entre ellas una muy poderosa y es la que generan las expectativas frustradas o bloqueadas de una porción muy importante de la ciudadanía que ve pasar los ciclos y observa que la historia

tiende a repetirse. Ya lo había avisado Hegel y Marx lo retomó para agregarle que “se le olvidó añadir que la primera vez como tragedia, la segunda como farsa”. Algunas veces incluso sucede que “la repetición a modo de farsa resulta más terrorífica que la tragedia original”.

La experiencia de los caídos del sistema a comienzos de este siglo, ¿será superada por la que sufren ahora los que se desmoronan de la pirámide social? Los que vivieron alguno o varios de los procesos inflacionarios descontrolados de nuestro país, ¿sienten que están viviendo otra escalada inverosímil de los precios? Los que fueron desempleados antes y consiguieron algún empleo más o menos estable o tan siquiera una changa, ¿temen estar a las puertas de otra expulsión del mercado laboral?

Si fuera así, solo cabe comprender sus aprehensiones. Hay jefes y jefas de familia preocupados porque son el exclusivo sostén de un grupo casi desfalleciente. ¿Y quién puede reprocharles su inquietud?

No tiene sentido enojarse con ellos. La irritación, en todo caso, tiene que dirigirse hacia los factores del poder real que manipulan la economía, distorsionan precios, jaquean instituciones, influyen sobre la justicia (u operan desde ella), controlan las comunicaciones y limitan el acceso a la información veraz.

“Ante semejantes enemigos, la moderación fracasa”, sostiene un colega respetado, al que la ofuscación le brota por los poros. Detrás de esa frase categórica, se adivina una crítica dolorida a cierta blandura del gobierno al que votó y al que, pese a todo, sigue dándole apoyo crítico. Es dable suponer que no está solo en esa actitud; que su enojo expresa las sensaciones y sentimientos de muchos.

La lista de preguntas subsecuentes comienza con la duda de si el oficialismo será capaz de torcer el rumbo a veces blandengue y manso que trajo en sus dos años iniciales de gobierno o si, en cambio, para complacer a la bestia impiadosa del poder fáctico elegirá recostarse en políticas antipopulares que provoquen mayor malestar. Los otros interrogantes se refieren a la destreza con la que maniobrá en las futuras relaciones con socios y opositores y su capacidad para sostener en el tiempo la confluencia de sus figuras protagónicas (Alberto Fernández, Cristina

Fernández, Sergio Masa) y algunos satélites menores. Mientras en el flanco oficialista genera alguna expectativa el comportamiento de varios gobernadores, en la principal oposición también se vislumbra un tiempo de realineamientos en los que las tensiones no estarán ausentes, particularmente las que provengan de las influencias de ese extremismo de derecha rampante.



Quedan otros dos años para cosechar respuestas, pero los primeros frutos comenzarán a avizorarse en los meses iniciales del año entrante. Allí comienza otra etapa del viaje en el que tradicionalmente se acomodan los melones.

AGUAFUERTES DE 2022

¿Desencanto o estupidez inducida?



La escena que vamos a relatar ocurrió hace unos días, en un mercadito de barrio de nuestra región. En el anexo carnicería estaba prendido un televisor que mostraba imágenes del acto en que el presidente y la vicepresidenta de la Nación celebraban los 100 años de YPF, la empresa petrolífera estatal.



Quizás estimulado por el ambiente político que irradiaba la pantalla, un cliente de pronto exclamó: *“Yo voy a votar a Milei”*.

Nadie en el comercio se prendió a su proclama.

Mientras los dos carniceros y el cajero escogían resguardarse en el silencio, el tipo agregó una frase de resonancias inquietantes: *“Si siempre nos gobernaron las mayorías. Habría que ver qué pasa si no es así”*.

El razonamiento es profundamente antidemocrático, pero —además— es falso.

“*Siempre*” es un lapso demasiado grande. “*Siempre*” contiene a la época en que estas tierras eran colonia y sus habitantes criollos o extranjeros no tenían participación a la hora de decidir quién gobernaba.

Pero, para que la anchura de ese “*siempre*” no nos abrume, tomemos el último siglo.

¿Acaso la década infame de 1930 fue producto de un gobierno de las mayorías?

No, claro que no. En septiembre de 1930 se produjo el primer levantamiento militar contra la Constitución, el que inauguró un triste seguidilla de golpes de Estado que iban a azotar a nuestro país.

Detrás de cada alzamiento siempre hubo un grupo de civiles para darles sustento. La iglesia supo ser otra abonada a las reiteradas rupturas del orden institucional. Pero ese conjunto de personas no constituyeron jamás una mayoría. Y gobernaron la Argentina. No una vez, sino varias. No es cierto que “siempre gobernaron las mayorías”.

Fueron minorías selectas y elitistas las que se apoderaron de la conducción del país y las que privaron a las mayorías genuinas del derecho a elegir.

Y se constituyeron en regímenes plutócratas, poblados de los apellidos patricios de gente de prosapia o de alcurnia; acaudalados todos sus integrantes. De esos que le hicieron creer a mucha gente que “*como ya son ricos, no necesitan robar*”. Y esa condición, la riqueza previa, no garantizaba (nunca garantizó) que fueran a implementar políticas inclusivas, preocupadas por llevar el bienestar a esas mayorías a las que les recortaban su poder de decisión. Y, por supuesto, mucho menos evitó la rapacidad y el saqueo.

Esos millonarios trapichearon todo lo que pudieron: contrabandearon autos o barcos, blanquearon capitales de orígenes inciertos, se autocondonaron deudas y llegaron a estafar al Estado con declaraciones falsas de bienes y propiedades (Basta con recordar al ministro aquel que tenía una mansión en un terreno que declaraba baldío).

Esos grupos concentrados que -insistimos-, son minoritarios, carecen de empatía, desconocen la solidaridad, son angurrientos y vora-

ces y no tienen problemas en asumir conductas autoritarias, alguna vez también llegaron al gobierno por vías legítimas.

La primera imagen que aparece ante nuestra memoria es la de las elecciones de 2015. La administración electa podía presumir de su legitimidad de origen, pero —después— sus conductas atávicas de sector, le hicieron mostrar la hilacha: hubo verdaderos festines en los que algunos de sus personeros lucraron a expensas del país. Un egoísmo sin límites los llevó a fugar divisas de modo indiscriminado.

¿Fue la primera vez que ocurría ese acceso democrático a la conducción del país de grupos minoritarios? No. Previamente hubo antecedentes. Las urnas consagraron a otro régimen oprobioso en 1989. Pero, en todo caso, sus electores podían argumentar que las autoridades consagradas por vía electiva habían traicionado sus promesas; que incumplieron aquello de “revolución productiva y salarizado”. Podemos darles el beneficio de la duda, aunque esa concesión no disculpa a las mayorías que —ya con conocimiento de causa— en 1995 volvieron a votar al mismo gobierno sátrapa.

Son episodios que desmienten categóricamente aquel principio tantas veces reiterado de: “los pueblos nunca se equivocan”. Los equívocos populares tienen mucho que ver con sus desilusiones propias y con formidables aparatos de propaganda, a veces consagrados a la difusión de mentiras y falsedades varias y en ocasiones dedicados a distorsionar la realidad o a vender espejitos de colores en los que los lobos aparecen vestidos con pieles de cordero.

Un presidente llegó al colmo de la desfachatez cuando dijo públicamente: “Y ... si decía lo que iba a hacer, ¿quién me hubiera votado?”.

Un candidato aseguró que en su gobierno “ningún trabajador pagaría impuesto a las ganancias”. Y hubo quien le creyó y resultó electo presidente. Quizás la causa excluyente no haya sido esa mentira proverbial, pero cuatro años más tarde —cuando su honestidad ya podía ser valorada— un 40% de la sociedad volvió a votarlo. No ganó, es cierto, pero obtuvo un cúmulo sorprendente de adhesiones.

Pueden encontrársele contradicciones, pero la democracia es

aún la manera más respetuosa y conveniente de gobierno que podamos darnos. Y la democracia es el gobierno de la mayoría, mal que le pese al cliente del mercadito de barrio.

Si fuera solo él, podría tratarse de una preocupación menor. Un caso aislado, que podría tener algunos otros ejemplares igual de trogloditas, pero nunca capaces de poner en riesgo la institucionalidad del país.



Pero si no fuera así, en algún momento habrá que ponderar si estas conductas sociales autolesivas obedecen más al desencanto con el oficialismo actual o a la acción comunicativa perversa de un conjunto de medios hegemónicos, grupos de poder empresarial y segmentos importantes del poder judicial que, en sincronía perfecta con partidos opositores, constituyen un conglomerado que, aunque sea minoritario, resulta intimidante.

La novedad del presente es que los voceros de esas minorías intensas han abandonado las sutilezas, dejaron atrás la vergüenza que entrañaba declararse “de derecha” y militan con fervor por la abolición de derechos, cuestionan cualquier iniciativa garantista, proponen repre-

sión violenta, combaten la regulación de las fuerzas salvajes del mercado y amenazan con la destrucción definitiva del Estado.

Un precandidato ya dio una señal perturbadora: según anticipó, todas las medidas serán tomadas no ya en 100 días, que es el período de gracia que suele concedérseles a los nuevos gobiernos, sino en cien horas.

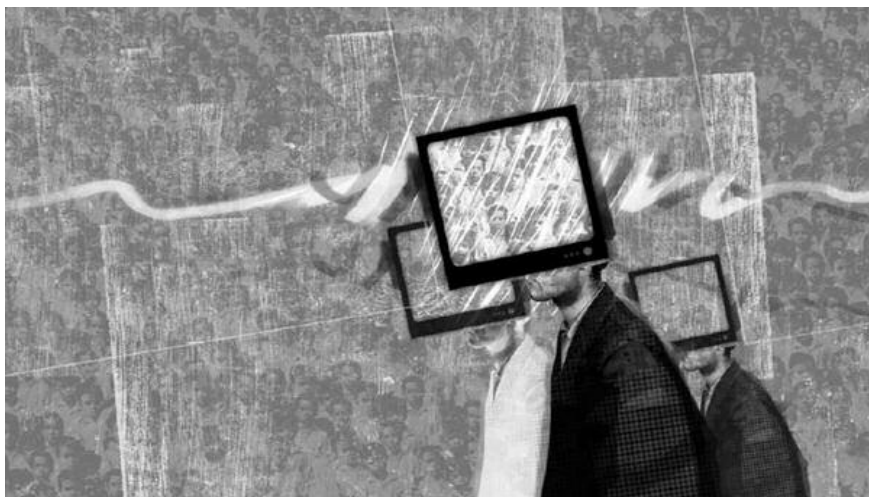
Rápido, para no dar lugar a la resistencia de las mayorías vulneradas, incluso después de haberles dado su voto.

Arrecian las amenazas a los sistemas laboral y previsional; ya se presume que los patrones no tendrán diques de contención a la hora de los despidos. La calidad, gratuidad y universalidad de la educación correrá serio peligro. La salud pasará a depender de la fortaleza de cada quien para soportar por las suyas lo que venga. Y quienes requieran un trasplante tendrán que salir al mercado a comprar el órgano que necesiten.

Ese es el futuro que anuncian los heraldos de un sistema social que solo puede ser más injusto e inequitativo que el actual. Barbaridades como estas son pronunciadas cada día. Y se las dicen sin complejos a todo el mundo, incluido el sujeto que el viernes compró insumos para un asado generoso.

Mientras hacía sus proclamas antidemocráticas, el tipo pagaba en caja 11 mil quinientos pesos en víveres diversos, como costillares, vacío, chorizos y morcillas.

Mientras lo miraba irse, con la bolsa voluminosa que abastecería la parrilla el fin de semana, este cronista se preguntaba: ¿sabrá ese fulano lo que piensa hacerle a su modo de vida el candidato que va a votar? ¿En algún momento se plantea que si su opción gana las elecciones tendrá que salir armado a la calle, sobre todo si puede hacerlo con algunos billetes en el bolsillo, como el viernes pasado? ¿Pensó en que la boleta que va a meter en la urna condenará a muerte nuestra moneda y la reemplazará por papelitos verdes impresos en el norte?



Quizás razone como lo hace por despecho o desengaño o, a lo mejor, el coro de voces que martilla todo el día con propaganda interesada para inducir estupidez, le esté menguando el pensamiento autónomo.

Ojalá que, al menos, haya disfrutado el asado. En el futuro, vaya a saberse si podrá.



Don Julián enfrenta el disparate

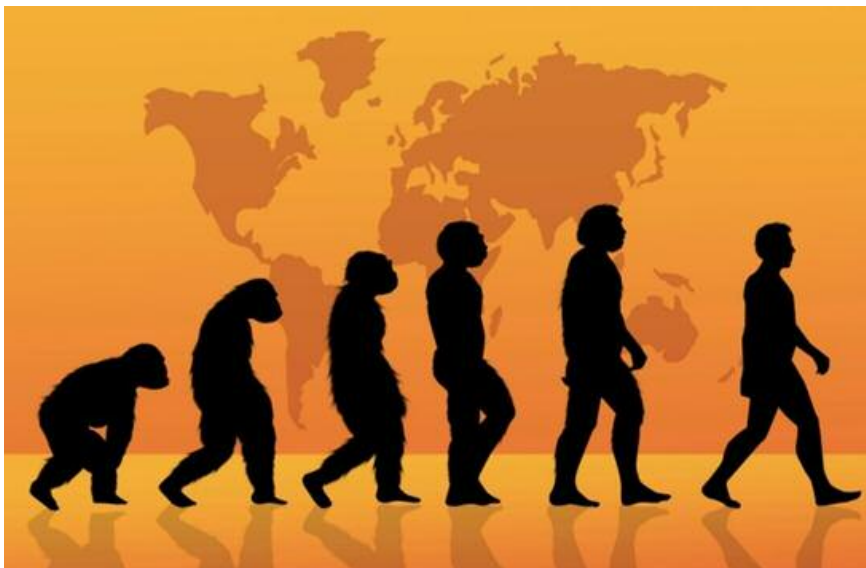


En «*Eclipse mar*», Sabina y Luis Eduardo Aute dicen que “*aprobó el parlamento europeo una ley a favor de abolir el deseo*”. Don Julián, jubilado que pasa las horas junto a la radio, mira el aparato y sonríe con aire condescendiente. En sus años mozos, él también construía parábolas algo alocadas para las historietas que publicaba semanalmente.

La interpretación del tema que siempre le ha gustado más es la de Juan Carlos Baglietto. Ahora mismo el rosarino canta eso de que “*un golpe de estado ha triunfado en la luna y movidas así*”.

La pava del mate está a punto y el viejo se sirve uno mientras piensa que la audacia metafórica de los españoles se ha ido quedando corta, porque la realidad viene sumando expresiones que dejan chiquitas sus alegorías.

No hay más que ver y escuchar a ese político desaforado que propone crear un mercado de órganos. En la canción que ahora termina de sonar en la radio, un anuncio como ese hubiese quedado como el anticipo de un futuro antiutópico y perverso; una ocurrencia surgida de algún grupo de adherentes a las ideas del darwinismo social.

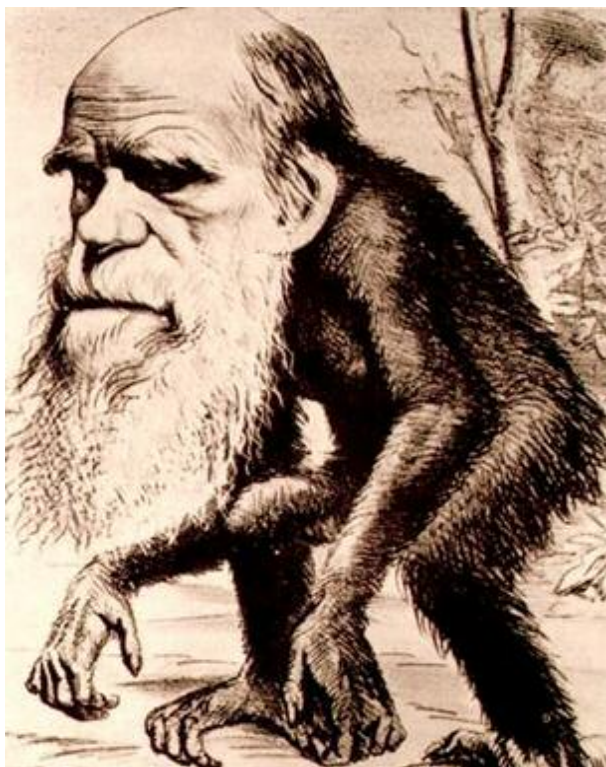


¡Qué cosa tan paradójica!, piensa don Julián. Concebir un porvenir distópico con una teoría que tiene 150 años...

Pero, claro, se corrige enseguida, no es la imaginación desbocada de alguien que sueña futuros apocalípticos. Es la propuesta de un dirigente de nuestros días. Uno de esos individuos que propone retroceder en el tiempo. Que quiere llevarnos de nuevo al 1870 de las series de vaqueros que Julián miraba de chico. Era la época en que todo el mundo andaba armado y gobernaba la ley del revólver. Justamente, es lo mismo que ahora propone el personaje mamarrachesco que en el último informativo de la radio clamaba por el derecho a la libre portación de armas.

Las dos cosas son congruentes: sobrevivirán los más fuertes, los más poderosos, los que en el mercado puedan pagar por lo que quieran conseguir, ya sea la pistola más letal o el corazón más apto.

De estas corrientes de pensamiento o de líneas consustanciadas con ellas el mundo recibió presentes griegos como el *Ku Klux Klan*, los grupos supremacistas, las ideas de superioridad de las razas o la línea que reivindica la selección artificial de las especies. La eugenesia propone formas de regulación en la propagación de la sociedad que suelen justificar la ejecución de crímenes y la negación de derechos.



¿Qué otra cosa fue la declaración oprobiosa de un miembro del máximo tribunal del país cuando negó que las necesidades deban ser atendidas mediante la generación de derechos?

Casi soldado a su mate, el viejo considera las desgracias que ese salvajismo conceptual trajo a la humanidad y se conmueve al pensar que toda esa runfla criolla tiene posibilidades de llegar al gobierno en un futuro próximo y acechante.

Elvira está en cama. Hoy amaneció con dolores intensos en esa cadera que sigue esperando la prótesis necesaria. El viejo sabe que si los que hoy ya tienen gran parte del poder alcanzaran también el gobierno, todas las Elviras y Julianes del país reducirían sus expectativas y su calidad de vida.

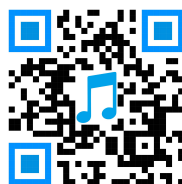
Todavía siente en la piel la burla humillante de ese empresario

que, a las risas, reconocía que su actividad principal en estos días es la remarcación de precios. Toda la claqué que rodeaba a ese sujeto insensible, incapaz de cualquier empatía, le acompañó la guasa.

¡Qué pobres que estamos en humanidad!, piensa el veterano. Y mientras considera que el mate ya está menos caliente, como le gusta a Elvira, y se dispone a llevárselo a su compañera, advierte que en la radio ahora suena otra canción.

Asiente complacido, Julián. Definitivamente, Serrat tiene razón: *entre esos tipos y yo, hay algo personal.*

Una "mesaza" de cara a las elecciones de 2027*



Tras unos segundos iniciales de estática molesta la señal se estabiliza y la radio consigue mejorar la calidad de la emisión. Lo que ocurre es una proeza, pero las cosas que se repiten generan acostumbramiento y los oyentes ya han naturalizado que los lunes su emisora favorita recibe un reporte que la misma estación se envía desde el futuro.

Siempre hay una distancia de cinco años en la ventana temporal que se abre, por lo que ahora la sección "Crónicas del futuro" llega desde 2027.

Transcribimos la columna que esta semana produjo el corresponsal del porvenir.

Después de superar una gripe bastante rebelde que la alejó de las pantallas durante unas cuantas semanas, la señora Mirtha Legrand volvió a conducir su histórico ciclo de almuerzos televisivos.

Su nieta, Juana Viale, que la reemplazó como ya es norma desde hace años, le entregó la posta ante una mesa en la que varias figuras se disputaban espacio para saludar a la diva que acaba de cumplir 100 años.

(*) Esta columna de opinión fue publicada bajo la presentación de "Crónicas del futuro"

El más veterano era Domingo Felipe Cavallo, con sus 81 almanaques a cuestas, al que rodeaban Patricia Bullrich, de 71 años; Mauricio Macri, de 68 y Javier Milei, de 57. Visiblemente emocionada, la anciana ex – actriz pidió que el cielo ilumine a los argentinos para que el próximo octubre elijan un gobierno “como el que el país se merece”.

Este ruego de la animadora centenaria fue interpretado como una velada crítica a la actual gestión, que se reivindica como “una administración racional y de centro”; que la expresidenta Cristina Fernández y sus seguidores caracterizan como “un régimen de derecha” y que los comensales de la Legrand no dudaron en definir como “un gobierno tibio”.



Lo cierto es que en los últimos cuatro años se produjo un considerable incremento de la pobreza, paralelo al cierre de innumerables empresas grandes, medianas y pequeñas. Una gran cantidad de establecimientos trasladaron sus plantas de producción a otros países de la región y del mundo y sus antiguos trabajadores pasaron a incrementar el grupo de desocupados a los que no hubo iniciativa oficial alguna que los contuviera.

Entre quienes pudieron emigrar, el número de argentinas y argentinos que se fueron del país buscando posibilidades de una vida

más digna volvió a crecer. Mientras tanto, las organizaciones sociales locales no han dado abasto para atender las demandas básicas de comida, vestimenta y medicación de una población que había confiado en que la salida de Alberto Fernández, en 2023, y el cambio de signo en la política de la Casa Rosada también iban a modificar el rumbo del país.

Nada de eso ocurrió y, muy por el contrario, una enorme porción de los electores de las actuales autoridades terminaron siendo las primeras víctimas de sus políticas.

Aún con un parlamento afín, el gobierno que transita sus últimos meses nunca pudo encontrar el rumbo y los ingresos obtenidos por las privatizaciones parciales o totales de empresas estatales pronto se evaporaron sin haber dejado estructuras de contención e inclusión que, en varios momentos, pusieron al país al borde del estallido social.

Posiblemente lo único que evitó escenas de violencia callejera como las que se produjeron a comienzos de este siglo, haya sido una conducción gremial dócil a las presiones gubernamentales e insensible a las demandas de sus bases.

Sin embargo, los invitados al almuerzo de la Legrand siguieron reivindicando sus consabidas posturas favorables al achicamiento del Estado, un criterio poco confiable cuando se analiza que el retroceso estatal de estos cuatro años recientes no arrojó resultados positivos y, en cambio, condenó a miles de compatriotas a vivir miserablemente en las calles, sin instituciones oficiales que les acercaran cobijo.

Sabiendo que su nivel de popularidad se encuentra hundido desde que formulase algunas propuestas estafalarias, Milei continuó vociferando que el gobierno nacional incurre en prácticas socializantes que deben ser condenadas.

En una entrevista reciente que concedió al RUA, el sistema de Radios Universitarias Argentinas, el politólogo Atilio Borón demostró que sus análisis siguen sin perder frescura. A su juicio, el planteo de los referentes de la derecha más radicalizada buscan consolidar la posición del sector y ofrecerse como alternativa ante el desgaste y la ineficiencia que sus aliados menos extremos han demostrado en la lucha contra la inflación y el combate a la inseguridad.

Porque de nada ha valido la prédica constante de mano dura que vienen sosteniendo Bullrich y su socio más reciente, Sergio Berni. El reclamo de “tirar primero y después preguntar” que parecía ser la principal propuesta, tanto de este dúo como del reaparecido Juan Carlos Blumberg, ahora escaló hasta recuperar una vieja iniciativa de la dirigente que consistía en convalidar el uso de armas por parte de los particulares.

Increíblemente, la línea argumental a la que recurren utiliza preguntas como estas: ¿A Usted no le molesta vivir en un país donde los únicos que tienen acceso a las armas son los policías y los militares? ¿No le preocupa el riesgo de caer en un gobierno autoritario o fascista? Con lo cual se llega al colmo de que los referentes más autoritarios utilizan la crítica al autoritarismo como mecanismo de validación. Es un sofisma que tergiversa de los puntos de vista y realiza una utilización perversa de las paranoias ajenas en beneficio propio.

Otros analistas sostienen que estas posiciones no pueden llamar la atención ya que provienen de quienes durante la pandemia de Covid reclamaban clases presenciales y apoyo a la educación y, en cuanto llegaron al gobierno volvieron a sus prácticas históricas de retacear recursos al presupuesto educativo, ahogar financieramente a las universidades públicas, suspender obras de infraestructura para escuelas y jardines de infantes, menoscabar la tarea de los educadores y congelar paritarias docentes.

Tan poca sorpresa causan ya estas actitudes como el nuevo (y enésimo) coqueteo de Carrió, que ahora parece querer arrastrarle el ala a Nicolás del Caño. Mientras algunos opinólogos discuten si esta es la manifestación evidente de que los polos opuestos se atraen, otros –en cambio– solo se preguntan si en realidad son tan opuestos...

En un contexto regional de gobiernos de signo progresista, como los que encabezan Lula en Brasil, Petro en Colombia, Boric en Chile y Arce en Bolivia, la Argentina luce aislada y la voz de sus gobernantes actuales suena extemporánea frente a las de sus pares latinoamericanos que recuperaron consignas de inclusión social y una equitativa redistribución del ingreso.

El ex-jefe de Estado boliviano Evo Morales, asesor especial del gobierno de su país, acaba de condenar explícitamente la política tributaria argentina, que sigue castigando a los sectores más necesitados, agudiza nuestras asimetrías sociales y no contribuye a revertir los bolsos de pobreza extrema que proliferan en distintos puntos de nuestra geografía.

En este sentido, el propio Fernán Quirós, que supo participar en las filas del oficialismo actual y cuya opinión en materia sanitaria conserva el respeto de propios y ajenos, condenó la desatención de la red pública de salud que, a su juicio, es la razón del incremento de los índices de mortalidad infantil verificados en los últimos dos años. El exfuncionario agregó que “es desolador que en varias zona del país hayan vuelto a registrarse casos de tuberculosis, una enfermedad indiscutiblemente asociada con la indigencia”.



En pocas horas más días vuelve a visitar el país una delegación del Fondo Monetario Internacional. Los actuales funcionarios, sucesores de aquellos que contrajeron la deuda monstruosa que asfixia al país, siguen acatando mansamente los dictámenes de los censores extranjeros. Todas las iniciativas judiciales de someter a proceso a quienes lleva-

ron al país a una toma escandalosa de compromisos internacionales, han fracasado.

Nunca antes la Justicia había sido tan obsecuente con los núcleos del poder real, efectivo; ese poder que reside fuera del país y que aquí solo tiene personeros, secuaces cualesquiera con ínfulas, pero que no son otra cosa que esbirros menores.

En estos días, algunos analistas lúcidos trazaban paralelos entre la actual Corte Suprema y aquellas vergonzosas antecesoras que la Argentina supo tener en la década del '90 del siglo pasado y durante los últimos diez años. Este tribunal es digno sucesor de aquellos, decía uno de estos pensadores. Lo único que le falta para coronar tanta desfachatez, agregaba con socarronería, es revivir la "causa Nisman". Y otro de sus contertulios le respondía: "Pues no te sorprenda que pase. Ya hay un grupo de magistrados pidiendo que el nuevo salón de actos de los tribunales de Comodoro Py sea bautizado: «Sala Bonadío»".

A este cronista todavía le cuesta discernir cuando la ficción atraviesa las fronteras de la realidad. Pero le gustaría que estas charlas de quincho que antaño algunos medios osaban publicar volvieran a tener alguna presencia. Por ahora, estos relatos solo se escuchan en algunos pasillos de universidades o en ciertos bodegones que frecuentan personas biempensantes. En los medios tradicionales, sus enunciadores permanecen ostensiblemente raleados por peligrosos o subversivos.

Macri confesó que debió interrumpir su descanso en Villa La Angostura para asistir a la mesa de la Legrand. Por su parte, con algunas dificultades motrices y verbales que la acidez proverbial de la conductora no se privó de subrayar, Cavallo abonó el banquete televisivo con su receta dolarizante, mientras sus ojos bovinos derramaban miel sobre Milei, su discípulo predilecto. En sus intervenciones, tanto Bullrich como el economista despeinado intentaron aplicar sordina a sus propios apetitos que, muy probablemente, los lleven a confrontar por el sitial de privilegio de la fórmula ultraderechista.

En definitiva, nada nuevo para la ciudadanía de hace un lustro.

Vayamos por la vereda del sol



Como si, de pronto, perdieran todas las inhibiciones los referentes de la ultraderecha se radicalizan y asumen posiciones cada vez más atrevidas y explícitas.

No se trata de una situación aislada y no sucede solo en algún lugar remoto del planeta. Viene ocurriendo sincronizadamente en diversas sociedades en las que prende fácilmente el discurso del odio.

Las posturas profascistas que reverdecen fueron anticipadas por dirigentes como Silvio Berlusconi, Donald Trump o Jair Bolsonaro; encarnaron en la figura de la usurpadora del gobierno boliviano, Jeanine Añez (actualmente condenada a diez años de prisión por delitos de terrorismo, sedición y conspiración) y hoy se manifiestan vigorosamente en España, a través de la agrupación Vox; en Italia con Forza Nuova de Roberto Fiore, La Liga de Matteo Salvini y Hermanos Italianos, de Giorgia Meloni o en Hungría, donde ya gobierna un régimen nacionalista, con-

servador y autoritario que reivindica el “estado liberal”, por citar algunos de los ejemplos más destacados.



Adherentes de Aurora Dorada, el grupo de extrema derecha griego, manifestándose en Atenas en octubre de 2014

Incluso en Alemania, que por su pasado debería estar vacunada contra esta enfermedad de las instituciones, surge una fuerza ultraderechista en crecimiento que, para que no se diga que carece de representación por género, es liderada por una mujer y un hombre: la parlamentaria Alice Weidel y el abogado y publicista Alexander Gauland. Esta deriva hacia el extremismo de derecha, además, moduló en clave moderada hasta la imagen de la excanciller Ángela Merkel, quien tuvo una mirada más considerada con los inmigrantes que llegaron a su país en busca de mejores posibilidades de vida.

Agrupaciones y figuras como las que aquí anotamos, también están presentes en Francia, Suecia, Finlandia, Dinamarca, Holanda, Colombia y en donde uno elija mirar.



Cerca de nosotros, en la última elección presidencial chilena, la posición la reivindicó José Antonio Kast, un dirigente cuyo padre fue oficial del ejército nazi y a finales de la Segunda Guerra Mundial obtuvo cobijo en el país trasandino. Kast no solo confiesa abiertamente su simpatía pinochetista, sino que se presenta en sociedad como un encarnizado crítico de lo que denomina “la derecha *light*”. Para esta gente, las tibiezas son inaceptables.

Algunos puntos en común de todas estas estructuras políticas son su oposición frontal a los movimientos migratorios y a los grupos sociales que actúan contra la discriminación por opción sexual o identidad de género. En este sentido proclaman su apoyo a la estructura familiar tradicional y mantienen un férreo alineamiento con los postulados de la Iglesia Católica. Por consiguiente, también son feroces opositores al aborto y cuestionan las legislaciones que los han convalidado. Incluso en los Estados Unidos se verifica en la actualidad un avance notorio de grupos conservadores que obtuvieron un pronunciamiento de la Corte Suprema de Justicia contra la resolución histórica de 1973 que legalizó el derecho al aborto en todo el país.

Según la organización *Amnistía Internacional*, la marea antiaborto en el país norteamericano ocurre a pesar de que la opinión pública es favorable al derecho de las mujeres a decidir sobre su maternidad. Los

sondeos, de los que AI se hace eco, consignan que siete de cada diez estadounidenses están en contra de revocar la ley actual. Sin embargo, muchos Estados de la Unión promueven una legislación que ignora la voluntad ciudadana y restringe la libre determinación –sobre todo– de las mujeres.

La politóloga Mariana Gallo señala que este auge de la ultraderecha se alimenta de cierto desencanto de la política. El crecimiento de los grupos reaccionarios canaliza miedos, frustraciones e incertidumbres; los articula y devuelve en forma de discursos de odio hacia distintas identidades sociales.

Estas manifestaciones virulentas están conectadas con una retórica antiestatal y antipolíticos, lo cual genera un ambiente de intolerancia y debilita la convivencia democrática. Incluso habilitan la violencia social y política, que se expresa de una forma cada vez más ilimitada y sin tapujos.

Como consignamos al iniciar esta columna, los enunciados de la derecha extrema abandonaron toda sutileza y ya no ocultan que ese sector propone una agenda totalitaria en el interior de la democracia.

De esa forma explicitan su odio chauvinista a lo extranjero y a los inmigrantes, sobre todo cuando vienen de países pobres o subdesarrollados.

Los grupos de derecha radicalizada también aborrecen a los gobiernos progresistas y reaccionan con una violencia simbólica inaudita contra los derechos conquistados o la voluntad de adquirirlos.

Las personas que se identifican con estos discursos retrógrados, están acostumbradas a utilizar expresiones peyorativas u ofensivas contra quienes piensan distinto a ellas. De ese modo, no se les caen de la boca términos como ‘zurdos’, ‘bolches’, ‘feminazis’, ‘aborteras’, ‘planeeros’, ‘bolitas’, ‘pibes chorros’, ‘mapuches terroristas’ o ‘parásitos que viven del Estado’, entre otros.

Si revisamos en nuestros contactos, en las charlas con conocidos o incluso con familiares, bien podríamos plantearnos: ¿cuántas veces hemos escuchado estas palabras saliendo de sus labios?

Estas personas son las que les dan entidad a personajes de ideas arcaicas y bestiales que, a su vez, les retroalimentan su violencia interior con una prédica agresiva, incendiaria y totalitaria, que los medios de comunicación alineados con esa estructura de pensamiento amplifican hasta límites escandalosos.

En estos días de clima inclemente, la noticia que confortó el espíritu alicaído de quienes eligen caminar por la senda soleada del progresismo, la justicia social y las políticas estatales inclusivas, es que uno de los emergentes más grotescos de la sombría vereda de enfrente cayó estrepitosamente en las encuestas. Milei no solo vio disminuir de modo contundente los indicadores que medían su imagen positiva, sino que una convocatoria de su partido en territorio del conurbano bonaerense apenas congregó a 1500 personas. Demasiado poco para quien amagaba con “comerse a los chicos crudos”. Impermeable a los cuestionamientos que recogen sus propuestas desaforadas, su última invectiva es contra el concepto mismo de humanidad, que rebaja al de mercancía, cuando reconoce que eventualmente los niños podrían ser objetos de compra y venta.



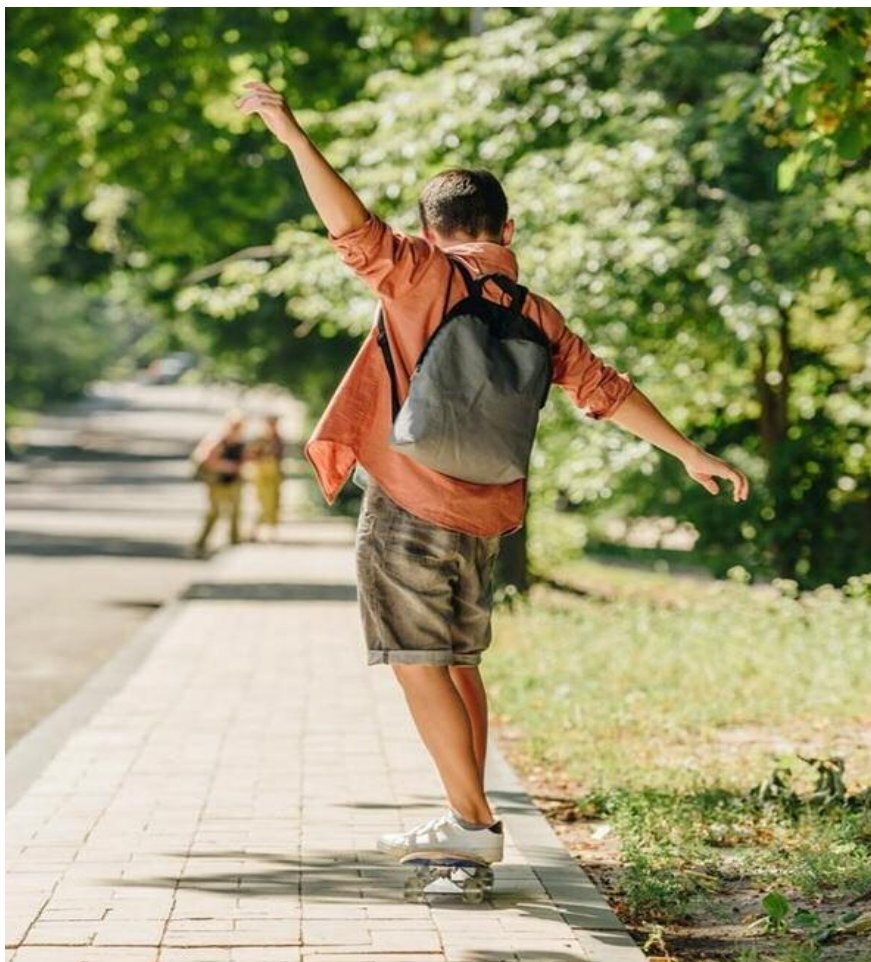
Francía Márquez y Gustavo Petro, fórmula presidencial electa en Colombia

Otro aliciente para quienes rechazan las sendas sombrías provino de Colombia. Rodolfo Hernández, ex alcalde de Bucaramanga y postulante a la jefatura de gobierno de aquel país que alcanzó el ballotage en las elecciones presidenciales de hace unas semanas, es otro cocoliche impresentable que, en una entrevista, declaró públicamente su admiración por Hitler. Después, como pobre excusa, se disculpó señalando que, en realidad, había querido decir “Einstein”. Hernández, además, es uno de los dirigentes que suele criticar duramente a los inmigrantes, sobre todo si provienen de países vecinos. Acerca de las venezolanas –por ejemplo– dijo que eran “una fábrica de hacer chinitos (niños) pobres”.

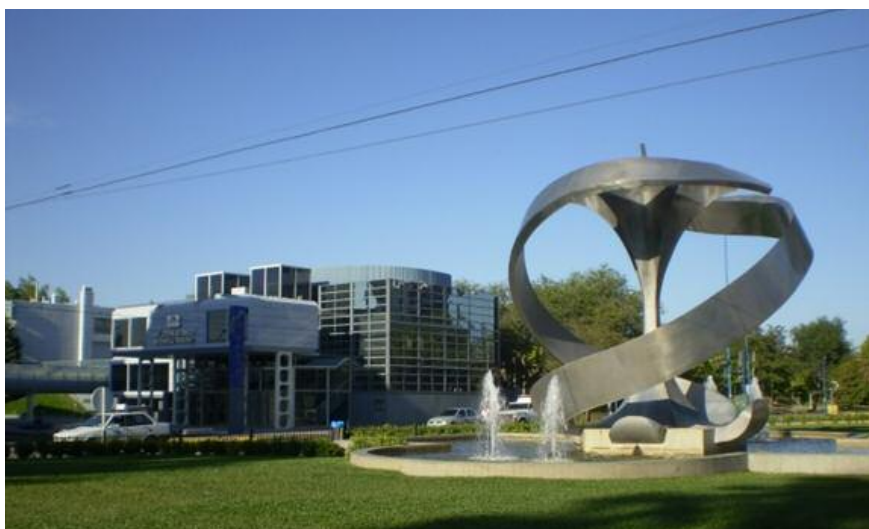
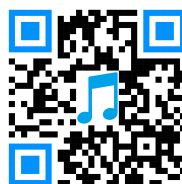
Este individuo, que realizó toda su campaña desde su refugio dorado en Miami, no ganó la segunda vuelta, *pero eso no puede hacer olvidar que captó el voto de más del 47% de los electores colombianos*.

¿Qué pasó para que entre la primera y vuelta y la definitiva del ballotage casi duplicara los sufragios obtenidos, pasando de seis a diez millones y medio de votos? Pues –simplemente– que estas elecciones sucedieron después de 214 años de gobiernos antipopulares, más de setenta de guerra y treinta de neoliberalismo, como recordaba en estos días el periodista Gerardo Szalkowicz en NODAL, el portal de noticias de América Latina y el Caribe. Y, además, que las fuerzas de derecha y las energías del *establishment* y el capital concentrado convergieron en la causa por frenar al candidato progresista Gustavo Petro. Una vez más, el miedo de los sectores privilegiados los hizo aglutinarse en apoyo de una candidatura farsesca, que logró remontar una cuesta pronunciada y caer derrotado apenas por un 3%.

Entre nosotros, las personas biempensantes que transitan por la vereda del sol deberían dedicar esfuerzos a diseñar y poner en marcha políticas que les permitan ganar la adhesión de los confundidos por cantos de sirena, los desilusionados, los que perdieron la esperanza y los que todavía esperan una oportunidad para vivir mejor. Eso que, aunque se los prometan, las opciones de derecha jamás van a ofrecerles.



El polo educativo que no es tal



Roca: un destino bifronte entre su historia como productora frutícola y sus posibilidades como polo educativo. (Foto emblemática del centro de la ciudad).

Quizás no sean tantas las personas que se hayan detenido a pensar que la ciudad de Roca posee tres universidades públicas: las del Comahue y de Río Negro y el IUPA, Instituto Universitario Patagónico de las Artes. A ellas podría sumarse también el Instituto de Formación Docente. Deben ser pocas las ciudades argentinas que pueden presumir de lo mismo.

Esta circunstancia bien podría conducir a que la Capital Nacional de la Manzana se convierta, además, en un polo educativo de consideración, tanto a nivel patagónico como nacional.

Al corazón del Alto Valle del Río Negro llegan estudiantes de toda la región y, ocasionalmente, también algunos que provienen de puntos

más distantes. Hasta ahora no se han concentrado las energías suficientes para que esta circunstancia no sea solo “ocasional”.

Pero convocar a venir a estudiar aquí supone resolver algunas contradicciones básicas. Hace alrededor de un par de meses se conoció el resultado de un *ranking* internacional de universidades que colocó a la del Comahue (UNCo) en el lugar número 9 entre las argentinas. El dato es de carácter significativo, sobre todo cuando se analiza que la página del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) registra 70 instituciones educativas públicas y que existen otras más de 60 bajo gestión privada.

Esa posición que se le asigna a la UNCo surge de indicadores como el éxito que alcanzan los graduados, las distinciones que obtienen sus docentes, el número de publicaciones y de investigaciones de calidad que se producen.

A fin de que nadie piense que es un resultado manipulado para contrastar con aquel apotegma insidioso y humillante del macrismo respecto de las personas “que caen en la universidad pública”, debe señalarse que la organización que realizó y publicó el estudio es una consultora líder a nivel mundial, establecida en los Emiratos Árabes. Desde allí ofrece asesoramiento a gobiernos y universidades de todo el planeta. Sus rankings se publican desde hace más de diez años y si no fueran definitivamente fiables es difícil que se hubiesen sostenido toda una década y que la propia organización pudiera seguir vendiendo sus servicios como lo hace.

Esa sensación de orgullo que experimentamos los integrantes de la comunidad universitaria del Comahue tiene que ver con nuestra conciencia de quiénes somos: una universidad mediana, que aún no tiene 60 años y que se codea con los grandes centros de estudios del país, algunos de los cuales poseen mucha más historia. Basta recordar que la Universidad Nacional de Córdoba tiene más de 400 años y la de Buenos Aires supera los dos siglos. Que Tucumán posee una casa de estudios desde 1875 y La Plata otra desde 1889. La UNCo está ahí, confirmando que la mejor opción para formarse pasa por las universidades públicas, a despecho de las personas que continúan pensando que esos lugares son

especies de pozos en los que se acaban hundiendo los menos afortunados.

Se nos infla el pecho al saber quiénes somos y a qué nos dedicamos, pero no nos engañamos. Enseñamos y aprendemos en condiciones que distan mucho de ser las ideales y que en numerosas ocasiones nos avergüenzan.

El departamento de Comunicación Social, que gracias al esfuerzo enorme de dos de sus integrantes logró montar un Museo de la Comunicación Regional, enseña con equipos que están más para una exposición de antigüedades que para la producción de contenidos. Y cuando algo se rompe, recurre a la vieja tradición criolla de “atarlo con alambre”. Pero resulta que el alambre se va acabando. Y la paciencia también.



Un set de televisión en estado muy precario.

Hace tiempo ya que la obsolescencia alcanzó a computadoras, cámaras, micrófonos, controles, equipos de sonido, islas de edición y proyectores que tienen entre 10 y 20 años de antigüedad y cuya vida útil

se encuentra más que agotada. Y, como si eso no fuera suficiente, el edificio en que se imparten clases posee severas deficiencias, con techos incapaces de parar la lluvia, cables expuestos, falta de ventilación adecuada, mala iluminación y paredes rajadas, condiciones congruentes con una estructura que no fue diseñada para su uso actual, que tiene una antigüedad de medio siglo y que se mantuvo prácticamente inalterada todo ese tiempo.



Un pasillo del edificio más antiguo de la Fadecs (Facultad de Derecho y Ciencias Sociales), concebido para otras funciones hace más de 50 años y sin mantenimiento adecuado.

Estas son las contradicciones en medio de las que se desenvuelve a diario la capacitación en este y en otros rubros, razón por la cual la asamblea de docentes y estudiantes de Comunicación Social reclamó a las autoridades de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, la declaración del estado de emergencia tecnológica y edilicia.



Mampostería que se desprende de los techos.

Sorprendentemente, en estas condiciones y produciendo contenidos con tecnologías domésticas que difieren absolutamente de las que les esperan en el mercado laboral, en los últimos años varios estudiantes alcanzaron premios en certámenes y competencias nacionales como el Festival Audiovisual de Bariloche, las Jornadas Universitarias La Radio del Nuevo Siglo y las muestras de trabajos prácticos que organizan la REDCOM (Red de Carreras de Comunicación de la Argentina) y FADECCOS (Federación Argentina de Carreras de Comunicación Social).



Techos en mal estado que no atajan la lluvia. Sistemas de cableado expuestos a la humedad.

La ciudad no tiene una infraestructura adecuada para recibir estudiantes de afuera: los alquileres suelen ser prohibitivos y además faltan unidades habitacionales. Y los que viajan a diario son verdaderos héroes y heroínas que soportan un sistema de transporte caro y de pésima calidad. Enseñar y aprender en estas condiciones exige una enorme fuerza de voluntad, pero aún con ella estamos en condiciones desventajosas respecto de los actores de procesos educativos de otras regiones del mundo e incluso del país.

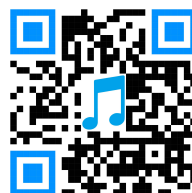
La carrera de Comunicación Social procura preparar futuros profesionales que produzcan una comunicación social comprometida, sensible e imaginativa. Sentimos que es lo que al mundo le hace falta, sobre todo en momentos de reflujo histórico del pensamiento progresista; en tiempos en que el autoritarismo avanza, amenazante sobre nuestras conciencias. No solo es un riesgo enorme que crezca la derecha extrema: es doloroso que comience a recoger adhesiones entre quienes van a ser sus primeras víctimas. Muchos de los que hoy creen que la alternativa pasa por el neoliberalismo van a ser los primeros en sufrir la conculcación de sus derechos a manos de los fugadores de divisas, los vaciadores del país, los desguazadores del Estado.

Es la comunicación la que debe contribuir con una labor pedagógica y mayéutica de desacondicionamiento mental. Son los futuros comunicadores actualmente en formación los que deben enriquecer la capacidad de análisis y prospección de la sociedad, para que evitemos tropezar nuevamente con esas piedras que ya tuvimos enfrente y que se empeñan en seguir atravesándose en nuestro camino. Solo lo vamos a lograr con presupuestos universitarios acordes con nuestras necesidades de desarrollo. Nuestro país únicamente podrá reconstruirse cuando se cumpla lo que manda el artículo noveno de la Ley 26206 de Educación Nacional, que señala: “El Estado garantiza el financiamiento del sistema educativo nacional conforme a las previsiones de la presente Ley. Cumplidas las metas de financiamiento establecidas en la Ley 26075, el presupuesto consolidado del Estado Nacional, las provincias y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires destinado exclusivamente a educación *no será inferior al 6% del Producto Interno Bruto*”.



Ceremonia de graduación en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNCo.

Estamos frente a la necesidad de preservar nuestra soberanía y nuestra identidad en un contexto poco propicio en el que se ciernen amenazas sobre el sistema educativo, el sistema público de Salud, la defensa de los derechos humanos y la preservación de derechos de todos los grupos sociales. Necesitamos cuidar el aparato productivo nacional, proteger las fuentes laborales y asegurar un ingreso digno para toda la ciudadanía. Queremos asegurar el futuro de los chicos y garantizarles a los mayores el crepúsculo para el que trabajaron toda su vida. Reclamamos lo que corresponde. Permítannos estar a la altura de las circunstancias. Déjennos forjar la comunicación que resulte capaz de robustecer nuestra capacidad de resiliencia, que sea reparadora de injusticias, que contribuya a equilibrar las asimetrías sociales, que fortalezca los vínculos a partir de principios como la solidaridad y la fraternidad y que –siempre– guarde lugar para las ilusiones, las utopías, las esperanzas.



Paradojas continentales



El domingo asumió en Colombia el primer gobierno que rompe la inalterada secuencia de regímenes de derecha. Por primera vez, la tierra cafetera ungió a un presidente de izquierda. Se trata del ex senador Gustavo Petro, quien llega al gobierno acompañado de una vicepresidenta mujer, Francia Márquez.

Petro es un abogado y economista que supo ser militante del grupo guerrillero M-19 y permaneció en prisión durante más de un año y medio. Su compañera de fórmula también es abogada, pero además es una líder social, activista medioambiental y defensora de derechos humanos.

Ambos llegan a la presidencia de Colombia en medio de lo que algunos analistas internacionales definen como un gran cansancio social por la desigualdad, la corrupción y la violencia que desde hace más de 50 años se enseñorean en la patria de Gabriel García Márquez.

Petro trae como referencia previa el haber sido alcalde de

Bogotá, la ciudad capital de su país. Desde ese cargo, sus decisiones incluyeron la creación de centros para el control natal y la atención de abortos en los casos permitidos por la ley. También fue prohibida la portación de armas de fuego, lo cual redujo la tasa de homicidios, que alcanzó la cifra más baja de los últimos 20 años. Sin embargo, recrudescieron delitos como los hurtos, que incrementaron la percepción de inseguridad. Aunque ese flanco es uno de los caballitos de batalla predilectos en todas las campañas de los partidos de derecha, la ciudadanía de Colombia ha decidido darle una oportunidad de enfrentar ese flagelo a una administración progresista.

La decisión de los votantes seguramente se vio estimulada por el hecho de que el contendiente de la fórmula de Gustavo Petro y Francia Márquez haya sido una figura extravagante, que hizo toda su campaña desde el exterior y que, en alguna ocasión, declaró su admiración por Hitler.

Desde el gobierno municipal de Bogotá, Petro se propuso proteger los humedales de la ciudad e impulsar una planificación para la preservación del agua ante el calentamiento global. En materia de salud también planteó una agenda de realizaciones que reveló una alta cuota de sensibilidad social, que ahora la ciudadanía espera ver trasladada al ámbito nacional.

El gran interrogante que se abre a partir de aquí es qué margen de maniobras tendrán Petro y Márquez, en una nación estragada por niveles de violencia que anualmente dejan miles de muertos y con un régimen paramilitar de relaciones tenebrosas con los cárteles de la droga, que tienen como destino principal el mercado estadounidense.

Precisamente el país norteamericano lleva años desplegando bases militares en un territorio cuyos sucesivos gobiernos mantuvieron un alineamiento férreo con las políticas de la Casa Blanca.

En estas horas, el mandatario recién asumido conversó con el presidente de la Argentina para trazar estrategias que acerquen a Colombia al Mercosur. Fernández y Petro también coincidieron en que América latina tiene que coordinarse para fortalecer a la CELAC

(Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), particularmente ante el descrédito de un organismo continental como la OEA.

En su primer discurso Petro reclamó que los países de América Latina se unan para hablar con las principales potencias (y sobre todo con Washington) a fin de establecer acuerdos que conduzcan a una transición energética ante los estragos causados por el cambio climático, y construir una economía descarbonizada, una economía de la vida en toda América.

Este corrimiento del eje ideológico histórico colombiano bien podría citar como antecedente la voluntad continentalista del libertador Simón Bolívar, prócer con similares niveles de consideración y respeto cívicos tanto en Colombia como en Venezuela. Quizás a partir de aquí se abra una posibilidad de diálogo fructífero entre las dos naciones vecinas que en los últimos años tuvieron numerosas fricciones.



Una imagen del diario español El País, para ilustrar su artículo “América Latina gira hacia una nueva izquierda”.

Lo cierto es que los nuevos mandatarios arriban a un escenario subregional amigable, en el que los niveles de interacción se verán favorecidos por las simpatías y los puntos en común que el gobierno colom-

biano establezca con el presidente chileno Gabriel Boric, el jefe de estado boliviano Luis Arce y el gobernante peruano, Pedro Castillo, a quien inclusive podría ayudarle a establecer una necesaria estabilidad tras el quinto cambio de gabinete en el año inicial de su administración.

Igualmente valioso resultará el establecimiento de una corriente integradora con el gobierno mexicano que preside Andrés Manuel López Obrador y con la próxima administración de Brasil, si las tendencias que anuncian algunas encuestas se confirman y Lula consigue regresar al Palacio de Planalto en octubre próximo. Incluso en Centroamérica la corriente se manifestó recientemente con la victoria electoral de Xiomara Castro en Honduras.



Xiomara Castro, presidenta de Honduras.

En este escenario la Argentina se encuentra en la situación paradójica de afrontar una instancia contracíclica sin que medie una elección presidencial.

Es que ante la amenaza del fortalecimiento de expresiones claramente identificadas con la derecha e incluso la ultraderecha, un gobier-

no debilitado, anómico e incapaz hasta aquí de contener la estampida inflacionaria y la pérdida de capacidad adquisitiva de los salarios como el de Alberto Fernández, parece haber entronizado a una de las figuras de su elenco menos identificadas con la satisfacción de necesidades de los sectores populares y a la que explícitamente se le reconoce como virtud su fluida relación con la embajada estadounidense, a la que ha visitado con asiduidad.

Desde lo meramente simbólico, las aprehensiones quedan patentemente verificadas con presencias como las de José Luis Manzano o Francisco de Narváez durante el acto de asunción de Sergio Masa como ministro de Economía.

Pero, sobre todo, alcanzan una confirmación rotunda con la decisión de evitar nutrir las arcas enflaquecidas del Tesoro recurriendo a los sectores más poderosos de la economía, los mismos que aún en medio de la crisis sanitaria global y del actual fenómeno inflacionario global nunca dejaron de recaudar.

Pero la paradoja o singularidad que mencionamos no solo atañe a los responsables de gobernar. También a una ciudadanía que, a diferencia de la chilena o la colombiana, parece resignada a tolerar un nuevo experimento económico más cercano a los de los laboratorios neoliberales, que a los del campo nacional y popular.

Algunos analistas sociales y políticos han señalado en las últimas horas que no hay riesgo ni espacio para los estallidos registrados a comienzos de este siglo.

Esa parece haber sido una razón suficiente para que el oficialismo haya decidido postergar la reparación de las asimetrías sociales y hasta para poner en discusión las políticas inclusivas, en un país con media población hundida en la pobreza. Todo ocurre en aras de un pragmatismo puesto al servicio excluyente de llegar competitivo a 2023. La apuesta descansa en la ausencia absoluta –hasta aquí– de emergentes que le disputen seriamente y en su propio campo ideológico la base social que llevó al Frente de Todos a la Casa Rosada en 2019.

Pero también corre el riesgo de los desgranamientos que produ-

cen los cantos de sirena inverosímiles como el que en sus discursos recientes incorporó el ascendente jefe de gobierno porteño: “tenemos que sumar valor agregado a nuestra producción de materias primas”, viene sosteniendo Rodríguez Larreta. Los ríos vienen tan revueltos y todo es tan paradójico que hasta un referente del PRO presume de productivista.

Mientras tanto, un sector considerable de la población parece no estar tomando debida nota de los acontecimientos que ocurren en el vecindario de la Patria Grande.

De un magnicidio fallido y un león adormecido



Las palabras merecen un cuidado especial. Algunas de ellas pueden acariciarnos el alma y otras son capaces de herir nuestra sensibilidad.



El jueves pasado, tras el fallido intento de magnicidio contra la vicepresidenta argentina, el presidente Alberto Fernández decretó que el día siguiente sería feriado.

En el imaginario de la mayoría de las personas, la expresión está asociada con lo festivo, con aquello que merece ser celebrado.

Difícilmente un atentado podría caber en esas coordenadas, incluso cuando no haya tenido éxito. Hubiese sido más propio anunciar la declaración de una jornada nacional de reflexión con suspensión total de actividades.

Es una anécdota pequeña en el contexto de un hecho de semejante gravedad institucional, pero que resulta revelador de algunas características de este presente nuestro. El jefe de Estado tuvo casi tres horas para redactar el texto que finalmente leyó ante cámaras ya sobre la medianoche. Como no se trató de un parlamento extenso, tuvo tiempo suficiente para revisarlo y someterlo a consulta con sus asesores más cercanos. ¿Nadie previó lo que iba a ocurrir con ese pasaje?

La planificación de los actos de gobierno no parece ser un punto fuerte de la actual administración. Y el episodio que relatamos apenas es una muestra gratis de los errores organizativos que se han sumado a lo largo de algo más de dos años y medio de gestión.

Pero, claro, hay otros flancos de aquella aciaga noche del jueves que por su gravedad merecen una consideración más detenida.

El ataque artero y aleroso que caracterizamos como “magnicidio” no lo es tanto y tan solo porque el objetivo era la vicepresidenta de un país en el que ese puesto ha carecido históricamente de relevancia mayor. La envergadura del atentado es tal porque puso en la mira a una lideresa que concentra una base de adhesiones populares infinitamente mayor que el resto de la dirigencia argentina. Incluso cuando no le alcanzase para ganar la próxima elección presidencial de 2023, cuestión que en todo caso se dilucidará dentro de un año y medio (toda una vida en la Argentina de estos días).

No estamos descalificando las posibilidades de la oposición para hacerse con el gobierno en el turno próximo. Pero individualmente no hay políticos o políticas que traccionen y acumulen como sigue haciendo Cristina Fernández de Kirchner, a pesar de la diatriba constante de un conglomerado de medios de comunicación poderosos, nutridas franjas de integrantes del Poder Judicial de la Argentina y no pocos referentes políticos que guardan poco respeto por su propia investidura y no tienen empacho en verbalizar proclamas feroces, de una brutalidad que nos exime de mayores comentarios.

Es esa sumatoria la que adensa un caldo de cultivo propicio para que algunos argentinos de a pie se consideren habilitados a protagonizar hechos tan bizarros o escabrosos como colgar bolsas mortuorias en la

Plaza de Mayo; exhibir guillotinas o enarbolar horcas en las que amenazan ejecutar a sus adversarios.

Si un diputado de la Nación se atreve a solicitar la pena de muerte para la expresidenta, ¿por qué habría que sorprendernos que un individuo decidiera hacer justicia por mano propia?

Una causa judicial flojita de papeles, muy pobre argumentalmente y absolutamente insuficiente en materia probatoria concluye con un alegato insustancial y viciado por errores procedimentales. Pero es amplificada hasta el paroxismo por periódicos, televisoras y emisoras de radio cargados de ponzoña. ¿Cómo es posible que esa discursividad tóxica no infecte cerebros adormecidos y espíritus poco acostumbrados al análisis crítico?

Un político de trayectoria extensa plantea una ecuación oprobiosa entre “ellos o nosotros” con la que aplasta los matices y actúa como fuerza centrífuga que busca galvanizar posiciones extremas. Después de eso, a nadie debería llamar la atención que algunos energúmenos salgan a la calle con pancartas de una agresividad exacerbada.

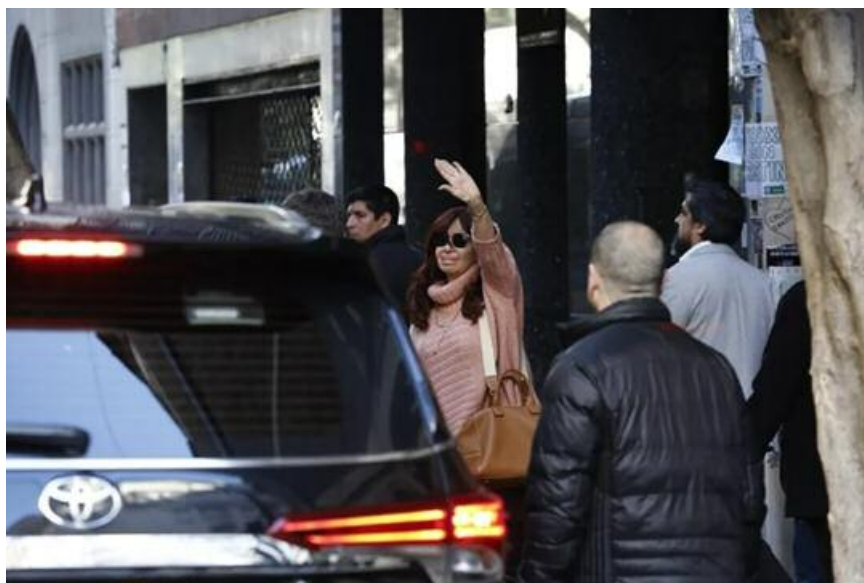
Al día siguiente del atentado, por la pantalla de uno de los canales de noticias de mayor poderío, un operador se refocila señalando “la oportunidad perdida por el presidente de la Nación para llamar a la paz de la sociedad argentina”. Lo dice quien, con una obstinación digna de mejor causa, cada día formula proclamas horadantes de una administración democráticamente electa.



A lo largo y ancho del país se replican las plazas públicas conmovedoramente repletas de almas que no solo repudian el intento de asesinato sino que manifiestan su aprecio y respeto por la mujer que milagrosamente ha salvado su vida.

Comienzan a llover las manifestaciones individuales de personalidades y personajes de la política. Muy pocos mantienen un silencio crápula. Muchos de los que regresan a casa de las asambleas espontáneas en pueblos y ciudades se preguntan cuáles de todas esas expresiones nacen de la convicción y cuáles provienen de la hipocresía, la impostación o el puro interés personal.

Antes del episodio nefasto del jueves pasado, ya había quienes se envalentonaban señalando que la persecución judicial a CFK actuaría como un bumerang que terminaría despertando al león. Quizás el anuncio haya sido un tanto temerario entonces, pero lo cierto es que el acto repudiable de Fernando Sabag Montiel amplificó las alarmas que intentan despabilar al felino. Apelando a la metáfora acuñada por Juan Perón en los años '70, cabe esperar que sus próximos movimientos permitan verificar que se trata de un león herbívoro pues lo contrario nos pondría en el umbral de nuevas luchas fratricidas.



No obstante, ahuyentar el peligro de los enfrentamientos domésticos no nos exime de nuestras responsabilidades. Entre ellas están las de retornar a los principios de un Estado de bienestar que corrija las asimetrías sociales, regresar a una puja redistributiva que permita volver a la senda de la movilidad social ascendente, fortalecer los principios filosóficos de una sociedad inclusiva y fraterna, que no discrimine, que sea respetuosa del otro, que no avasalle sus derechos a vivir con dignidad. Eso que comprende tanto a los residentes de los *countries* o de Recoleta, como a los habitantes sufridos de tantas barriadas humildes, tantas comunidades con las esperanzas tronchadas, tantos pueblos sin destino.

En lo que pareció una jugarreta del destino, solo la buena fortuna evitó que uno de los centros neurálgicos del patriciado urbano de la Argentina se convirtiera en escenario de un crimen monstruoso y de consecuencias imprevisibles. Más allá de esa división enojosa entre “ellos y nosotros”, todos haríamos bien en evitar que vuelva a ser posible.

Otro polo necesario



Hace varias semanas, desde este mismo espacio, propusimos considerar la reivindicación de General Roca como un Polo Educativo Regional (Véase *“El polo educativo que no es tal”*, del 10/07/22). Lo hicimos amparados en la cantidad de instituciones académicas radicadas en la ciudad. Si las hay, deben ser muy pocas las localidades argentinas que pueden presumir de contar con tres universidades públicas. En cambio, Roca cuenta con la Universidad Nacional del Comahue, la Universidad Nacional de Río Negro y el Instituto Universitario Patagónico de las Artes. A esas tres casas de estudio prestigiosas, también cabe sumar el Instituto Superior de Formación Docente, que nutre la oferta local de capacitación.

El aguafuerte de hoy funciona en paralelo con aquel planteo, porque Roca respira un clima adecuado para asumirse complementariamente como Polo Cultural zonal.

La respaldan para ello un grupo calificado de instituciones que abastecen con ideas, enriquecen el patrimonio simbólico, nutren los imaginarios y alimentan la sensibilidad de las personas que vivimos en el Alto Valle del Río Negro.

Ahí está para confirmarlo la Casa de la Cultura, que ya tiene 50 años en los que amplificó y diversificó sus propuestas. A la par existe la Fundación Cultural Patagonia, hogar de una maravillosa Orquesta Sinfónica Provincial, sede de festivales internacionales estupendos, como el de percusión o el de jazz, anfitriona del Festival Nacional de Teatro y el Festival Patagonia Cine y ámbito de manifestaciones teatrales extraordinarias, tanto propias como de grupos visitantes.



El mexicano Víctor Mendoza es uno de los vibrafonistas latinos más destacados y se ha convertido en animador habitual del Festival Internacional de Percusión

El pasado miércoles 24 de agosto, por ejemplo, ocurrió un acontecimiento formidable cuando el actor y dramaturgo Pompeyo Audivert se puso al hombro una obra completa de William Shakespeare y él solo interpretó todos los papeles de la tragedia de Macbeth. Una sala repleta aplaudió de pie la interpretación sobrecogedora de un trabajo para el asombro. Desde días antes de la presentación, las entradas estaban ago-

tadas, lo que deja ver que el gusto de los espectadores guarda especial consideración por las propuestas intrépidas y de alto valor expresivo. O, puesto en otras palabras, que hay público para presentaciones que excedan el marco de las producciones *mainstream*, ese anglicismo que etiqueta las tendencias o modas dominantes, pero sobre todo aquellas de carácter ligero, sin espesor conceptual alguno.



Pompeyo Audivert y una clase magistral de teatro

En todo caso, lo que el episodio pone de manifiesto es que la ciudad necesita una sala teatral de mayor capacidad que las que actualmente posee, equivalente en aforo a la del *Círculo Italiano* de Villa Regina o el bello *Cine Teatro Español*, de Neuquén.

En cuanto a espacios, también es significativo lo que aportó el municipio de Roca con la habilitación de los salones de la primera planta de la Terminal de ómnibus. Ese lugar alberga al Espacio INCAA, que sería deseable programe con mayor asiduidad y continuidad la presentación de películas nacionales. Además, esas mismas instalaciones fueron escenario de una muestra valiosísima del notable artista plástico Julio Ojeda, casi en las vísperas de su reciente fallecimiento.



La muestra con la que se despidió Julio Ojeda, artista plástico cordobés afincado en Roca desde 1985.

El *Club de Arte El biombo* también se anota en la agenda de los sitios culturalmente aportantes, desde la singularidad del empecinado emprendimiento de la familia DiGiovanni. Y el Teatro de la Estación, cuya actividad ayuda a disimular el dolor de la pérdida de una institución dinamizadora como el ferrocarril, contribuye con propuestas que acarician el espíritu valletano.

Junto a la Biblioteca Popular céntrica, Roca posee una red riquísima de bibliotecas barriales que, además de espacios de lectura, fungen como equivalentes de clubes sociales amables para el encuentro.

El universo de la letra impresa debería rendir tributo a “*Quimhue*”, cuya dueña presume con orgullo justo de que el suyo fue el primer comercio de la Patagonia consagrado exclusivamente a la venta de libros.

Más allá de lo institucional también vale enumerar los aportes individuales de personas valiosas, como la docente Cecilia Boggio, cuyo legendario Taller de Lectura desmenuzó una miríada de textos y un sin-número de autores de todo el mundo. O los talleres de historietas de Chelo Candia, que acercaron a cientos de niños al relato gráfico. O los talleres de teatro de la actriz, directora y dramaturga Maite Aranzábal.



Cecilia Boggio y Chelo Candia, talleristas que comparten sus conocimientos y su arte

Sumamente gratificantes resultan los trabajos de Fernando Carmona como director de sucesivos ensambles vocales o las actuaciones de la *Orquesta Ocasional de Rock Sinfónico*. El ámbito de la música también se fortalece con la presencia de las agrupaciones de jazz, rock, tango y demás que funcionan bajo la égida de la Fundación Cultural Patagonia. Y, además, se potencia con las murgas, esa combinación de música y teatro que en los últimos años crecieron y se desarrollaron como expresión de arte callejero con una carga fuerte de crítica social.

El largometraje documental *“La libertad”* que el roquense Gustavo Gzain realizó acerca de la vida y la obra del escritor e historiador Osvaldo Bayer es una prueba fehaciente de las capacidades con las que cuenta nuestra región.

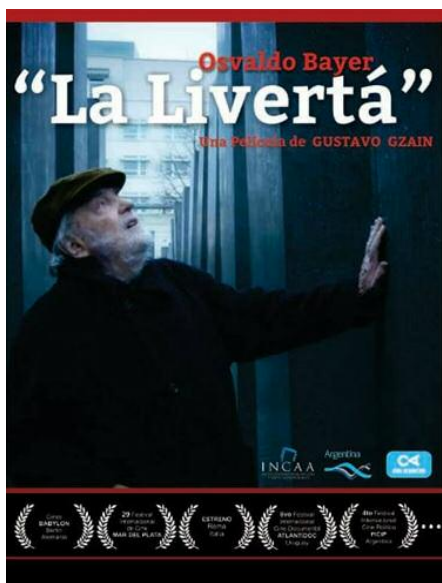
Las muestras fotográficas habituales de Viviana Portnoy son estéticamente modélicas.

Seguramente esta nómina incurre en olvidos involuntarios, pero esta enunciación de posibilidades que cada semana ponen al público en contacto con músicos, escritores, teatreros, titiriteros, artistas plásticos configura un listado de opciones que predisponen al bienestar espiritual.

No es poco es una sociedad lastrada por discursos de odio, enojosas asimetrías sociales y preponderancia de propuestas pseudo culturales guiadas por criterios puramente crematísticos. La cultura protege de todos esos despropósitos y crea condiciones propicias para el desarrollo de un humanismo fraterno, comprometido y solidario.

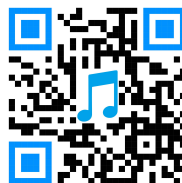
La confluencia articulada de la acción de ambos polos (educativo y cultural) debiera formar parte de una planificación estratégica de la ciudad, concebida a la luz de la potencia de los recursos disponibles y no en virtud de expectativas ilusorias. Esa programación sería consistente y robusta si aunara dialécticamente la pluralidad de culturas de un escenario en el que habitan referentes diversos: pueblos originarios, inmigrantes extranjeros de procedencia variada y argentinos que bajaron del norte en búsqueda de una tierra hospitalaria.

Frente a los procesos actuales de globalización también se impone la necesidad de una planificación estratégica de la cultura que, sin desconectarnos del mundo, salvaguarde y potencie nuestra identidad. El diseño de esas estrategias debe implicar a distintos actores sociales, comprometidos y corresponsables en la gestación de políticas públicas inclusivas que favorezcan el desarrollo humano a escala individual y comunitaria.



El ejemplo de sociedades avanzadas debería servirnos para tomar debida nota de las acciones sostenidas que despliegan para protección de las manifestaciones nobles de espectáculo, el arte y la cultura. Esas que en Roca encuentran terreno fértil, aun cuando carezcamos de la formalidad de ese sello identificativo de “Polo Cultural Regional” que esta columna reclama.

El corto trecho del dicho al hecho



Sin ninguna pretensión mítica podría decirse que “en el principio fue el verbo”. Las palabras, que tienen cualidades reparadores, confortantes y hasta incluso salvíficas, también pueden constituirse en armas cargadas de violencia simbólica, elementos de poderosa agresividad.

Cuando en la Argentina comenzó a ganar espacio mediático la figura de un dirigente de verba feroz como Milei, el terreno por el que avanzó había sido convenientemente abonado por una larga tradición de expresiones y frases envenenadas.

La muerte de Eva Perón en 1952, solo por poner una fecha antojadiza que seguramente no inauguró el ciclo, en algunos círculos del país produjo inscripciones oprobiosas de vivas al cáncer que, a millones de argentinos les arrebató a una figura fuertemente instalada en sus afectos.

No bastó con el regocijo íntimo; la exaltación de espíritus cegados impulsó a dejar registro de esas expresiones desafortunadas en numerosos grafitis que ensuciaron paredes pero que también cubrieron

de sombras tenebrosas tanto el ánimo de los sectores refractarios a esa dirigente sin cargo como al alma de sus seguidores incondicionales.

No había redes sociales entonces y el entramado mediático de la época no resistía comparación alguna con el ecosistema integrado que hoy atraviesa con sus mensajes a la población más receptiva e incluso a los que abominan de sus discursos hegemónicos.

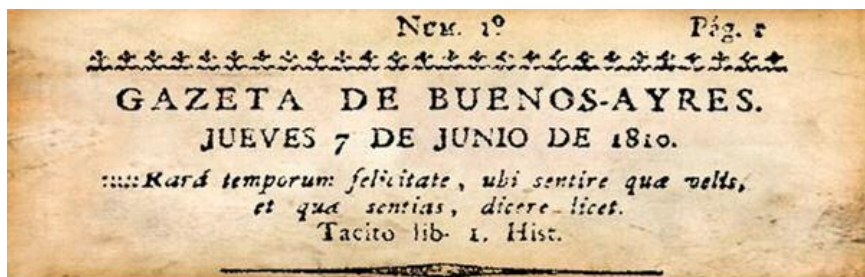
Tres años después de la muerte de Evita la llamada Revolución Libertadora intentó erradicar del vocabulario criollo el nombre de Juan Perón. La alegoría del “tirano prófugo” actuaba como reemplazo instituido de la nominalidad que intentaba suprimirse y, al mismo tiempo, caracterizaba al expresidente como una persona autoritaria, corrupta y que había gobernado sin apego a la justicia y violando principios del Estado de derecho.

La última alocución de Perón antes de su derrocamiento había pasado a la historia como “el discurso del cinco por uno”. Desde un balcón de la Casa Rosada, el todavía presidente deploró el asesinato de trescientas personas que acababa de ocurrir durante un bombardeo aéreo opositor sobre Plaza de Mayo y prometió que por cada uno de los suyos que cayera, caerían cinco de los adversarios.

El país se había convertido en un ring, en uno de cuyos rincones los simpatizantes justicialistas alimentaban el deseo del regreso de su líder proscrito en un avión negro que traería consigo esperanzas latentes de una vida más digna.

Los periódicos vendían ediciones matutinas y vespertinas, la radio aún atravesaba su época dorada y la televisión comenzaba a afinarse en los hogares argentinos. Las visitas a los cines entregaban una cuota de propaganda dirigida a través del noticiario semanal *Sucesos argentinos*.

Esas eran las voces que amplificaban la discursividad bifronte y polarizada de la Argentina. Peronismo y antiperonismo reeditaban anteriores pujas fratricidas entre unitarios y federales y las aún más antiguas disputas entre liberales y conservadores, ocurridas en los mismos albores de la Patria cuando el medio excluyente era la *Gaceta de Buenos Aires*, fundada por Mariano Moreno en 1810.



Los antecedentes históricos remiten a una textualización de impacto más tenue sobre la sensibilidad de los individuos, muy especialmente cuando se la compara con la actual descarga torrencial de mensajes, algunos de los cuales son extraordinariamente pobres en argumentación pero progresivamente más audaces y agresivos en su carga adjetiva.

Si antes los medios reflejaban el estado de opinión de sectores contrapuestos de nuestra sociedad, resultará altamente apreciable que alguna vez podamos discernir si los actuales pronunciamientos de las grandes corporaciones privadas, el entramado público de la comunicación y las organizaciones comunitarias dedicadas a dar a conocer su perspectiva del mundo, solo reproducen un clima social de época, lo estimulan o lo generan.

Hace cien años el sociólogo norteamericano Harold Lasswell impulsó decididamente la llamada “teoría de la aguja hipodérmica” que le atribuía a la comunicación de masas grandes posibilidades de incidir sobre las actitudes y el comportamiento de los integrantes de la sociedad. Con una cuota enorme de determinismo, aquel planteo sostenía que los estímulos adecuados obtenían las respuestas deseadas sin que ninguna interferencia fuera capaz de alterar los resultados previstos. “A cada estímulo, una respuesta”, era la fórmula que se repetía. El resumen era que, frente al poder colosal de medios de comunicación de masas, la sociedad carecía de cualquier elemento de resistencia.

Es curioso pero a esta noción también se la conoció con el nombre de “teoría de la bala mágica”. Según ella, la transmisión de un mensaje actuaba como una bala que la “pistola” de los medios de comunicación disparaba a la “cabeza” del espectador.

Es imposible no recordar esa proposición en estos días, cuando todavía no superamos el agobio no ya de un arma metafórica sino de una real, gatillada a pocos centímetros de la frente de una de las dirigentes argentinas de mayor predicamento y acompañamiento incondicional de sus simpatizantes.

Con el tiempo, aquella visión extrema de manipulación social fue cayendo en desuso, sobre todo al repararse que también actuaban las interacciones personales directas y otros factores de socialización primaria y secundaria (familia, escuela, amigos, compañeros de trabajo o estudio) con capacidad de intervenir en la toma de decisiones.

El fundamentalismo inicial de “los medios determinan como piensa la gente”, quedó rebajado a “los medios son decisivos en proponerles a las personas sobre qué pensar”.

El siglo XXI confirmó que algunas seguridades de antaño ahora mostraban mayor fragilidad conceptual. En principio, el concepto de “comunicación de masas” estalló en pedazos ante la formidable atomización de unos públicos que enfrentan una oferta inabarcable de contenidos que contribuye a segmentar las audiencias en partículas.

Pero aunque no hayan alcanzado nunca esas capacidades formidables que algunos les atribuyeron, los responsables del polo emisor nunca dejaron de ilusionarse con la vocación divina de modelar y regular a la sociedad a su antojo.



Y la verba de sus voceros progresó en contundencia, las lenguas se volvieron más afiladas, los juegos de palabras derraparon hacia el mal gusto. Incluso (y quizás más) cuando esas palabras alternaron con elementos sustitutorios igualmente degradantes, como las horcas o las guillotinas. ¿Todas esas expresiones caldearon el ambiente para precipitar acciones violentas o, por el contrario, actuaron reactivamente ante el estímulo invertido que provenía de alguna porción de la gente de a pie? ¿Qué fue primero: el huevo o la gallina?

No es lógico ni deseable que se supriman los disensos, pero las soflamas incendiarias que llenan el camino de piedras no solo no colaboran con la consolidación del Estado de derecho sino que incluso pueden generar condiciones propicias para que la violencia sónica escale hasta alcanzar la cima de lo físico. En este sentido, son ilustrativas las consideraciones acerca de la materialidad de los discursos que propone Sacha Pujó en este mismo portal (Véase su nota *La organización política del odio: quién administra el resentimiento en VCF del 11/09/2022*).

Entre medio de las instancias de emisión–recepción y comunicación de retorno, habrá que ubicar la responsabilidad de los sectores dirigenciales, no porque queramos otorgarles preeminencias foquistas que los eleven por encima de los mortales, pero sí porque deben asumir el compromiso de serenar los espíritus. De ellos cabe esperar contribuciones efectivas a la paz social y propuestas que conduzcan a una mejor calidad de vida. Nada de eso parece estar presente en los pronunciamientos de algunos parlamentarios y representantes políticos partidarios.



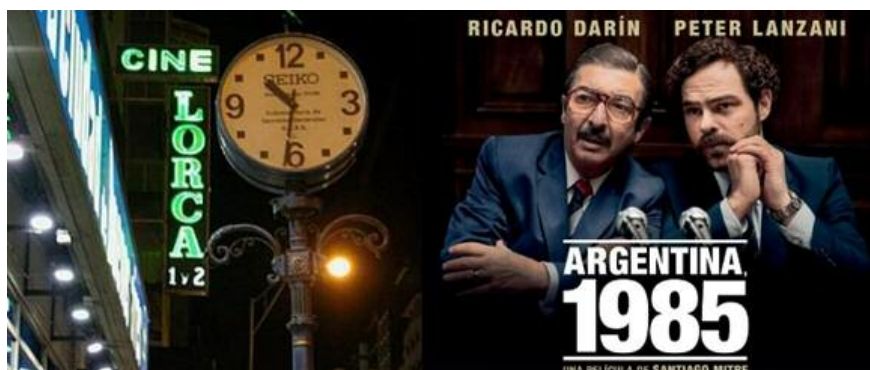
Lo que se recoge en las calles es ya más complicado de disolver. Las propuestas de intolerancia extrema quedan rezumadas en las ideas

que expresan los referentes de la agrupación de extrema derecha Revolución Federal: “Hay que matarlos, por favor, hay que matarlos. Con esta gente no se puede convivir. (,,,) Pongan mano dura. Pónganlos contra una pared. (...) Provocalos, cagalos a palazos, dejalos a todos chorreando sangre. (...) Bajale la dentadura, rompele el comedor. (...) Si me siguen rompiendo las pelotas (...) hacemos cuatro molotov cada uno, nos juntamos 20 patriotas y lo resolvemos. Es así de sencillo. (...) ¡Repriman! Ya está. ¿Vas a perder un voto por matar cuatro kirchneristas? Vas a ganar 10, boludo. (...) No, con esta gente tampoco se soluciona por los medios democráticos”.

Tanta inquina, semejante aversión se consuman primero en un chat entre el agresor frustrado de Cristina Fernández, Fernando Sabag, y su novia Brenda Uliarte: “Hace falta un francotirador. Viste que la mina se pone en el balcón, pimba, un tiro en la cabeza, hacerla mierda” y finalmente conducen al intento de magnicidio fallido.

Algunas prédicas de los medios repugnan nuestra conciencia, ciertos dirigentes producen escalofríos con su pensamiento retrógrado, pero las voces callejeras que piden ‘meter balas’, ‘cortar cabezas’, ‘eliminar’, ‘destruir’ nos provocan un estado de zozobra intolerable al hacernos reparar en qué sociedad vivimos y en qué seres podemos llegar a convertirnos.

Incompatibilidades argentinas



Cada visita a Buenos Aires conlleva un rito que compartimos con varios amigos y consiste en revisar la cartelera del Cine Lorca, antes que muchas otras cosas. Ubicado en la calle Corrientes, ese templo del arte es un bastión y un refugio del cine de calidad, en un momento en que las pantallas han sido ganadas mayoritariamente por un tipo de realizaciones llamadas “*mainstream*”, anglicismo que suele englobar a las producciones de gran presupuesto, protagonistas estelares, criterios mercantiles y escaso espesor conceptual.

Es claro que en el cine, como pasa en la música o en la literatura, también es posible encontrar obras que –sin renunciar a su adscripción comercial– poseen valores estilísticos, hondura dramática, representaciones fidedignas de la realidad o vuelo imaginativo y fantástico digno de consideración.

Las dos salas del Lorca están consagradas a películas que no son las de taquillas más rebotantes. Uno entra al cine sabiendo que va a participar con unos pocos vecinos de butacas de ese ritual centenario de compartir un salón a oscuras con un grupo de extraños. Estaremos unas dos horas asistiendo a un relato que no podemos poner en pausa y sobre

el que probablemente no intercambiaremos opiniones o comentarios con los otros espectadores, a menos –claro– que hayamos ido juntos al espectáculo. Tiene sus inconvenientes ir al cine. Pero la clave de su atractivo es la ritualidad que envuelve a ese ejercicio.

Uno sabía que “*Argentina, 1985*” había tenido algunas dificultades de distribución y que las cadenas principales de exhibición se habían negado a programarla. La razón es que tras el estreno solo les quedarían tres semanas antes de que el film llegase a una plataforma de *streaming*, esas que te llevan la película a tu casa, te permiten elegir la ocasión para verla, detenerla cuántas veces quieras y repetir los momentos significativos, pero que también te reducen la pantalla y –sobre todo– suprimen el rito de compartir con extraños imágenes proyectadas en una sala en tinieblas.

Como quiera que sea, el último estreno de esa figurita popular del álbum de las estrellas que es Ricardo Darín, solo se está proyectando en un 30 por ciento de las salas argentinas.

Ese dato arroja una cifra impactante: dos de cada tres cines son parte de alguna cadena que acostumbra armar su programación en base a conceptos puramente crematísticos, que compactan su oferta alrededor de un (casi) único centro productor: el estadounidense y retacean la presencia de otras filmografías extraordinariamente valiosas pero que no son especialmente receptivas a mensajes consecuentes con el *american way of life* o “estilo de vida americano” que, en realidad, apenas es el estilo de vida de los sectores medios y acomodados de los Estados Unidos.

El estreno de “*Argentina, 1985*” me encontró en Buenos Aires y decidí tributar a mi rito alrededor del *Cine Lorca*. La sorpresa fue mayúscula al ver una cuadra de cola para la primera función, esa que solo convoca a cuatro o cinco espectadores cada vez que se proyecta un film francés, se repone una película de *Cassavettes* o se estrena una de *Kiarostami*. Y se reiteró a la salida, cuando otra fila nutrida aguardaba para ingresar a la segunda sesión.

Pensé, entonces, en esas salitas mustias que sobreviven como pueden en ciudades y pueblos de provincias. Y en la oportunidad de alte-

rar por una vez la rutina cansina de unos boleteros acostumbrados a la poquedad.

¿Cuál es la razón de este efecto inusitado? Es inevitable reparar en la circunstancia de que las salas pochocleras hayan decidido abstenerse. Pero luego resulta necesario pensar en el grado de responsabilidad que tiene el “efecto arrastre” de una figura tan convocante como Darín. Hasta que, por fin, llegamos a la motivación que uno quisiera que fuese la de mayor peso específico: la de repasar un episodio de nuestra contemporaneidad tan decisivo como el juicio a las Juntas Militares que condujeron el llamado Proceso de Reorganización Nacional.

Aunque sea corta, la historia transcurrida desde entonces ha descalificado ese eufemismo vergonzoso. Lo que la Argentina vivió a partir de marzo de 1976 fue una dictadura criminal en la que confluyeron las responsabilidades de las Fuerzas Armadas y de sectores civiles y eclesiásticos.

El deseo, sin embargo, no nos nubla el pensamiento. Cuando al optimismo de la voluntad lo contrapesamos con el pesimismo de la inteligencia cuesta sostener la tesis de la vocación analítica y el revisionismo histórico.



A la izquierda, Strassera y Moreno Ocampo, los reales

Muy especialmente cuando siguen vigentes algunas matrices que modelaron conductas sociales permisivas con el abuso de los derechos humanos, la desaparición seguida de muerte de miles de argentinos, la aplicación indiscriminada de tormentos físicos y psicológicos, la supresión de identidad de cientos de criaturas, la violación de mujeres detenidas y la reducción a servidumbre de personas sustraídas de la vida de relación.

Eso se verifica hoy en la reacción social ante los petitorios estudiantiles de condiciones dignas para su formación o la exigencia de que el Estado cumpla con principios constitucionales como el derecho a la salud, la alimentación o la vivienda.

¿Cómo compatibilizar la intemperancia ante los reclamos de compatriotas que atraviesan situaciones comprometidas con los aplausos celebratorios de un filme como *¿“Argentina, 1985”*? ¿Cómo conviven en el mismo cuerpo los que insultan a los trabajadores que luchan por salarios dignos y condiciones de empleo adecuadas y los que al final de la película aplauden la condena a los genocidas?

Cuatro párrafos sobre el filme



El equipo juvenil de Strassera y Moreno Ocampo

La película tiene una obertura muy lograda, que sitúa la escala humana de la figura desde la que focaliza el relato. Ese hombre, el fiscal Julio Strassera, no queda eximido de ambigüedades, lo cual permite que cada espectador haga sus propias consideraciones. Acompañado de un fiscal adjunto absolutamente inexperto, congrega a un grupo de jovencitos entusiastas pero de trayectoria aún inexistente. La de este conjunto no supone una alegoría superheroica pero, en cambio, retrata la épica de quienes salieron al ruedo judicial a encarar molinos de viento mucho más ominosos que lo que puedan parecer a casi cuatro décadas que contribuyeron a desteñir sus figuras por entonces amenazantes. Es que en aquel momento hizo falta coraje para enfrentar a esa encarnación del mal, representada por unos milicos todavía desafiantes y sus concupiscentes aliados civiles, sobre todo los abogados, referentes de un poder judicial hoy tan desacreditado. Quizás haya faltado una denuncia más severa de la tercera pata cómplice de la dictadura: el clero, algunos de cuyos dignatarios avalaron prácticas aberrantes y confortaron torturadores.

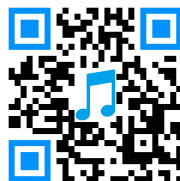
Un dato llamativo es el modo en que se introdujo al presidente Alfonsín. Al contrario que los jefes militares que sí aparecen representados, la figura de quien determinó su juzgamiento fue sustraída a la cámara y apenas se escucha su voz. Esa decisión no parece haber conllevado la voluntad de rebajar su peso específico y el dato que lo corrobora es que el propio Strassera confiesa a su esposa que, en ningún momento se sintió presionado o condicionado por el mandatario. Al final de la entrevista, revela el fiscal, el jefe de Estado solo le dijo que esperaba expectante su alegato.

El momento de mayor hondura dramática y expresiva de la película llega con el testimonio de la ex detenida-desaparecida Adriana Calvo. Y si la conversión que provoca en la madre del fiscal adjunto, mujer que compartía misas con Videla, pudiese parecer un tanto forzada o inverosímil, el propio Moreno Ocampo ha revelado que fue así como ocurrió en la realidad.



Espectadores interesados forman largas filas en cines de todo el país

“Argentina, 1985” no es nunca grave ni solemne. Sus cuotas de chispa graciosa revelan una buena muñeca narrativa del director, quien toma el riesgo de disolver los aspectos tenebrosos de la época pero apuesta atrevida y estratégicamente a ganar la atención del público y sobremanera –creemos– sus componentes más jóvenes. Ojalá lo consiga. Los datos de los primeros días de exhibición fueron más que halagüeños.



Ante un umbral despiadado



La llegada del siglo XX coincidió con la Belle Époque, ese período que nuestra imaginación generalmente asocia con la vida alegre y despreocupada. Así lo reflejaron las obras del impresionismo pictórico, como el célebre “Almuerzo de los remeros”, de Pierre-Auguste Renoir. Ese cuadro retrata a un grupo de amigos del pintor, todos ellos de vida acomodada, mientras disfrutaban de una sobremesa junto al río Sena. La escena ofrece el ambiente relajado y bucólico que algunos burgueses de buen pasar escogían para alejarse del ajetreo parisino.

La capital francesa, sin embargo, también contribuía con sus sitios de esparcimiento, en los que artistas y bohemios se apretujaban en feliz algarabía. Ese lapso dichoso está asociado indisolublemente con cabarets como el Moulin Rouge y el Folies Bergere que, en la colina de Montmartre, recibían en una mezcolanza despreocupada tanto a inte-

grantes de las clases aristocráticas como a personas de los sectores menos favorecidos. Todos disfrutaban por igual del can-can y las bebidas burbujeantes.



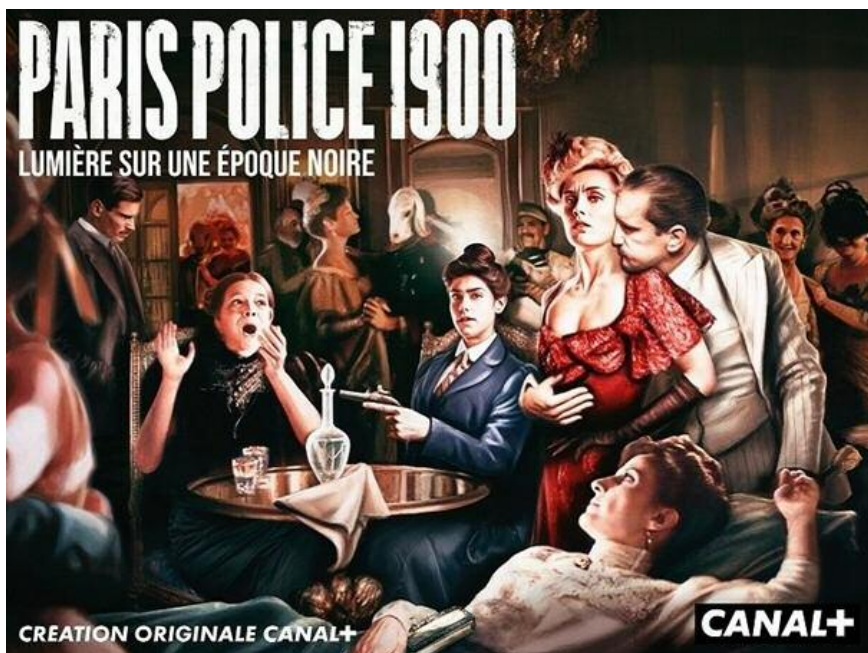
Probablemente ese momento de la historia haya sido el recreo anhelado, después de la guerra franco-prusiana que acababa de finalizar con la derrota de los franceses. El bullicio no pudo anticipar que solo se trataba de un período de entreguerras que habría de acabar con una Guerra Mundial. Solo años después, cuando llegara otra contienda mayúscula, la conciencia de la humanidad les agregaría los ominosos adjetivos de “Primera” y “Segunda”.

En ese “mientras tanto” finisecular la expectativa de vida creció gracias a los progresos experimentados por la medicina y la química; Freud había comenzado a realizar sus abordajes acerca de la sexualidad y el desarrollo económico estaba cambiando la forma de vida de los parisinos. Entre 1900 y 1913 se habilitaron más de un centenar de salas cinematográficas. Las casas particulares se llenaban de música gracias a la gramola. La ciudad-luz vivía un clima propicio para el desarrollo del arte y la belleza.

El cambio de centuria que se aproximaba traía infinitas promesas de modernidad, impulsadas por la Segunda Revolución Industrial, coincidente con la “época bella”. Pero no todo era brillante, reluciente y lleno de esperanzas.

Todo el jolgorio descrito ocurría contra el telón de fondo de un hervidero de ideas antisemitas. En aquel contexto Alfred Dreyfus, un ingeniero y capitán del ejército de origen judío fue acusado por un tribunal militar de entregar secretos a Alemania y resultó condenado a cadena perpetua en 1894.

Ese escenario de intolerancia y racismo desembozado es el que elige la serie francesa «*Paris Police 1900*» para desarrollar un argumento en el que toda la vida dulce y risueña de la Belle Époque desaparece por completo para ser reemplazada por la oscuridad de su trama.



La apertura muestra a un niño canillita, hijo de inmigrantes para más datos, que recibe una paliza feroz mientras el puesto de periódicos que atiende su padre es prendido fuego. En las escenas siguientes el dia-

rio que vendían a 5 céntimos es sustituido por otro pasquín que desde su nombre exhibe sin tapujos los valores que defiende: se llama “El antisemita” y se vende a 10 céntimos.

Entre los protagonistas aparece una mujer joven que intenta dedicarse al ejercicio del derecho en una sociedad que no concibe que esa práctica pueda ser desarrollada por una persona que viste faldas.

La violencia callejera que va *in crescendo* enfrenta a grupos anarquistas con colectivos de extrema derecha. Para intentar restaurar el orden, la policía se ve obligada a devolver a la actividad a un comisario retirado. Como primera medida, el funcionario decide instalar teléfonos en todas las dependencias policiales. Este reconocimiento a un avance tecnológico del momento es visto con sorna por parte de los propios uniformados, en cuyas filas abundan los ejercicios de violencia y corrupción.



La tumba de Félix Faure, en el cementerio parisino de Père-Lachaise

El presidente francés de la época, Félix Faure, muere de un ataque cardíaco en manos de su amante que *–ipso facto–* pasa de cortesana

a informante de la policía. En el trayecto de una ocupación a la otra, la mujer se relaciona con damas de abolengo que entretienen su vida vacía con estupefacientes de potencia variada.

El capitalismo bullente había entrado en expansión hacia formas imperiales y, si bien algunas transformaciones sociales, culturales y económicas comenzaban a dejarse sentir, las poderosas asimetrías sociales no mejoraban sustancialmente las condiciones de vida de los sectores proletarios menos favorecidos.

Un dato es elocuente: los pescadores del Sena obtenían una “extra” a través de la bonificación que les entregaba la policía cada vez que recuperaban del río los cuerpos sin vida de los suicidas.

Los sectores de ultraderecha (antecedente del nacionalsocialismo alemán que llegaría al poder en 1933) exhibían su brutalidad a través de una “*Liga de carniceros*” (sic) encargados del trabajo sucio que les imponían sus ideas xenófobas y racistas.

Observar aquellos acontecimientos históricos con la perspectiva que nos da el tiempo y el conocimiento de los sucesos de bestialidad que iban a producirse luego, nos hace pensar ¿cómo pudo la humanidad descender a semejantes subsuelos? ¿Cómo hubo tanta gente tolerando que la vida de las personas fuera tan poco valorada? ¿Se pudieron acostumbrar a ese reino de la violencia y la muerte?

No hizo falta retroceder hasta las épocas en que barcos esclavistas reducían a las personas a condiciones infrahumanas. Ni tampoco hasta los tiempos en que nuestras familias patricias comerciaban con integrantes de comunidades originarias a los que reducían a servidumbre.

Los acontecimientos que describe la serie “*París Police 1900*” ocurrían a la par de un momento de esplendor de ciertas manifestaciones artísticas y celebración del buen vivir.

A cien años de aquel instante, cualquiera podría suponer que los indicadores de progreso social y expansión de la conciencia humana nos ponen a salvo de expresiones de barbarie como las del pasado.



Trump, Le Pen, Meloni, Bolsonaro: exponentes de un pensamiento atrabiliario

Y, sin embargo —aunque no ganó—, más de 50 millones de brasileños acaban de votar a Bolsonaro. En Italia la extrema derecha ganó las elecciones, multiplicando por seis las adhesiones que había recibido cuatro años atrás. Y, a lo largo y ancho del mundo, se repiten resultados que hablan de apoyos enormes a referentes de ideas extremadamente violentas. Sus adherentes no pueden ser únicamente representantes de grupos sociales dedicados a defender sus privilegios. Existe una masa de votantes que pertenecen a sectores populares despejando el camino por el que avanzarán sus verdugos.

El extremismo de derecha se vuelve más peligroso cada día que pasa. Y los riesgos amenazan con traducirse en niveles crecientes de violencia, autoritarismo, represión, clausura de derechos, desigualdades sociales cada momento más pronunciadas, riquezas incalculables en menos manos a cada segundo y millones de seres humanos condenados a mayores privaciones en idéntico ritmo.

La escalada conculcará conquistas, la igualdad ante la ley será

una inscripción que irá destiñendo día a día, la salud será progresivamente más y más inalcanzable y la educación continuará rebajando su calidad a medida que avance el desguace del Estado. Nuestros viejos verán enflaquecer sus jubilaciones y a cada paso serán más lejanas las posibilidades de realización de nuestros chicos.

A un ritmo igual de rápido que se van nuestras materias primas, los grandes capitostes criollos seguirán fugando divisas hacia el exterior. La obra pública quedará paralizada, con la excepción de meros trabajos de embellecimiento superfluo en la cabeza de Goliath.

Y nada de esto podrá exhibirse como un acto de adivinación fantástica. Es la acumulación de experiencias que ha dejado el paso por el gobierno de administraciones derechistas más suaves o recalcitrantes la que vuelve predecibles sus comportamientos. Porque los libertarios de hoy señalan que se niegan a ser “gradualistas” y, en realidad, eligen ser feroces.

Podrán cambiar algunos nombres o repetirse otros, como si fueran fantasmas del pasado que intentan recuperar presencia tremebunda, salvaje, despiadada, pero no les hace falta pronunciar discursos incendiarios ni mandar a nadie a escribirles libros que los muestren como jinetes del apocalipsis. No necesita Macri anunciar una reducción drástica del déficit fiscal, porque ya se sabe que si llega, arrasará con la inversión social. No precisa anticipar medidas de control del orden público; sabemos que lo suyo es la vigilancia del estado policial. Tampoco tenemos necesidad de escucharle decir que aumentará el costo de la energía y estamos seguros de que de esa decisión procurará sacar tajada personal.

Un nuevo azote del extremismo de derechas entre nosotros ni siquiera tendrá la mascarada de una bella época precaria. Tampoco encontraremos el sosiego espiritual ni el consuelo que hace algo más de un siglo proveyeron los artistas del impresionismo. Aunque los márgenes se van estrechando, es conveniente crear conciencia de esas desgracias cuando aún resulte posible ahuyentarlas.

Recursos para apropiarse de la historia



La disputa entre Borbones y Austrias aún deja marcas en la memoria de los españoles. Esta escena retrata el asalto final a Barcelona, en 1714. ¿Cómo apropiarnos de la historia?

Ya alguna vez estas Aguafuertes lo contaron. Una buena parte de los argentinos que llega a España por primera vez suele sorprenderse cuando escucha discusiones entre los locales que se recriminan agríamente por episodios ocurridos hace más de 300 años y que estuvieron enmarcados en la Guerra de Sucesión española.

Allí está el origen de los enfrentamientos pasionales que el país catalán continúa sosteniendo con la corona. Pero, más allá del alineamiento que catalanes, aragoneses y mallorquines mantuvieron con la casa real de los Austrias para enfrentar a los Borbones, lo cierto es que un buen número de los ciudadanos de estas regiones también suelen expresarse a favor de modos de gobierno republicanos y no monárquicos.

A pesar de su condición de Nación moderna y de historia considerablemente más breve, la Argentina igualmente tiene en qué ocuparse con sus confrontaciones e incluso grietas internas.

Del pasado previo a su consolidación como Estado el registro es mucho menos abundante de lo que debería, lo cual es una forma de señalar que la historia escrita por los que ganan, con frecuencia resulta un relato deficiente, injusto y violento.

¿Cuánto sabemos de nuestra historia y cómo llegamos a adquirir ese conocimiento?

La parte más reciente nos alcanza a través de la memoria de nuestros mayores, testigos de circunstancias que siguen muy presentes en el imaginario social de nuestro país.

Todavía se discute acerca de los acontecimientos que en 1945 tuvieron como epicentro la Plaza de Mayo de Buenos Aires. Una pueblada gigantesca fue a reclamar por la libertad de un líder popular que había sido encarcelado. Una vez que consiguió liberarlo, esa muchedumbre lo ungió presidente y celebró su unión con una muchacha que gozaba de las mismas simpatías masivas que su pareja.

Desde allí hacia nuestros días, los recuerdos son más frescos y se conservan más vigorosos en la memoria y la conciencia de las personas. Hacia atrás, en cambio, las nociones tienden a desdibujarse salvo –claro– para estudiosos y especialistas de campos como la historia, la sociología, la política y demás.

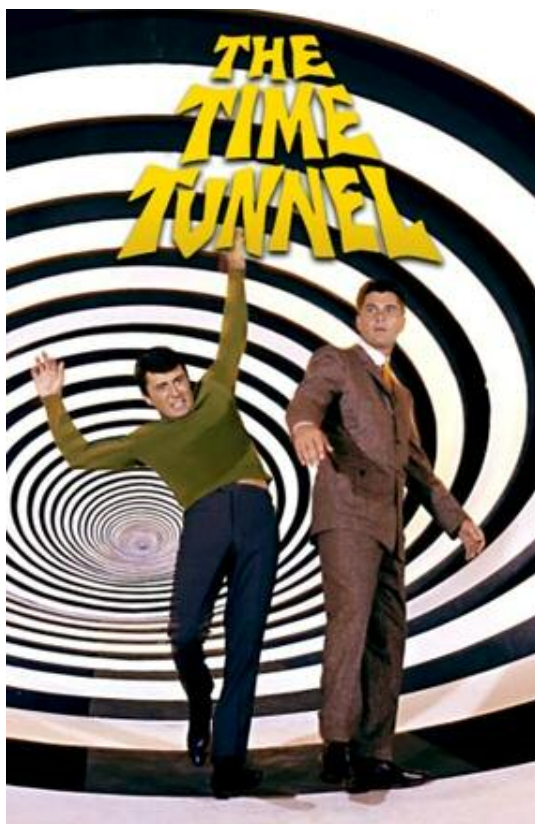
Si alguien se pregunta cómo hacen otras naciones a fin de mantener vivos los sucesos que resultaron decisivos para sus destinos, con el propósito de estudiarlos, analizar su aporte benéfico y considerar sus aspectos negativos, habrá que visitar las acciones que despliegan sus universidades y academias, pero también convendría pispear qué otros recursos implementan.

Hace mucho tiempo, cuando en la Argentina la televisión todavía se veía en blanco y negro, algo inimaginable para las chicas y los purretes de la actualidad, permaneció en el aire durante un año una serie norteamericana que fue un auténtico fracaso. Se llamó “El túnel del tiempo” y

estuvo a cargo del productor Irwin Allen, un hombre acostumbrado a los éxitos de público, aunque fueran mamarrachos audiovisuales de valores escasos tanto en lo argumental, lo estilístico o lo ético, según lo comprueban algunos de sus bodrios como *“Viaje al fondo del mar”* o *“Perdidos en el espacio”*.

“El túnel del tiempo”, que combinaba la aventura y la ciencia ficción a través del socorrido expediente de los viajes en el tiempo, exhibía como curiosidad algunos aspectos muy contrastantes entre sí. Porque cada vez que los sacrificados científicos que vagaban entre épocas eran disparados al futuro, les tocaba participar de un episodio de ideas torpes y escenarios de mampostería desechable por inverosímil. No obstante, las incursiones en el pasado soportaban un poco mejor esas correrías. Allí fueron los dos héroes de esta historia a ser observadores y permitírnos apreciar alguna escena junto a Napoleón o los acontecimientos de Pearl Harbor, por mencionar un par de casos.

Las crónicas de aquel momento especularon que la serie no logró mantenerse porque en su día y horario la pusieron a competir con *“Tarzán”*, *“El agente de CIPOL”* y *“Jim West”*; como si un niño criado por gorilas, dos agentes secretos paródicos contemporáneos y otro del lejano oeste constituyesen un valla infranqueable para cualquier construcción histórica.



En realidad, las causas del fiasco deberían rastrear cuánto talento fue puesto en juego en la propuesta y, acaso, si el mero arbitrio de la ficción científica es capaz de conquistar más voluntades que la exploración minuciosa de enigmas o dudas que enfrentaron nuestros antepasados o formas a través de las cuales se les ocurrió resolver algún entuerto o inconveniente.

Una gran ejemplo al respecto le propone la televisión española actual con su ciclo *“El Ministerio del Tiempo”*.



Esta serie, que ya lleva varias temporadas, nos viene mostrando sucesos y acontecimientos históricos de un país que fue una potencia imperial en cuyos dominios jamás se ponía el sol. Y la mención general queda completamente justificada pues en algún capítulo se alude a las cuevas de Altamira, que alojan arte rupestre prehistórico en la región cantábrica; son frecuentes las apariciones del pintor Diego de Velázquez (1599–1660), convertido en un personaje recurrente y el siglo 20 surge a propósito de los interminables cuarenta años de la dictadura franquista. Esos mojones señalan un derrotero de más de 30.000 años que ofrece innumerables relatos para contar.

Las historias abrevan en protagonistas de la política (Colón, Bolívar, Hitler, la dirigente sufragista Clara Campoamor), la ciencia

(Emilio Herrera Linares, Albert Einstein), la realeza (Felipe III, Margarita de Austria, Isabel la Católica), la literatura (Miguel de Cervantes), la poesía (Gustavo Adolfo Becquer, Federico García Lorca), la dramaturgia (Lope de Vega), el cine (Buñuel), la plástica (Goya, Picasso, el ya referido Velázquez), figuras de la narrativa popular antigua (El Mio Cid, el Lazarillo de Tormes) y más. En medio aparecen pontífices y algún episodio hasta destaca la figura rechoncha de Alfred Hitckcock durante su participación en el Festival de Cine de San Sebastián de 1958, en el que estrenó su película *“Vértigo”*.

La realización hispana tiene un alto vuelo profesional y un trabajo de orfebrería en la talla de los personajes, a partir de cuyas características personales tan acusadas y precisas se pueden expresar ricas consideraciones acerca de la primera mujer que consigue acreditarse en la Universidad a finales del siglo 19 o de un soldado español establecido en Flandes hace cinco siglos para defender la soberanía hispánica sobre territorios de los actuales Países Bajos. Ambos personajes lucen una profunda nobleza, pero a los dos les toca confrontar con mentalidades distintas y ajustarse a tiempos que desafían la rebeldía ínsita de la muchacha o el estricto creacionismo y profundo conservadurismo del militar.

La narrativa de la serie le permite desplegar críticas bastante ácidas a su propia españolidad; algunas son de talante ligero y gracioso, pero otras involucran acciones trascendentes y cuestionables como la conquista de América, la expoliación de sus riquezas y el sometimiento y genocidio de sus pueblos originarios.

Así como alguna vez nuestro Héctor Germán Oesterheld se atrevió a disputarle a los estadounidenses la exclusividad de contar historias de ciencia-ficción, aquí los españoles no solo deciden romper el absolutismo sajón en la materia. También se abocan a poner de manifiesto que no resultan socios políticos confiables y que son actores peligrosos en un mundo en conflictos.

En episodios sucesivos, hemos visto tropelías de uno y otros. Del esclavismo, el racismo, el imperialismo, la conquista, la violencia, la niñez en peligro, la discriminación sexual, el hostigamiento al que piensa o siente distinto ha sido tan culpable España, como lo fue en su día su

potencia enemiga histórica (Gran Bretaña) o como lo es hoy Estados Unidos.



“El Ministerio del Tiempo” contribuye a dar a conocer trozos de la historia de la humanidad, pero al mismo tiempo propone una desacralización que interrumpe la continuidad permanente e incuestionable de lo celestial y pone en el centro del escenario a los seres humanos.

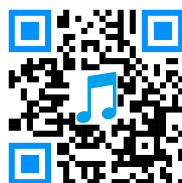
Casi nos vemos como ese Alonso de Entrerríos, extirpado del brutal frente de combate a mediados del 1500 y trasplantado abruptamente a un siglo XXI que —a cada



paso— le machuca su machismo y su misoginia. Las anteojeras que lleva le provocaron callosidades en la razón y la realidad lo escandaliza y obliga a vivir santiguándose, pero ha iniciado un lento proceso de evolución.

Sería deseable que hubiese más productos audiovisuales como la serie que utiliza a este personaje como protagonista. Porque con narrativas así la televisión se ennoblece, contribuye al desacondicionamiento mental de las personas y les provee información y elementos de juicio que fortalecen su criterio, les airean las ideas y les impiden la ajenidad de la historia.

El Congreso detuvo el “apagón cultural”



Hace unos días todos los ojos del arte y la cultura estaban observando el Congreso de la Nación, en donde se estaba votando la continuidad o no del apoyo a nuestras industrias culturales.

La financiación que se encontraba en riesgo era la que alcanzaba al Instituto Nacional del Cine y Artes Audiovisuales (INCAA), el Instituto Nacional de la Música (INAMU), el Instituto Nacional del Teatro, la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, el Fondo de Fomento Concursable para Medios de Comunicación AV, la Defensoría del Público, el Ente Nacional de Comunicaciones y Radio y Televisión de la Argentina. Todos estos organismos estaban comprometidos por una norma adoptada por el gobierno anterior, que determinaba que el próximo mes de enero dejarían de recibir los fondos con los que se mantienen.

Había confianza en que el parlamento le iba a dar sanción definitiva a esta decisión que diputados ya había aprobado cuatro meses atrás,

pero también existía la duda acerca de por cuánto tiempo extenderían los legisladores la vigencia de ese apoyo.

Por eso, cuando se anunció que los fondos estarían garantizados hasta el 2073 hubo una manifestación de regocijo genuino recorriendo todos aquellos sitios en los que las deliberaciones parlamentarias se seguían con atención.



Lo que la decisión protege es algo tan abstracto como la cultura o nuestro acervo identitario, pero también algo mucho más concreto: miles de puestos de trabajo, una noción que resulta fácil de dimensionar. Sin el apoyo financiero que se votó prolongar por 50 años desaparecerían miles de Bibliotecas Populares que, en todo el país, facilitan a los niños y adolescentes el acceso a materiales didácticos y que también funcionan como un lugar de estudio. Y con ellas se hubiesen eliminado las fuentes de empleo de miles de personas que atienden al público en esos lugares maravillosos que atesoran tantas experiencias gratificantes y formativas.

El cine también preservó recursos para continuar produciendo obras que hoy suman una media de algo más de cien películas cada año y que, sin esos fondos, quedarían limitadas tal vez a la décima parte de ellas que, con buena fortuna, podrían encarar las plataformas audiovisuales. Es sencillo imaginar cómo se reducirían las posibilidades laborales de actores, actrices, guionistas, directores, sonidistas, iluminadores y

demás técnicos si al séptimo arte se le retirara ese sustento. Si la amenazante espada de Damocles que el macrismo dejó pendiente no se hubiera desarticulado, la comunidad hubiese quedado sin una instancia formidable de representación de la realidad y estimulación de la imaginación y la fantasía. Porque casi con exclusividad son los aportes del INCAA los que permiten que en nuestro país se filme.

Con la música ocurre algo similar. El Instituto Nacional de la Música es el encargado de promover, fomentar y estimular esa actividad creativa en todo el país. Este es un caso de increíble penetración de productos externos y, sin el apoyo público, nuestros ritmos autóctonos, sus compositores y sus intérpretes, verían extremadamente debilitadas su capacidad realizadora y sus posibilidades de difusión.



Por otra parte, cualquiera puede tener un juicio crítico más o menos severo acerca de la radio y la televisión que se produce en el país, pero también cualquier argentino/a puede imaginarse que sin las mismas salvaguardas que la enorme mayoría de las naciones ofrecen a sus medios públicos quedaríamos expuestos a productos con escasos niveles

de calidad y muy pobre apropiación de la realidad. Los casos de la radio y televisión pública de Francia o los Estados Unidos, podrían servir de ejemplos prodigiosos, pero de ninguna manera son los únicos.

En todas estas actividades se pone de manifiesto quiénes y cómo somos. A través de sus expresiones podemos reconocernos, valorarnos, analizarnos, someternos a prueba, crecer, volvernos mejores seres humanos. Porque esa es la razón de ser de la cultura y ese es el propósito que había sido condenado por un gobierno poco interesado en preservar las legítimas aspiraciones sociales a una mejor calidad de vida y a un disfrute más intenso de la existencia.

La cultura contribuye de modo decisivo al desarrollo personal y comunitario. Es capaz de generar la sensibilidad imprescindible para convivir armónicamente. Favorece la inclusión social y la sostenibilidad ambiental, cuestiones que continúan siendo de necesidad prioritaria.

Una cultura más cuidada y vigorosa ayudaría a disminuir la violencia social, incrementaría el interés por el bienestar colectivo y ampliaría el uso noble del tiempo libre. Probablemente nos convencería de que nuestros derechos tienen el mismo valor, sin importar a qué sexo, credo o nivel social pertenezcamos. La cultura descalifica prejuicios originados en el color de la piel o la nacionalidad de los individuos. En definitiva, nos vuelve más sabios, nos posibilita una mayor creatividad y se convierte en un motor social para el progreso. Con una mayor cultura no sería complicado que se haga carne en todos las personas que no somos mercadería en venta y que todas las vidas son igualmente valiosas.

La cultura que circula en nuestras obras literarias, gráficas, teatrales, poéticas, musicales, sonoras o audiovisuales aporta sentido y contenido a las prácticas sociales y enriquece nuestro patrimonio material y simbólico.

Todo eso estuvo en riesgo por la voluntad del régimen que gobernó hasta 2019 de eliminar el apoyo a los organismos que nos enriquecen cognitivamente y espiritualmente.

Felizmente la gran mayoría de los dirigentes políticos, a los que tantas veces denostamos por sus conductas mezquinas o poco solidarias,

esta vez decidieron criteriosamente. La sanción de la ley que evitó el “apagón cultural” contó 57 votos positivos, dos negativos y nueve abstenciones.

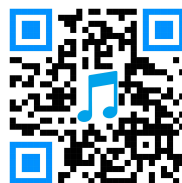
Cristina López Valverde, senadora sanjuanina del Frente de Todos, planteó un interrogante retórico: *“¿Cómo nos autopercebimos? Somos seres sociales y culturales. La cultura es una dimensión que atraviesa la sociedad, que sedimenta, produce encuentro y genera muchas cosas a partir de la creatividad. Tenemos que trabajar en su democratización”*. Su colega mendocina Mariana Juri puso el acento en la dimensión de los recursos y en la necesidad de encontrar una forma más federal y equitativa de distribuirlos. *“Deben llegar recursos a cada rincón de la Argentina –sostuvo–, porque la cultura es un gran generador de desarrollo en los pueblos”*.

Por su parte Martín Lousteau, desde la oposición, consignó que el apoyo a la cultura hoy representa un 2.38% del PBI y el 1.8% del total del empleo argentino. En ese sentido –ilustró–, la película *“Argentina, 1985”* empleó de manera directa a dos mil personas.

Es fundamental que el Estado esté presente acompañando a nuestras expresiones artísticas y culturales a lo largo y ancho del país. El oficialismo asegura que la ley aprobada distribuye las asignaciones teniendo en cuenta a las diferentes jurisdicciones provinciales y priorizando a aquellas que son consideradas regiones geográficas de menor desarrollo de producciones culturales.

Hay un aspecto que los trabajadores de la cultura y quienes disfrutan y se benefician de ella no deben perder de vista: el recorte que acaba de derogar el Parlamento argentino fue impulsado por el mismo dirigente que ahora anuncia que ya no hay espacio para el gradualismo y propone, explícitamente, dar un giro violento hacia la derecha. Sin ningún tapujo, Mauricio Macri reitera el mismo mantra que en su día recitaron Alsogaray, Martínez de Hoz y otros capitostes del neoliberalismo más acérrimo: establecer una rigurosa austeridad en el gasto social. Y –ya se sabe–, para este sector de la franja ideológica toda la inversión social y cultural constituye un gasto. Habrá que tenerlo presente para no volver a poner en riesgo nuestros derechos de acceso al arte y a la cultura.

Bajo el imperio del “lawfare”



Carlos Alberto Rozanski fue Juez de Cámara Federal. Y también ejerció la presidencia del Tribunal Oral en lo Criminal Federal Nº 1 de La Plata, Provincia de Buenos Aires. Actualmente se desempeña como docente en las universidades nacionales de La Plata y Mar del Plata y en la Universidad de Buenos Aires.

En un artículo periodístico que publicó en el diario *Página/12*, bajo el título “*Los jueces y la magnitud del mal*” sostiene que nuestro país vive una tragedia judicial y que comprender su real dimensión “es indispensable para encontrar algún camino que nos permita superarla”.

En ese sentido, –agrega– el “*lawfare*” es la versión moderna del fascismo, con otros métodos, para la instalación del mismo modelo de saqueo que en la dictadura genocida.

Para explicar qué es el concepto, Rozanski recurre a su creador, el estadounidense Charles Dunlap, y explica que consiste en el uso de la ley como un medio para conseguir lo que de otra manera tendría que lograrse con la aplicación de la fuerza militar tradicional.

Algo debe saber Dunlap del tema, porque fue general de división y procurador general adjunto de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Ahora ya está jubilado y es director ejecutivo del Centro de Derecho, Ética y Seguridad Nacional de la Facultad de Derecho de Duke, en Carolina del Norte.

Es curioso el camino que ha seguido la expresión “*lawfare*”, que en los Estados Unidos suele utilizarse para cuestionar las limitaciones que el ejercicio del derecho les impone a las acciones bélicas desmedidas y abusivas de las fuerzas armadas.

Entre nosotros, en cambio, el término es entendido como la guerra jurídica que se lleva a cabo para socavar o desprestigiar la carrera política de alguno o de varios dirigentes. Lo más frecuente es que ocurra con políticos que revistan en la oposición, aunque esos límites parecen no regir en la Argentina, donde los propios dirigentes oficialistas manifiestan que se sienten perseguidos y agraviados por el poder judicial.

La situación de la vicepresidenta Cristina Fernández es una de las más llamativas. Pero para probar que la estrategia no es exclusiva de nuestro país, también podría considerarse el caso de Lula Da Silva, en Brasil. Se trata de dos líderes con importantes cuotas de adhesión popular que fueron (y son) objeto de acusaciones en tribunales.

Ya en 1975 los australianos John Carlson y Neville Thomas Yeomans señalaban que una especie de guerra llevada adelante en los tribunales estaba sustituyendo la búsqueda de la verdad, que debería ser el propósito de la Justicia. Entre las tácticas más habituales de esas prácticas están la manipulación del sistema legal para abrir procesos sin pruebas, influir y sembrar confusión entre la opinión pública, o bloquear los intentos de los implicados para recurrir las acusaciones y defender sus derechos.

Para una funcionalidad más plena de estos procedimientos, son valiosas y necesarias las acciones de operadores políticos y mediáticos, dedicados a escarnecer a las víctimas escogidas, pero también a ultrajar a una ciudadanía que ve degradada hasta límites oprobiosos la calidad de sus instituciones.

El abogado Maximiliano Rusconi explica que, una vez que un sector es elegido como enemigo, “la ley y los procedimientos judiciales son utilizados por los agentes públicos como una forma de perseguir” a sus integrantes.

¿Quiénes operan para esto?

En su referida columna periodística, el exjuez Rozanski señala un conjunto de nombres propios y dice que recorrer ese “listado de algunos de los personajes que protagonizan la actual tragedia, da escalofríos”.

En la nómina que confecciona aparecen entre otros el fiscal Diego Luciani, autor de un alegato –dice Rozanski– que quedará en los anales de la pornografía judicial, y también el presidente del tribunal que juzga a la vicepresidenta, Rodrigo Giménez Uriburu y el juez Mariano Llorens, que acaba de dejar en libertad a los líderes de la violenta agrupación Revolución Federal.



Magistrados en la picota: García Uriburu, Llorens, Luciani

En relación con este hecho el diputado de Unidad Ciudadana Leopoldo Moreau opinó que estamos ante una situación excepcional en la vida política de la Argentina, porque nunca antes desde un sector del poder judicial se hostigó y estigmatizó a un dirigente político como viene ocurriendo con Cristina Fernández. No hay precedentes en la historia de una persecución de este volumen, aseguró.

A su criterio, ese bloque del poder judicial no solo actúa como guardaespaldas de Mauricio Macri, sino también de potenciales asesinos y ese hecho es absolutamente inédito en la historia institucional de la Argentina.

Según Moreau, Cristina no tiene ninguna garantía en nuestro país y, por eso, debería recurrir a tribunales internacionales.

No es que estas circunstancias no se conozcan en el resto del mundo, pero una decisión como la que propone el legislador expondría con toda crudeza la desconfianza existente entre representantes de los poderes del Estado.

Esta es la situación bajo la que discurre la realidad argentina, con un *lawfare* que condiciona la vida cotidiana de nuestro país.



Carlos Rozanski, el jurista impugnador

Carlos Rozanski, a quien mencionamos al abrir esta *Aguafuerte*, indica que ese fenómeno de guerra jurídica es el que llevó al poder a Mauricio Macri. Mediante esa maniobra, añade, se logró, por primera vez en la historia, que un individuo ligado al mundo de la mafia internacional, accediera al cargo más alto de un Estado.

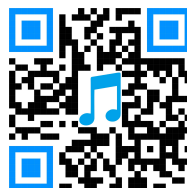
Todo lo que señala es profundamente perturbador porque lo dice un académico que, además, es un hombre del derecho. Expresa que en la justicia federal se encuentra enquistada una organización criminal que está ingresando a un grado de paroxismo peligroso.

Y para escarnio de los que observamos los acontecimientos también consigna que, tanto los que portaron las armas del intento de magnicidio, como sus financistas e ideólogos, están siendo investigados de manera sesgada y deliberadamente desincriminante.

Mientras tanto la violencia verbal de los grupos neofacistas no se detiene y continúa amenazando con una escalada que pueda ir más allá de lo puramente simbólico.

No es racional ni prudente mirar para otro lado o desconocer los vínculos que existen entre esos comportamientos y ciertas decisiones de la Justicia que contribuyen a generarlos o los foguean.

Los adversarios repulsivos no nos embellecen



¿Por qué establecemos una (módica) empatía con el personaje que encarna Guillermo Francella en «*El encargado*»? ¿Es solo porque ese abogado con el que confronta nos resulta aún más repugnante (impeccable caracterización de Gabriel Goity)? ¿O quizás sea porque todavía continuamos celebrando la viveza criolla?

Como quiera que sea, *Eliseo* es una muestra viviente de cuántas bajezas el ser humano es capaz de cometer; un compendio de todas las formas en que el egoísmo y la falta absoluta de sensibilidad o consideración por los demás pueden llegar a manifestarse.

El protagonista de la serie de los guionistas y directores Mariano Cohn y Gastón Duprat es un sujeto corrupto, oportunista consumado,

mentiroso compulsivo y una fuente inagotable de recursos creativos al servicio de su exclusivo provecho.



El propio Francella dice acerca de la criatura a la que le presta el cuerpo que es “manipulador y oscuro”. Pero también es un obsesivo que ha montado una sala de inteligencia en la que acumula información de todas las personas que habitan en el edificio a su cargo y traza estrategias que invariablemente priorizan los fines por encima de los medios que le permitan alcanzarlos.

No hay acción que encare si no es en su propio beneficio, tal vez con la única excepción del favor que le hace a Beba al ponerla a resguardo de un estafador (aunque también en ese caso podemos suponer que está preservando las ventajas que obtiene de su vínculo con la anciana).

En suma, no es una figura modélica y mucho menos merecedora de nuestras simpatías. Pese a ello, la producción difundida por la plataforma *Star+* viene cosechando un rotundo éxito en la Argentina y en el resto de América Latina.

A lo largo de la historia de la narrativa universal hubo una buena cantidad de relatos protagonizados por pícaros sinvergüenzas, pero este resulta bastante más peligroso que eso: si no lo es (asunto que debería definir un especialista en salud mental), orilla la condición de psicópa-

ta. Y algunos de ellos son brillantes, lo que los vuelve considerablemente más amenazadores.



El noveno círculo del infierno, en un grabado del francés Gustav Doré

Una vieja discusión se planteaba en torno a quiénes les reservaba Dante el círculo más bajo de su Infierno. Allí debían ir a parar los autores de “crímenes de la mente” o fraudes, que resultarían más condenables incluso que los de la fuerza. Si fuera así, Eliseo ya sabría cuál será su destino.

Pero altos dignatarios eclesiales ya reconocieron que el infierno es apenas una alegoría, la de Alighieri no era más que una ficción y «El encargado» cabe en la misma definición.

Como tal, la serie tiene buen pulso narrativo para conquistar y retener el interés de los espectadores. No hay conflicto alguno en reconocerle sus virtudes. En todo caso, el problema no debería plantearse

con la intencionalidad de la serie o las premisas de sus autores, sino en relación con las posibilidades que se abren en la fase de recepción. Sobre todo frente a quienes decidan erigir a ese portero en objeto de identificación y conviertan su figura en motivo de admiración. Porque la estereotipia con la que la serie construye algunos de sus antagonistas (particularmente el referido abogado y el maniqueo sindicalista) no alcanzan a volverlo querible. Sería deseable que todos los espectadores posean suficiente destreza lectora para comprenderlo y esa habilidad se adquiere ante la exposición sostenida a productos nobles e inteligentes.

El desarrollo de esa competencia nos permitirá entender que ni siquiera los adversarios más repulsivos pueden embellecernos; que los peores defectos de nuestros antagonistas jamás lograrán disimular los nuestros.



Los textos audiovisuales son muy atractivos como ventanas para el estudio y análisis de las conductas humanas, pero su aporte resulta mucho más productivo cuando contribuyen a enriquecer nuestra claridad de pensamiento, permitiéndonos distinguir los límites entre realidad y ficción.

En cualquier modalidad que nos alcancen, los mejores relatos siempre serán más significativos cuando, además de gratificarnos el espíritu y generarnos fruición estética, también nos provean experiencias (incluso vicarias) que nos enaltezcan el alma.

Antes que la ola retardataria nos ahogue



En un país futbolero como el nuestro, no se puede prescindir de un hecho tan convocante: está en pleno desarrollo el Mundial de Fútbol de Qatar. El tema es si podemos utilizar este acontecimiento para ir más allá de lo estrictamente deportivo.

Hay jugadores, técnicos y simpatizantes que –en la medida de sus posibilidades– hicieron conocer sus cuestionamientos por la situación social de sometimiento que viven algunas minorías en esa región del mundo. Es una estimable iniciativa que choca de frente con la actitud de una poderosa empresa transnacional como la FIFA, que limita hasta niveles exasperantes las posibilidades de manifestarse de las personas.

La autoridad mundial del fútbol les negó a los capitanes de algunas selecciones la utilización de un brazalete con el que querían expresar su apoyo a la inclusión y la diversidad.

Sin embargo, en las tribunas de los prodigiosos estadios qataríes el mandamás de la FIFA, el ítalo-suizo Gianni Infantino, no tuvo más remedio que fotografiarse junto a un par de ministras de Bélgica y Alemania que lucían esa cinta conflictiva.

El mismo equipo de Alemania encontró una manera elocuente de mostrar su disgusto con las restricciones al posar en el campo de juego con una mano tapándose la boca. El cuestionamiento a la censura se volvió viral, aunque la transmisión televisiva global prefirió no mostrarlo.

Estas *Aguafuertes* no quieren conformarse con los cuestionamientos realizados a sociedades que se rigen con pautas culturales determinadas por una fe religiosa en particular.



En algunas iglesias católicas de los Estados Unidos se está regresando al hábito de impartir la misa en latín. Y ya que hablamos de hábitos, las mujeres que concurren a los oficios religiosos vuelven a cubrirse con mantillas, como “símbolo de humildad y femineidad”.



Pensar en “*El cuento de la criada*” quizás resulte una exageración producto de las imaginaciones más desenfadadas, pero la novela de Margaret Atwood que llegó a la televisión hace un lustro nos interpela cual alegoría desafiante.

En esa distopía la degradación ambiental corre pareja con la que exhibe la humanidad, que intenta formatear la comunidad sobre la base del fundamentalismo religioso. La consecuencia es una configuración social presidida por la violencia, la discriminación y la hipocresía.

Conviene reiterarlo: solo se trata de una ficción, pero las salidas autoritarias que denuncia no están demasiado alejadas de las que plantean muchas opciones electorales recostadas sobre la extrema derecha del arco ideológico.



Es ese flanco el que promueve el oscurantismo, el que estratifica a los seres humanos en virtud de privilegios de cuna a los que intenta disfrazar de “méritos”. No somos virtuosos por nacer con un género específico o con una tonalidad de piel en particular. Nuestras virtudes son las que llegamos a desarrollar a través de la crianza en hogares sin necesidades básicas insatisfechas. Nuestras capacidades son las que potencia una educación que es mucho más enriquecedora cuando es universal, porque nos nutre desde la diversidad. Las posibilidades de ser mejores nos las brindan las sociedades inclusivas y contenedoras. Crecemos y hacemos prósperas a nuestras comunidades cuando tenemos acceso al trabajo, a la salud, a la alimentación y a la vivienda digna.

Todo eso está en riesgo cuando las sociedades giran a la derecha y erigen cárceles de prejuicios morales y religiosos. Esos comportamientos no son patrimonio de una región del mundo en especial. Se manifiestan en cada lugar del planeta en que a alguien se le niegan derechos. Y es mucho más siniestro cuando esas conductas son avaladas por decisiones electorales masivas o mayoritarias que inconscientemente comprometen su propio destino.

Nosotros, los electores, los que distribuimos responsabilidades dirigenciales, los que decidimos –en definitiva– tenemos que ser criteriosos para no encumbrar a los talibanes que amenazan sin tapujos con hacernos retroceder en el tiempo.

Porque ya no fingen ni disimulan: prometen eliminar conquistas sociales históricas, como el aguinaldo o las vacaciones pagas y quitar cualquier restricción a los despidos injustificados de trabajadores, pero también anuncian medidas disolventes del Estado, como suprimir la educación o la salud pública y cuánta pesadilla por el estilo podemos imaginar.



Si no demostramos sensatez al elegir, después será demasiado tarde para lamentos.

AGUAFUERTES DE 2022

Los dioses también están en la cocina



Parece ser que, en la Antigüedad, Heráclito, que era ya un pensador destacado, había hecho una incursión en su cocina. No era un hecho habitual, convengamos. Y allí se lo encuentran sus discípulos, que quedan un poco cohibidos cuando se topan con el Maestro en ese lugar desacostumbrado.

Entonces Heráclito, que se da cuenta de que sus pichones estaban un poco intimidados y con vergüenza, les dice: *“Pasen, pasen, que aquí también están los dioses”*.

Es decir, que los dioses (o la razón) no se encuentran únicamente en lugares determinados, recogidos y prestigiosos y que cualquier cir-

cunstancia puede ser motivo propicio para poner en marcha los mecanismos del pensamiento, el análisis y la reflexión. En definitiva, del logos, que es el vehículo de la lógica y el razonamiento.

A veces encontramos una oposición forzada entre el logos y el mito. Porque el primero encamina su tarea a través del raciocinio y el mito se apoya en la fantasía y la imaginación. Pero los dos pueden ser igualmente útiles para explicar el mundo.

Tal vez esa voluntad de centralidad que tenemos las personas nos haga creer que solo nuestro momento es el que merece especial atención. O puede ser que, en realidad, este momento en particular tenga urgentes necesidades de explicación. Quizás ocurra que las circunstancias que nos rodean y nos determinan requieran de esclarecimientos y definiciones específicas.

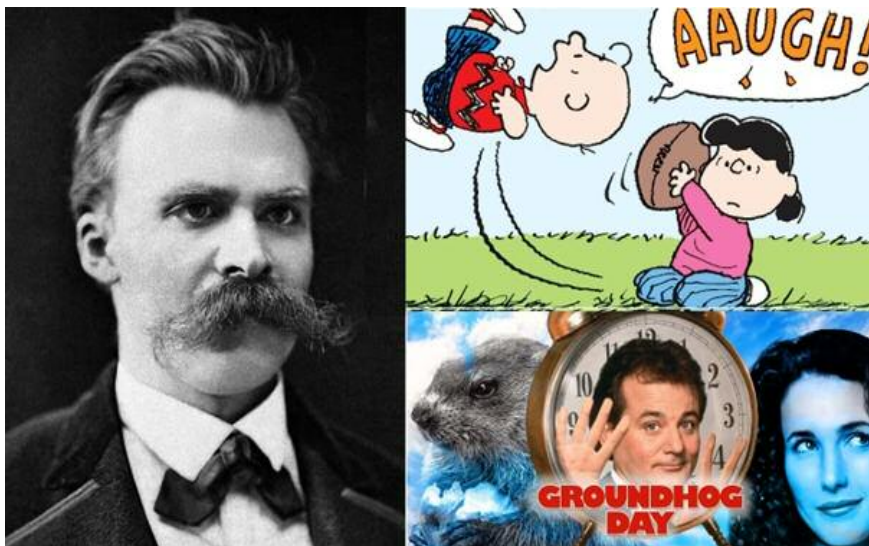
El punto es que a nosotros y nuestras circunstancias, esa relación que tanto les interesaba a Heráclito hace 2.500 años y a Ortega y Gasset en el siglo pasado, nos vendría bien una visión contenedora amplia; una explicación rica y profunda como la que puede llegar desde los aportes integrados del mito y del logos.

La ciencia ofrece conceptualizaciones acreditadas que las supercherías a veces cuestionan. Apenas basta pensar en los planteos extravagantes de sectores terraplanistas; en las nociones recalcitrantes de grupos ultramontanos que continúan reclamando la subordinación de la autoridad civil a jerarquías que rinden culto a poderes sobrenaturales improbables o en las propuestas recurrentemente injustas y despiadadas de sectores neoliberales que siempre terminan consagrando desigualdades sociales.

El mito flaquea cuando elude cualquier relación con la realidad; cuando renuncia a la metáfora o la alegoría como punto de contacto con nuestra cotidianeidad y solo se refugia en propuestas cuya centralidad excluyente es la de la pura evasión. Sin anclaje alguno en nuestra existencia, los relatos se vuelven vaporosos e inasibles, carentes casi siempre de toda aplicación útil.

Las columnas semanales que Marcelo Figueras publica en la web

“El cohete a la luna” enhebran de modo coherente, provechoso y atractivo los mitos con el logos.



Por ejemplo, cuando hace conjugar en un mismo texto una película deliciosa como *“Hechizo del tiempo”* y una tira cómica encantadora como *“Charlie Brown”* con alguna expresión de Friedrich Nietzsche en la que el filósofo se refería a poner a prueba los límites de las capacidades humanas para ampliar el horizonte de nuestras vidas.

Figueras tiene la habilidad de conjugar a Kierkegaard y Hobsbawm con el Indio Solari, Frank Capra, Charles Dickens o J. K. Rowling y en esa convivencia que tan a menudo propone sin que jamás suene afectada o antinatural se articulan saberes “académicos” y expresiones de la cultura popular cuyo maridaje es menos habitual de lo que resultaría deseable.

Porque los relatos futuristas en los que recurrentemente acostumbra encontrar referencias incluyen nutritiva información del futuro, que resulta valiosa para perseverar en la ruta que nos conduce hacia ese porvenir o para pegar un volantazo oportuno y evitar que nos estrellemos.

Amante confeso de la literatura de género, Figueras reivindica que, en el futuro, cualquiera que desee saber qué clase de lugar fue la Argentina de nuestros días haría bien en sumergirse en la lectura de Liliana Bodoc, Mariana Enríquez y Samanta Schweblin. Allí, en el *“ejercicio libre pero disciplinado de la imaginación que propone lo fantástico”* – sostiene– obtendrá mayor comprensión *“que si opta por la mayoría de los nombres que circulan por aulas y suplementos²”*.



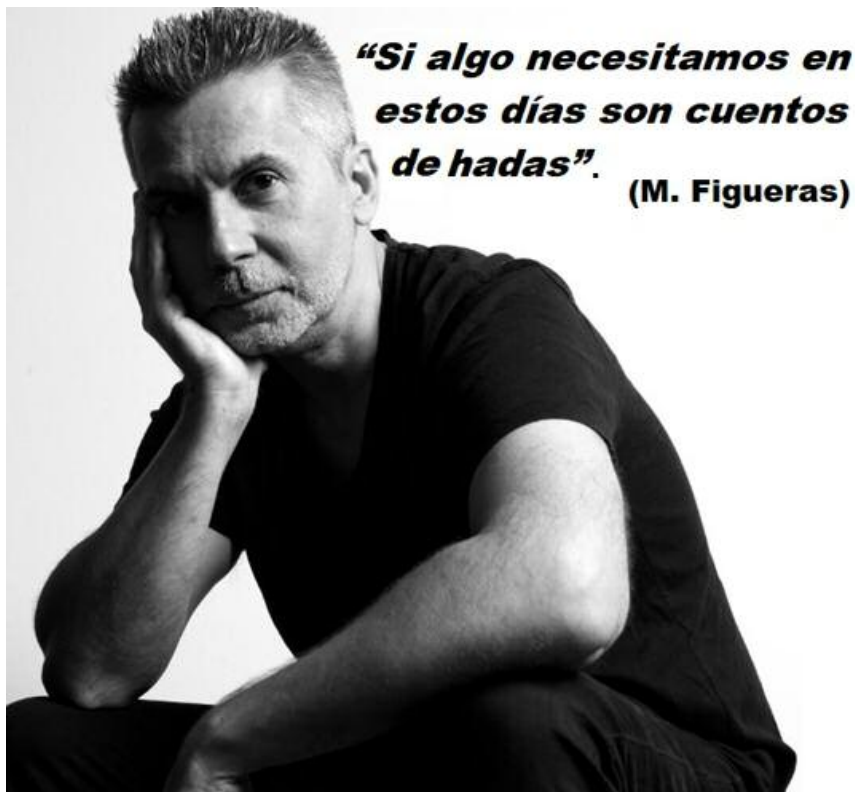
Bodoc, Enríquez y Schweblin

Quizás ese mañana se muestre más receptivo a una vertebración que hoy algunos círculos intelectuales resisten, sin advertir que la épica desafiante de *“El eternauta”* ante invasores imperiales extraterrestres o el combate intrépido de Sandokan contra los colonizadores británicos podrían constituir la estupenda puerta de entrada a una nueva conciencia y mayor capacidad crítica para colectivos que fortalezcan la capacidad resiliente de los pueblos avasallados.

“Si algo necesitamos en estos días son cuentos de hadas”, expresa Figueras y no se trata de relatos concebidos para distraer a un público ingenuo, sino de historias breves, pero *“con un espinazo ético, de esas que incorporamos cuando niños y si hay suerte terminamos de entender de grandes³”*.

² Ambas citas provienen de su nota *“Qué fantástica esta fiesta”* a la que puede accederse mediante este enlace <https://www.elcohetelaluna.com/fantastica-esta-fiesta/>

³ Véase el artículo *“Retorno al bosque oscuro”* en <https://www.elcohetelaluna.com/retorno-al-bosque-oscuro/>



“Si algo necesitamos en estos días son cuentos de hadas”. (M. Figueras)

A Heráclito, con el que arrancamos esta *Aguafuerte*, suele mencionárselo más por su referencia a los ríos en los que nadie se baña dos veces. Pero la anécdota del comienzo, que lo presentaba en la cocina de su casa, nos mostró que fue un hombre capaz de desacralizar divinidades, lo cual ya le hacía acreedor a una consideración especial.

Enterarnos que había nacido en una familia acomodada de su época y rehusó los privilegios de cuna para dedicarse al pensamiento autodidacta, acrecienta su valoración.

No sabemos si conscientemente o no, Figueras le rinde un tributo elocuente cada vez que reivindica alguna manifestación del arte o la cultura populares, a veces realista y con frecuencia fantástica, como conector o puente con los temas y las circunstancias de nuestro tiempo.

Vincular la realidad de estos días con la trama de alguna película

de nuestra infancia, establecer relaciones entre el contexto actual y las canciones que acompañaron nuestra juventud, escarbar en las ideas que historietas del pasado desarrollaron como anticipaciones lúcidas del futuro, volver una y otra vez sobre libros incomparables para sacar enseñanza de ellos, visitar y visitar a creadores ricos en saberes, son formas placenteras de sumar experiencias, ayudarnos a pensar y disfrutar con ello.

Las columnas semanales de Marcelo son tan gratificantes como las lecturas de este portal porque ambas llenan de sentidos nuestras mañanas domingueras.

Estamos en emergencia forestal



Organizaciones ambientalistas internacionales como Greenpeace produjeron un dictamen inquietante: *Argentina se encuentra en emergencia forestal*.

Un dato que suministra la Asociación de mujeres de la tierra resulta elocuente: durante 2022 se perdieron 200 mil hectáreas de monte nativo. Pero si el análisis se extiende hasta 1998 puede verificarse una cifra todavía más alarmante, dado que en los últimos veinticinco años la pérdida llega a los 7 millones de hectáreas, casi el tamaño de la provincia de Neuquén.

Estos datos colocan a nuestro país dentro de las primeras diez naciones con niveles más elevados de deforestación.

Una de las causas son los incendios, favorecidos por la sequía

prolongada que afecta numerosas zonas del país. Pero también son antecedentes preocupantes las actividades humanas que hacen avanzar este proceso.

Conviene insistir con las causas: los incendios, como señalamos, son producto de la falta de agua, pero en ocasiones también de la desidia o el poco cuidado de personas sin sensibilidad alguna por la naturaleza y sin conciencia acerca de lo que significa continuar atacándola.

Esta misma insensibilidad que degrada nuestros montes y bosques está en el origen de la actividad extractivista, un rasgo fuertemente presente en las sociedades modernas que ha forjado el capitalismo.

Pongamos un módico ejemplo de las consecuencias de esta agresión absurda: ya casi no vemos a la mariposa Bandera Argentina, conectada al ecosistema de los montes nativos. Y no se ve porque su fuente de alimentación fue depredada. Este espécimen se encontraba en bosques húmedos y selvas marginales, pero la tala de las plantas hospedadoras de orugas, la invasión de especies exóticas y la urbanización creciente provocaron que su población se reduzca cada día más.



Mariposa Bandera Argentina

Como dijimos, es solo una referencia entre tantas otras: plantas, insectos y otros animales (hasta llegar a los seres humanos) están vinculados de una manera que no suele volverse consciente hasta que esa integración entra en crisis.

Al romper el equilibrio agroecológico la acción humana provoca consecuencias que reducen la distancia con el apocalipsis. Suena tremebundo, pero quizás sea preciso exponerlo de este modo para llamar la atención sobre procesos de consecuencias en las que solemos detenernos poco.

Se secan las napas húmedas y el sistema se deteriora ambientalmente. Además, el desmonte impacta sobre la producción de alimentos, la generación de empleo o el cambio climático, sobre el que suele hablarse seguido, sin que se haga algo efectivo para revertirlo.

Pensar un plan nacional de recuperación de nuestra biodiversidad supone un buen cúmulo de dificultades. Una se refiere a la decisión acerca de las especies elegidas. Las nativas incluyen, entre otras, al tala, el ceibo, la chilca, el espinillo, el quebracho y algunas especies que tal vez nos suenen menos: el ingá, el timbó, el aguaí. Y esas especies necesitan ser protegidas de las exóticas, que resultan invasivas y muchas veces absorben más agua que las originales de nuestro territorio. Esta es una situación que incluso ocurre en parques nacionales o reservas forestales.



Planta de ingá

Las nativas son especies que crecen bien en nuestro clima y suelo, y por lo tanto requieren mínimos cuidados. Árboles para calles y parques, arbustos para cercos y canteros, trepadoras para pérgolas y alambrados y plantas herbáceas para balcones y macetas, son opciones inmejorables.

En la Patagonia, la Paramela, el Botón de oro y el Palo piche son las plantas que más se están destilando y depredando actualmente y merecen ser cuidadas. Y lo mismo puede decirse del *Notro* o la *Chaura*, que crecen en los bosques templados de Chile y de Argentina. O del *Michay*, que desde antaño se utilizaba para teñir lanas o para consumir sus frutos, de sabor ácido.



Ejemplar de notro y fruto de la chaura

Hay un mundo de posibilidades alimenticias y médicas que aún debe ser explorado minuciosamente y que no podemos dejar librado a manejos irracionales.

Una hectárea de campo necesita dos mil árboles para convertirse en monte, de modo que para sembrar mil hectáreas hacen falta dos millones de árboles nativos. Esas cifras dan un indicio del desafío. Y apenas nos referimos a mil hectáreas. Una superficie absolutamente menor, cuando consideramos al Impenetrable chaqueño, los esteros del Iberá o el Palmar entrerriano. Basta pensar que en El Hoyo recientemente se quemaron cientos de hectáreas.



Un antecedente terrible es el que ocurrió en Chubut, en 2015, en el que sucumbieron bajo las llamas más de 41 mil hectáreas de bosques vírgenes. Fue el incendio más grande ocurrido en nuestro país y todavía se arguye que detrás del fuego existió intencionalidad vinculada a emprendimientos inmobiliarios.

Los expertos aseguran que un plan nacional no puede concebirse si no es con proyección a 40 o 50 años. Medio siglo para recuperar una porción de lo que teníamos.

Nada de todo esto será posible si no aparece en la agenda de los dirigentes y de la gente de a pie. ¿Lo tendrán en cuenta –por ejemplo– los jefes comunales que compran árboles para los espacios públicos? ¿Será esta una política que están siguiendo los viveros municipales? ¿Los planes educativos tienen en cuenta esta temática? ¿Los candidatos a cargos electivos hablarán alguna vez de esto?

¿Seremos capaces de conciliar los negocios de compra-venta de inmuebles, edificios y propiedades con las necesidades habitacionales y la necesaria preservación del ambiente?

Un caso paradigmático es el de los humedales, que en los últimos tiempos ha tenido alguna exposición entre nosotros pero que –tememos– nunca genera la misma preocupación que otros temas de agenda.

Sin embargo, los humedales son cruciales porque atenúan los efectos del cambio climático, particularmente las temperaturas extremas, que contribuyen a aminorar.

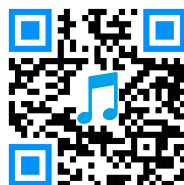
Son los humedales los que ayudan a depurar las aguas y generan recursos hídricos que nos abastecen de agua dulce. Al regular los ciclos climáticos nos protegen de inundaciones, sequías y tormentas.

Una nueva conciencia comienza a dibujarse en el imaginario popular a partir de estos datos.

No tiene sentido ignorar asuntos tan decisivos como los de los indicadores macroeconómicos, la lucha contra la inflación, la inseguridad y demás. Pero necesitamos expandir nuestras agendas temáticas y nuestras exigencias a las personas a las que concedemos la responsabilidad de gobernar. En todos los niveles.

En un año electoral conviene tener claro que la conciencia que nace desde abajo hace más difícil que cualquier aventurero de la política la use para hacer negocios.

Estrategias fallidas y dilemas a futuro



Siempre se arma revuelo en torno a la discusión de ¿quiénes traccionan más: las organizaciones partidarias o las personas?

Hay estructuras políticas en las que la impronta y el ejercicio personal de sus dirigentes marca un sello imposible de eludir.

Lo hizo Felipe Sapag en Neuquén, al frente del Movimiento Popular Neuquino, partido invencible desde hace más de seis décadas. E intenta seguir su huella Alberto Weretilneck, en Río Negro, provincia que controla desde hace una docena de años.

Aunque son vecinas, esta última no se “contagió” antes del énfasis provincialista neuquino a pesar de los ensayos previos que intentaron hacer encarnar ese modelo en el Partido Provincial Rionegrino o el Movimiento Popular Patagónico.

Fue el encumbramiento sorpresivo de Alberto W., tras el homici-

dio intrafamiliar de Carlos Soria a escasos veinte días de haber asumido la gobernación en 2011, el que abrió la senda por la que Juntos Somos Río Negro pretende situarse como espejo del MPN.

En ambos casos el peronismo tuvo participación involuntaria pero insoslayable en el despegue de las fuerzas regionales. En el neuquino porque en 1961 la proscripción del partido surgido en 1945 impulsó la creación de la fuerza provincial. Y en el rionegrino por la citada muerte del dirigente que había logrado vencer al radicalismo, después de una hegemonía de más de 20 años.



Lo cierto es que la vigencia del empenismo trascendió a la de la dinastía de los Sapag (Felipe, Amado, Elías, Jorge) y se proyectó en figuras portadoras de otros apellidos. Del otro lado del río, el descanso obligado que la Constitución impone tras dos ejercicios consecutivos de gobierno concluyó con una rumoreada rebeldía que, si existió, fue *ipso facto* sofocada por Weretilneck para postergar a la mujer que hace cuatro años eligió como su delfín e imponer su propia candidatura en el actual oficialismo provincial.

Los mentideros políticos vaticinan que Alberto W. es el favorito

en los comicios del mes entrante y que, por consiguiente, Juntos Somos Río Negro sumará otro período a su seguidilla de triunfos electorales.

Sería necio ignorar los méritos propios que dan sustento a esa continuidad, pero también resultaría desatinado no considerar los deméritos de otros sectores políticos.

Aquella UCR prevaeciente en los años iniciales de la recuperación democrática no pudo sobreponerse a la derrota de 2011 y no solo colocó su estructura territorial al servicio de una fuerza sin presencia efectiva en la provincia, sino que se expuso al languidecimiento que luce en estos días.

Las recientes elecciones en General Roca, que marcaron el comienzo de la maratón nacional de comicios que tendremos en 2023, es una clara prueba de esa pérdida de tonicidad. La fuerza que hizo llegar al gobierno municipal a Pablo Verani (en 1983 y 1985), Eduardo Saint Martin (1987), Miguel Saiz (1991 y 1995) y Ricardo Sarandría (1999) y que catapultó a Verani y Saiz al gobierno provincial, en ambos casos por dos mandatos, ahora naufraga con un escuálido porcentaje de sufragios propios (apenas por encima del 3 por ciento) y sus antiguos votantes se desgajan en varias opciones. Es una pobre performance para un partido que, de las trece elecciones municipales ocurridas desde 1983, se alzó con la victoria en seis ocasiones, pero mordió el polvo en la última media docena.

No se puede retroceder tanto sin un significativo desdibujamiento identitario. La ausencia de líderes convocantes, sumada a ese desperfilamiento político, seguramente doloroso para la conciencia orgullosa de muchos 'boinas blancas' de antaño, no augura buenos resultados en las próximas compulsas.

En las filas del peronismo, entretanto, deberían revisarse las conductas que llevaron a la atomización del voto de sus acólitos. Porque se trata de la misma fragmentación que tanto preocupa a su dirigente de mayor volumen político, según confesó la propia Cristina Fernández durante el acto de entrega del doctorado Honoris Causa por parte de la Universidad Nacional de Río Negro.

La dispersión del voto progresista solo puede resultar funcional a los sectores del poder concentrado y del privilegio y a los grupos partidarios que son sus operadores, es decir los de la derecha del espectro político.



Los resultados obtenidos por la intendenta reelecta de Roca, María Emilia Soria, hablan con elocuencia no solo de su capacidad para retener adhesiones sino también para acrecentarlas: efectivamente el porcentaje superó al de su primera elección en 2019 (hace tres años fue del 56% y ahora llegó al 59.56%, casi cuatro puntos porcentuales más).

Y, por fin, la estrategia de las colectoras parece haber cosechado una contundente derrota. No solo no benefició a Carlos Banacloy, candidato al que postulaban seis listas de concejales distintas, sino que puede haberlo perjudicado. De un lado, por la confusión generada entre los votantes. Y del otro, porque el sector resultó damnificado pues la división del voto en el tramo de concejales solo les permitió contabilizar un edil, ante los tres que el bloque posee actualmente y hasta que se renueve el cuerpo legislativo en diciembre próximo.

Estos resultados no son trasladables en forma mecánica al acto

electoral provincial del 16 de abril, pero quizás posibiliten al menos un par de inferencias:

✓ algunos apellidos de fuerte resonancia, como Soria, en Roca, o Weretilneck, en la provincia, gozan de un hándicap que quizás sea difícil estimar pero que no resulta despreciable; y

✓ la división no suma.

En este último sentido, la dispersión del voto peronista, desmembrado entre el apoyo kirchnerista a Weretilneck y las candidaturas de Silvia Horne y Gustavo Casas a la gobernación (con un escenario similar si no idéntico en la elección para legisladores), permite avizorar que la preocupación de la vicepresidenta tiene sentido y que afecta a sus propias filas.

Si lo contrario de la identidad es la alienación, el oficialismo nacional debería vivir con desasosiego profundo la difuminación de rasgos que afectan la nitidez de su perfil sectorial.

Más temprano que tarde, esa falta de claridad se verificará cuando se generen debates en torno de las actividades de extractivismo o la política salarial, asuntos de considerable impacto en la sensibilidad de un caudaloso sector de sus votantes. Y dentro de todos ellos, uno en particular: la presencia de Joe Lewis en el territorio rionegrino.



El magnate británico es una de las 500 personas más ricas del mundo, posee 12 mil hectáreas en la Patagonia y su mansión en Lago Escondido, en cercanías de El Bolsón, es escenario de un prolongado conflicto social. Gastón Harispe, diputado del Parlasur por el Frente de Todos, señaló a la agencia TELAM que “en la comarca andina y en buena parte de Río Negro los policías son de (Joe) Lewis, las estaciones de servicio son de Lewis, la Justicia y los kioscos son de Lewis, la política y el Gobierno son de Lewis, todo, y el silencio también”.



¿Cómo compatibilizará el kirchnerismo su cuestionamiento al latifundista inglés y su sociedad con una gestión provincial que, a lo largo de una docena de años, tejió con él una relación servicial?

¿Cuánto se sostendrá su confluencia con un dirigente y probable futuro gobernador que la más complaciente de las miradas puede definir como un “pragmático” y que para los observadores menos indulgentes opera a través del concepto de “lealtades fluidas”?

Defender la ficción para preservar la utopía



Un par de años antes de la crisis sanitaria global y con diferencia de pocos días entre ellos, me tocó participar de dos encuentros académicos internacionales en los que se hablaba de comunicación y de literatura. Ambos se hacían fuera del país, circunstancia que contribuyó a reforzar cierta sensación de sorpresa. Grata, por cierto.

El hecho que la provocó es que entre los dos foros escuché cuatro presentaciones acerca de las escritoras argentinas Samanta Schweblin y Mariana Enríquez.

El asombro no obedecía al desacuerdo con ese interés, que estaba (y está) plenamente justificado. Pero no dejaba de resultarme llamativo que ese reconocimiento merecido lo hubiesen alcanzado tan rápidamente.

**Samanta Schweblin****Mariana Enríquez**

Mariana Enríquez nació en 1973 y Samanta Schweblin es incluso cinco años más joven. Las dos ya recibieron premios y han visto sus obras publicadas en otros idiomas. *“Las cosas que perdimos en el fuego”*, de Mariana Enríquez, por ejemplo, se tradujo a más de 20 lenguas.

La novela más reciente de Mariana, *“Nuestra parte de noche”*, recibió múltiples elogios al ser publicada en los Estados Unidos. El Washington Post definió al libro como “una obra maestra del terror sobrenatural” y The New York Times caracterizó a la autora como “una estrella de rock de la literatura”.



Además de escribir cuentos y novelas, Enríquez también ejerce el periodismo (los lectores del suplemento cultural *Radar*, de *Página 12* aún extrañamos su época de coordinadora), se desempeña como docente de ese ramo y hace pocas semanas el Teatro Coliseo de Buenos Aires fue escenario de un show integral suyo que parece hacerle honor al calificativo de rock star. Sin sacarle el cuerpo al tema, la protagonista de este hecho dice que el título le parece entretenido, aunque le suena un poco exagerado. Consultada por la agencia *TELAM* acerca del fanatismo que despierta entre sus lectores reconoció burlonamente que le “divierte ser un personaje de *rockstar*, es lo que más querría ser en mi vida, así que está todo bien”.

Con alguna frecuencia suele hacer mención a su ‘mundo privado’, un inocultable tributo a la película de Gus van Sant y –a veces– conjugaba esa dimensión íntima con la de la imaginación, conexión de la que surgen chispazos sugerentes, sobre todo cuando Mariana señala que para ella “pocas cosas hay más privadas que la imaginación”.

A partir de esa convicción, la escritora se interroga acerca de los vínculos que existen entre aquella facultad y la política y entonces lo privado vuelve a ocupar el primer plano porque en su caso –explica– la política “transcurre en mi cabeza y de ella no hablo con nadie hasta que no está escrito”.

En este espacio ya hemos reivindicado el relato⁴. La postura que enuncia la mujer que concentra el interés de nuestra columna de hoy también se encolumna en una cerrada y firme defensa de la narratividad, aunque reconoce que vivimos un tiempo de euforia editorial, industrial y también de los escritores por la no-ficción. Eso se manifiesta en una gran cantidad de memorias, de crónicas y de escritos relacionados con “lo real”, que funcionan muy bien y en los que la gente (el que escribe y el que lee) está muy interesada. “No es una novedad –apunta–; sucedió

⁴ Véanse las Aguafuertes https://vaconfirma.com.ar/?articulos/id_12178/span-classfinededen-defensa-del-relatospan-primera-parte y https://vaconfirma.com.ar/?articulos/id_12217/span-classfinededen-defensa-del-relatospan-segunda-parte

con los diarios de Kafka o con *“Tristram Shandy”*, pero parece que hoy es un género que se encuentra en auge”.



A pesar de que su escritura periodística circule por esos andari-veles, Enríquez acepta que en su actividad literaria le gusta menos hacerlo y, con pesar, expresa su sensación de que los textos imaginativos, la ficción que no es autobiográfica, es considerada “menos valiosa, menos valiente, menos legítima”.

Es una sensación subjetiva y hasta contradictoria –consigna– porque, al mismo tiempo, “la lectura de la imaginación más desbocada sigue vendiendo muy bien. Desde el policial escandinavo hasta el redescubrimiento de la distopía con Margaret Atwood (no importa que haya sido por la tele: la gente va y compra el libro y eso está muy bien). Sin embargo, siento que es un mal momento para estos textos”.

Para precisar lo que piensa, evoca una anécdota reveladora que se refiere al desconcierto que le provocó la entrevista a una escritora joven. La mujer consultada decía que le resultaba imposible sentarse a escribir algo que no tuviera que ver “con su experiencia; que no formara parte de su vida”. En medio de su extrañeza, Enríquez pensó: “pero eso siempre es así”, y con picardía ahora argumenta: “si yo escribo un cuento

en el que un personaje va a bailar, o toma cocaína, voy a usar mi experiencia sobre... ir a bailar, digamos. Puedo también recrear, exagerar y esconder mi experiencia –detalla–. Eso es la literatura. Pero la muchacha no se refería a estos procedimientos comunes. Quería decir que no podía contar algo que no le hubiese sucedido. Y cuando yo empecé a escribir, quería hacer todo lo contrario: inventar personajes, crear mundos, escaparme del tiempo y de la realidad. No tenía ningún interés en contar la historia de mi abuela”.



Doris Lessing ya rezongaba sobre esto mismo, cuando se refería a la novela realista, nos recuerda Mariana. La ganadora del Premio Nobel de Literatura en 2007 se preguntaba “por qué la gente quiere convertir a los personajes de una novela en una autobiografía” y de inmediato sostenía: “nos enfrentamos a un rechazo de la imaginación. Hay un deseo general de saber ‘lo real, lo auténtico, lo que verdaderamente ha sucedido’. Hubo un tiempo en que nuestras narraciones eran imaginación, mito, leyenda. Parábola y fábula. Así era como nos contábamos las historias entre nosotros y acerca de nosotros. Pero esa capacidad se ha atro-

fiado por la presión de la novela realista. Por lo menos en la medida en que todos los aspectos imaginativos o fantásticos de la narración se han convertido en categorías definidas”.

Para cerrar contundentemente sus reflexiones, Enríquez cita al escritor colombiano Juan Cárdenas: “El espacio de la ficción es importante porque en él ensayamos cosas que nos permiten conjeturalmente probar ideas. Es un campo de pruebas del futuro, de la utopía o de cómo queramos que sean las cosas. Es decir, un espacio relevante de proyección del deseo colectivo. Se trata de un espacio políticamente muy cargado, ya que estamos poniendo a prueba otros mundos posibles, por lo cual resulta muy sintomático que el mercado esté procurando por todas los medios posibles avasallararlo; la decisión de negarlo va acompañada de la entronización absoluta de la no-ficción. De convertir la crónica, los videos autobiográficos y ese tipo de productos en la herramienta que impida la existencia de la ficción”.

Aunque Cárdenas consiente que alguien perspicaz puede decir que es imposible que eso suceda y que la ficción no desaparecerá, igualmente manifiesta sus serias dudas al respecto. “Creo que la ficción sí está amenazada por ese tipo de auge de la literatura testimonial” lo cita Mariana y agrega: “No digo que esté mal que exista; hay grandes libros de ese tipo, pero políticamente es muy conflictivo que se intente ocupar todo el espacio de la ficción con ese tipo de publicaciones. ¿No será que quieren cancelar la ficción para que no podamos imaginar? Te invito a pensar un poco más allá de lo que te pasó ayer cuando fuiste a comprar el pan y te encontraste con tu tío de 70 años... No quieren que nos imaginemos más que nuestra propia vida y encima pretenden que la contemos y que la volvamos a contar y que salga nuestra maldita cara en la portada del libro”. Al concluir la recreación de las palabras de su colega, Mariana pone su propio colofón: “Si eso no es una conspiración, no sé qué es”.

Alegoría de la familia - país



La escena ocurre en la casa de Mateo y Aurora, una pareja que cumple sesenta años de casados. Los dos andan por encima de los 80. La vivienda es típicamente de clase media–media. “Pero no vaya a creerse que siempre vivimos así –dice Mateo–. Al comienzo no teníamos dónde caernos muertos”. Aurora lo mira con ternura y añade: “Como todos los del barrio, viejo”.

Por el patiecito del fondo corretea un par de pre–adolescentes inquietos y bulliciosos; son los hijos de Daniel, el “mocoso”, que es el vástago más chico de la pareja que celebra. El “benjamín”, sin embargo, ya casi alcanza el medio siglo y su apelativo de “Mocoso” se lo pegaron hace mucho tiempo sus hermanos mayores, Eduardo y Mónica, en un arranque inocultable de celos que quedaron felizmente caducados.

“¿Sabe lo que nos permitió crecer como familia?”, pregunta Mateo y, casi sin pausa para digerir el interrogante, se responde: “el trabajo”.

“¡Cuidado! Que ahí va a empezar de nuevo con sus batallitas”, dice Mónica, risueña. Y su madre la cruza, firme pero amable: “No son batallitas, nena. Es la realidad. El ferrocarril nos dio de comer, permitió que nos hiciéramos la casa y fue el sustento con el que los criamos a Ustedes”.

Eduardo, el hijo más grande, señala una pared de la cocina donde cuelga un banderín verdolaga de Ferrocarril Oeste y cuenta: “el viejo nunca fue muy futbolero, pero en Ferro encontró una vía para su pasión de ferroviario”. Ni siquiera repara en el juego de palabras en el que apeló a la metáfora de la “vía” para referirse a la simpatía deportiva de su padre. Simplemente fluyó naturalmente, como toda la charla de esa tardecita.

“Y fue por eso que la vieja, que no sabe nada de fútbol, eligió hacerse hinchada de Vélez. Nada más que para tener otro motivo de discusión”, interviene Daniel provocando las risas del grupo.

“Déjeme que le explique –pide Mónica, solícita–: mi madre es radical furiosa”, dice y Aurora apunta en segundo plano: “Y a mucha honra”. “Mientras que mi padre es peronista desde siempre”, completa nuestra informante mientras Mateo sacude desde el fondo: “como debe ser”.

“¿Y eso nunca trajo problemas a la casa”, pregunta uno con cuidado, pero convencido de que puede hacerlo por el clima festivo de la ocasión.

“No, mi amigo –aclara Mateo, acercándose con una copa rebosante de cerveza– esta casa es una multipartidaria”. Después habría de enterarme que los hijos habían seguido sus propias convicciones, sin que nadie se enojara por eso.

“Eso sí, aporta Aurora, aquí todos apoyamos la democracia y creemos que lo mejor que puede pasarnos es que gobierne alguien con sensibilidad popular”.

“Con matices –dice entonces Eduardo–, en esta familia todos estamos alineados del centro hacia la izquierda”.

“Hasta la vieja, que sigue defendiendo al Yrigoyenismo”, dispara Daniel entre carcajadas.

“Aunque eso no le impidió acompañarnos con su voto en los ’70, cuando volvió el General”, reconoce Mateo.

“Ni a vos aceptar que Alfonsín era la mejor opción en el 83”, retruca Aurora.

“Por más que entonces yo les insistía en que había que apoyar a Alende”, replica Eduardo.

“Ya lo ve –me dice Mónica–: aquí estamos convencidos de que todo lo que esté del medio para la derecha es dañino para el pueblo”.

“Y nosotros nos sentimos parte del pueblo, que vivió sus mejores días cuando consiguió que lo dejaran votar en libertad”, comenta Aurora.

“Y cuando le dieron condiciones dignas de trabajo”, agrega Mateo.

“O cuando pudo ver a sus hijos completar los estudios que ellos no pudieron hacer”, añade Eduardo, contador público nacional.

Entonces mete baza Daniel que, a esta altura, ya había demostrado ser el más desfachatado de la familia: “Qué quieren que les diga: para mí la felicidad es poder irme de vacaciones con la familia”.

“¿Y quién te dio eso, eh?”, lo chumba Mateo con picardía.

“¿Y ahora saben a quién van a apoyar en las próximas elecciones?”, vuelve a preguntar uno con la mayor delicadeza posible.

Una sombra de preocupación les cruza el rostro a Mateo y Aurora, que se miran con el mismo cariño de hace 60 años. “Y, está difícil ahora...”, razona el hombre. Su esposa coincide: “Esta vez, ni siquiera tenemos la convicción del otro para apoyarnos. No me atrevo a pedirle que nos vote, cuando ni yo misma voy a hacerlo. Este radicalismo no tiene nada que ver con el que hace un siglo protegía a los chacareros frente a los dueños de la tierra, ni con el refundó la democracia hace 40 años”.

“Y este peronismo está envuelto en contradicciones que no le dejan ver con claridad el peligro que tenemos enfrente”, asegura Mateo. “El riesgo es que vuelva la derecha, de la que no se puede esperar nada bueno”.

“Ahí tenemos el ejemplo de Francia”, dice Aurora. “Es maravillosa la resistencia en las calles a la política de jubilaciones que quiere imponer el gobierno de Macrón. Me pregunto si acá tendremos la misma energía, en caso de que se les ocurra algo parecido”.

A Mónica la perturba ver a sus padres tan preocupados. “Vamos viejitos. No hay que aflojar. Mamita, tenemos que defender el Fortín de Vélez Sársfield. Papá, tenemos que seguir avanzando como hacían aquellas locomotoras indomables que vos manejabas”.



Por una vez, Daniel, el “mocosó” se pone serio: “¿Ven? Así es nuestra familia. Cuando vengán por nosotros, nos van a encontrar unidos”.

Uno sale a la calle, si no reconfortado, al menos con la esperanza de que, quizás, no todo esté perdido.

Fortalecer convicciones para combatir el desencanto



Por estas horas las usinas oficialistas están a full ocupándose de lo que haría un eventual gobierno de Cambiemos. Si alguno de los candidatos opositores en ciernes ganara las próximas elecciones presidenciales, presumen, el país sufrirá más que con las diez plagas de Egipto. El menú que se anuncia incluye:

privatizaciones de las empresas públicas, incrementos en las tarifas de los servicios, apertura indiscriminada de las importaciones, quita de subsidios, flexibilización laboral, aumento de la edad jubilatoria, supresión del derecho de huelga, arancelamiento universitario y devaluaciones de nuestra moneda (que también podría desaparecer, si prosperan las iniciativas dolarizantes de la economía).

Anticipándose a ese escenario, el ministro de seguridad de la Nación predijo que las calles del país se llenarán de sangre y de muertos por la represión de la subsecuente protesta social.

Esos vaticinios corren el riesgo de convertirse en la profecía autocumplida, es decir que las predicciones contribuyan a que los augurios se vuelvan realidad.

Lo notable de la situación es que desde las filas del oficialismo se produzca, apenas, una instancia reactiva y no una acción propositiva firme y decidida, que involucre medidas concretas y tangibles.

Quizás sea demasiado pedir para una administración que, con la posible excepción de su manejo sanitario en medio de la crisis global provocada por el COVID, no ha demostrado más que tibiezas, timideces y dubitaciones.

Así ha quedado de manifiesto no en un hecho aislado, sino en una variedad de asuntos. Por ejemplo, cuando su política en materia de recuperación de un sistema de Justicia creíble no avanza más allá de las declamaciones. O cuando su prédica contra el hegemonismo de la comunicación concentrada se agota en lo puramente declarativo y es incapaz hasta de sancionar conductas aberrantes como la “diagnosis” infame que un par de presentadoras televisivas formularon acerca de la hija de la vicepresidenta.



El control efectivo de nuestras vías navegables es un acto de afirmación soberana.

Si no pusilánime, esa conducta apocada también se verifica cuando el conglomerado industrial de *Vicentín* puede más que la voluntad del Poder Ejecutivo o cuando los poderes del Estado son incompetentes para fiscalizar la hidrovía del Paraná por donde se canalizan nuestras exportaciones de materia prima

Si en algunos sectores se mantiene una ligera expectativa por los comicios de octubre, seguramente se debe más a los conflictos que sacuden a la oposición que a los méritos del oficialismo en esta recta final de su último año de gestión.

Ya no alcanza con solo esgrimir la pandemia que mortificó al actual gobierno desde sus primeros días de vida o la prolongada guerra entre Rusia y Ucrania, como únicas explicaciones de una situación social comprometida para sectores cada día más populosos.

Existe una necesidad imperiosa (y en ocasiones angustiosa) de propuestas específicas que permitan recuperar la confianza y las ilusiones de un futuro mejor.

Hace algunos días un dirigente oficial recordaba que durante su mandato, Néstor Kirchner les pedía a sus funcionarios una propuesta diaria, un anuncio cada día. Era su política para levantar la moral de un pueblo castigado por la malaria del comienzo de siglo.

Sin embargo, muchos de sus sucesores que siguen llenándose la boca con su nombre no parecen demasiado aplicados a replicar aquella acción en el presente. Tal vez allí resida una explicación de la muy baja concurrencia a los comicios rionegrinos del pasado fin de semana. Apenas por encima del 60 por ciento, el cómputo de votantes está revelando el desinterés, el desencanto e incluso el malestar de un gran número de personas.



Pocos votantes y responsables de mesas. La escasa concurrencia a los comicios rionegrinos fue una preocupante demostración de desinterés democrático.

En las filas para emitir el sufragio, este cronista escuchó el domingo pasado la ácida bronca con que se expresaba un votante: “Por suerte es mi última elección. El año que viene cumpla setenta y estos políticos de m... no me enganchan más”. Inquietante afirmación que se produce a cuarenta años de la recuperación de las instituciones y que fortalece la posición de quienes sostienen que habitamos un escenario de fatiga y agotamiento democrático. Es imperioso revertir sensaciones como las que experimentaba ese elector malquistado o tantas otras personas que desatendieron su deber cívico y faltaron a su responsabilidad como autoridades de mesa designadas.

Cuando el gobernador electo enuncia con tono épico que pretende refundar el Instituto de Planificación y Promoción de la Vivienda de Río Negro se comporta más como un comentarista político que como un dirigente cuyo partido gobierna la provincia desde hace 12 años. ¿O acaso está reconociendo que todo lo que hizo durante más de una década en materia habitacional estuvo mal y merece ser demolido?

No van por ahí las propuestas que se necesitan. No hacen falta enunciados tribuneros que pueden ser desmontados sin mayor esfuerzo intelectual por cualquier persona con dos dedos de frente.

Se trata de reconstituir un entramado de voluntad y esperanzas

y de hacer saber a la ciudadanía que alguien está planificando modos de gobernar para una distribución más justa de la riqueza. Que existen despachos donde se trabaja para mejorar el control sobre nuestra producción exportable, pero que al mismo tiempo se estudia cómo hacer para que esa materia prima comience a incorporar valor agregado. Necesitamos desarrollar una industria ligera, mediana y pesada que nos evite pagar afuera lo que podemos hacer nosotros y que, simultáneamente, nos provea de fuentes laborales en mucho mayor número que el simple extractivismo de productos primarios.

Debemos garantizar que, dado que ni siquiera el pleno empleo asegura condiciones de vida digna si lo que los trabajadores o trabajadoras obtienen son sueldos miserables, las discusiones salariales libres serán protegidas. Y que los privilegios de los patrones y empresarios no avasallarán el derecho al trabajo, por lo cual hay que salir a expresar enfáticamente que la supresión de las indemnizaciones no será apoyada sino combatida.

Enfrente hay un escenario con adversarios ensoberbecidos que se atreven a presumir de aquello que hasta hace unos pocos años era motivo de vergüenzas y ocultamientos hipócritas. Ahora pregonan a los cuatro vientos su adoración mercadista, su inclinación por el darwinismo social y su preferencia por los autoritarismos represivos.

No resulta racional que la respuesta del campo popular, los sectores intelectuales y la progresía en su conjunto, abjure de sus compromisos y se abstenga de cuestionar la involución escandalosa que supondría repetir la propuesta privatizadora de finales del siglo XX o retrasar el reloj de la historia mucho más de un siglo para reponer modelos laborales perimidos: la supresión del aguinaldo o de las vacaciones pagas, con las que la derecha amenaza, supondría retroceder hasta la época de la Revolución Industrial.



*Hombres, mujeres y niños sobre explotados por un sistema laboral inhumano.
¿Hacia allí vamos?*

Resulta imprescindible fortalecer la resiliencia y capacidad de respuesta, tal y como viene ocurriendo en Francia ante la decisión gubernamental de modificar el régimen previsional (en desmedro, claro, de los trabajadores).

Los adalides del apocalipsis derecho descubrieron que les reditúa hacer proposiciones, aunque se trate de desmesuras y salvajadas: ventas de bebés, comercio de órganos, libre portación de armas, dinamita en el Banco Central y demás bestialidades. Saben que con todo eso no convencen a los empresarios, reacios a las extravagancias y los fuegos artificiales. Pero averiguaron que les abre las puertas de alguna gente de a pie, seducida por recibir propuestas, aunque sean brutales.

¿Por qué no estamos escuchando desde otros sectores, especialmente desde el oficialismo, planteos consistentes y racionales que nos protejan de tanto desatino y nos indiquen un rumbo adecuado y humanitario para que prospere la fraternidad y disminuya la desigualdad?

Algunas acciones ya no toleran más postergaciones. Es urgente tonificar la autoestima de un pueblo azotado por una economía que no da tregua; se impone abrir canales por los cuales lleguen (y se atiendan) los reclamos populares; hay que deconstruir cada una de las recetas con las que la derecha extrema y el liberalismo económico despiadado intentan asfaltar el camino hacia el infierno. Y, al mismo tiempo, debe ejercerse el poder para garantizar nuestra soberanía, resolver inequidades y asegurar que el Estado no cederá en la tutela de los derechos adquiridos y la atención de las necesidades básicas de la población (trabajo, alimentación, salud, educación, vivienda).

Es la única manera de recuperar la alegría de ir a las urnas sabiendo que lo haremos para acompañar candidaturas convocantes y no para votar a nuestros verdugos.

Inteligencia artificial y ¿realidad? en pantalla



A comienzos de este siglo una serie de televisión inició la andadura que la llevaría a convertirse en favorita de muchos analistas, que la ubican entre las mejores de la historia.

Se trata de *“The wire”*, que en sus cinco temporadas ofreció un retrato descarnado de la ciudad de Baltimore, centro urbano donde se agrupa la mayor población del estado de Maryland y que, aunque se encuentra próximo a la capital de los Estados Unidos, carece de una protección adecuada y suficiente. La ciudad ofrece indicadores sociales que están muy por debajo de la media norteamericana, al punto de ubicarse entre las más pobres del país.

Como correlato de esta situación degradada se han incrementado los niveles de violencia. El índice de asesinatos llegó a superar la tasa de muertes *per cápita* de ciudades históricamente violentas como Chicago.



En la década de los 80 las drogas comenzaron a invadir Baltimore y atrás de ellas llegaron las armas. Se estima que una cuarta parte de la población vive en la pobreza. Un ingreso de 30 dólares por día es insuficiente para que una familia viva dignamente. Es crudo el invierno sin calefacción en esta zona de los Estados Unidos y muchas casas carecen de ese servicio.

Un reporte de la cadena *BBC* recoge el testimonio de uno de los habitantes de Baltimore que describe el abandono y la desesperanza de sus vecinos. “La desesperación se ha convertido en una forma de vida”, dice el hombre.

Los datos llaman la atención, pero son reales. Uno de los últimos estudios del Departamento de Agricultura estadounidense reveló que en

uno de los países más desarrollados del mundo existe un porcentaje muy alto de la población que tiene problemas para alimentarse. La situación es tan severa que más de uno de cada cuatro niños latinos viven en hogares con inseguridad alimentaria.

El informe de la *BBC* nos permite escuchar a una mujer afroamericana que cuenta lo siguiente: “Yo crecí en el oeste de Baltimore. Me han violado dos veces. Mi hermano fue asesinado... Perdí a mi hijastro. También he perdido primos. Hace dos semanas perdí a alguien. Algunos años voy a dos funerales en un día”.

El escenario en que transcurre la serie es el de una ciudad que muchos definen como la peor del país, que está llena de asesinatos y otros crímenes y donde reina el narcotráfico. Todo eso nutrió los guiones de David Simon y Ed Burns. Simon llevó a las historias su experiencia como periodista en la sección policial de un periódico local y Burns fue policía. Los dos sabían de lo que hablaban.

Además del tema de las drogas en sí mismo, la serie se ocupaba de los efectos que la actividad provocaba sobre los sectores más pobres de la población. La clase obrera urbana fue una de las más afectadas. Por ejemplo, los estibadores en el puerto de la ciudad, que quedan envueltos en el contrabando cuando los contenedores pasan por su lugar de trabajo.

En *HBO* circula una leyenda según la cual la serie estuvo a punto de ser suspendida durante la primera temporada porque era “aburrida” y “no ocurría nada”. De hecho, los analistas más entusiastas con “*The wire*” reconocen que hay que atravesar los primeros cuatro episodios para que el producto levante y se vuelva adictivo.

Mario Vargas Llosa, uno de los seguidores más fervientes de la serie, aseguró que “tiene la densidad, la diversidad, la ambición totalizadora y las sorpresas e imponderables que en las buenas novelas parecen reproducir la vida misma, algo que no he visto nunca en una serie televisiva, a las que suele caracterizar la superficialidad y el esquematismo”.

Varios medios como la revista *Time* y periódicos como *The New York Times*, *The Guardian*, *Philadelphia Daily News*, *Entertainment*

Weekly, *The Telegraph* y *San Francisco Chronicle* no dudaron en caracterizarla como la mejor serie de la historia.

Pero ahí no acaba la cosa. El propio ex – presidente de los Estados Unidos Barack Obama afirmó que se trataba de su serie favorita. “No es que *The Wire* sea una de las mejores series de todos los tiempos –dijo Obama– es que es “una de las grandes obras de arte de las últimas dos décadas”.



Hay una foto muy curiosa tomada en la Casa Blanca en la que se ve a Barack Obama y a David Simon. Cualquiera distraído puede pensar que el periodista está entrevistando al presidente, pero no fue así sino exactamente al revés. El mandatario recibió al guionista de “*The wire*” para conversar acerca del fracaso en la guerra contra las drogas. Durante esa charla, el jefe de estado norteamericano le pregunta al autor por el contexto en el que había surgido la serie.

Entonces Simon describe a la Baltimore de los años ’80. La batalla contra las drogas llevó a la ciudad al colapso institucional. Policías dedicados en exclusiva a perseguir a camellos de poca monta, prisiones saturadas, calles convertidas en el salvaje oeste y una brutal cantidad de recursos públicos dilapidados en una batalla que no podía ganarse.

Ahora, ¿por qué hablamos de “*The wire*” más allá de sus merecimientos indiscutidos? Pues porque es uno de los ejemplos más claros de cómo la realidad puede ser ventilada a través de las pantallas de un medio que hasta hace algunos años llamábamos “la caja boba”.

En nuestros días, la televisión viene ofreciendo numerosas muestras de productos que le lavan la cara y la ponen en un lugar algo más digno que el de un mero depósito de tonterías. Banalidades siguen existiendo, pero al menos ahora también puede mostrar realizaciones que no avergüenzan a sus creadores y a las personas que las observan.

De hecho, no faltan quienes se entusiasman y llegan a formular afirmaciones cercanas a lo temerario. El crítico y escritor español Pedro Vallín, por ejemplo, sostuvo que “la televisión se eleva como termómetro de las incertidumbres del poscapitalismo [...] Si el cine quiere retratar al hombre, la serie habla de la sociedad⁵”.



⁵ En “*La televisión mata al héroe. Las series fijan el fin del individualismo y el regreso a grupos y familias disfuncionales*”. Diario La Vanguardia. Barcelona, 4 de noviembre de 2007.

Como quiera que sea, un caso llamativo es el de *“La captura”*, una serie británica estrenada en 2019. Por entonces, la inteligencia artificial ya estaba siendo explorada en los laboratorios e incluso probada en las calles, pero no había alcanzado la resonancia social de hoy ni producido los debates acalorados de estos días.

Para todos aquellos que rezongan contra los ciclos largos, hay que decir que este producto de la tradicional BBC inglesa solo tiene dos temporadas y que cada una de ellas reúne seis episodios. Esos doce capítulos bastan, sin embargo, para hundirnos en un océano de paranoias inquietantes o, probablemente, de realidades acechantes y en un alto grado de desarrollo.

En algún momento, la serie informa que en Gran Bretaña están funcionando seis millones de cámaras que controlan calles, plazas, demás espacios públicos y también muchos lugares privados. Esos dispositivos están conectados a un programa de reconocimiento facial que, en segundos, identifica a las personas. Lo grave es que el sistema no se queda allí: está siendo empleado para manipular las imágenes que recoge, incluso al punto de distorsionar la realidad.



Más de un centenar de naciones ya utilizan o han aprobado la vigilancia por reconocimiento facial.

Ya es bastante malo tener que vivir bajo el panóptico del estado policial, pero esto es mucho peor. Se trata de un régimen que opera a través de la vigilancia y la adulteración de los hechos y que se encuentra al servicio de poderes oscuros con los que vivimos y nos envolvemos.

La historia es profundamente perturbadora porque pone a los ciudadanos en una situación de absoluta indefensión.

Basta imaginarse las formas perversas en que podría implementarse en un país que tuviese un sistema de Justicia sospechado y desacreditado. O los manejos infames de los que sería capaz algún régimen político partidario del seguimiento de individuos a los que luego amenaza con carpetazos. ¿Le suena, estimado lector/a?

La serie lleva la historia a una escala de intrigas internacionales, en las que aparecen mencionados los servicios de inteligencia de Estados Unidos, China, Rusia y la propia Gran Bretaña. Queda la convicción amarga de que una corrupción global favorece prácticas en las que las personas pierden trascendencia y, cuando resultan víctimas, apenas son consideradas como “daños colaterales”.

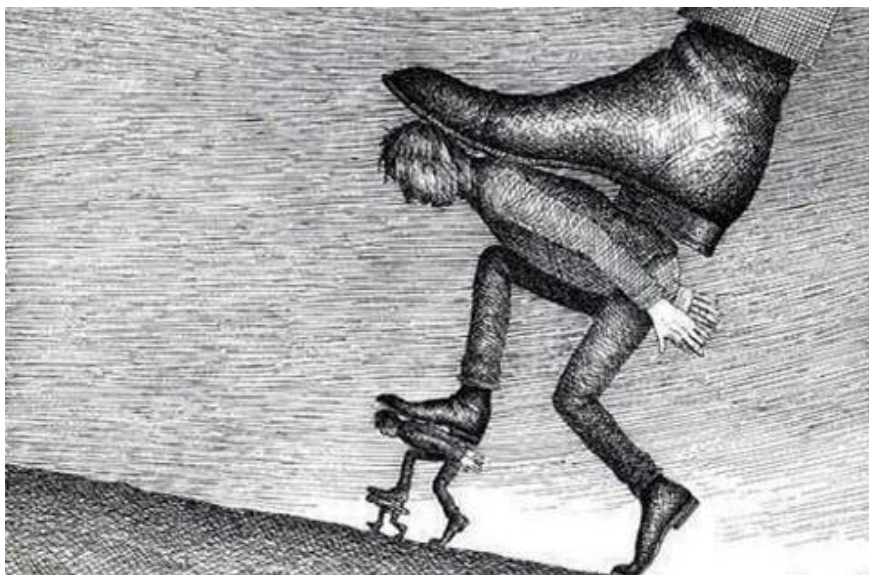
Las formas de control social que afectan libertades y derechos civiles ya constituían una práctica despiada cuando las manejaban los individuos. En manos de una inteligencia artificial sus alcances deshumanizantes adquieren posibilidades inciertas pero profundamente alarmantes.

Un aspecto particular del adelanto tecnológico en el que está concentrada la disputa actual entre centros globales de poder es el del despliegue de la tecnología de quinta generación en la telefonía celular. Mientras algunos científicos proclaman que ese desarrollo aumentará la exposición a los campos electromagnéticos de radiofrecuencia hasta niveles perjudiciales para los seres humanos y el ambiente, las cúpulas de los gobiernos poderosos y sus servicios de inteligencia en realidad continúan recelando de que esos aparatos constituyan un sistema de expropiación de información y espionaje eficiente y a gran escala. En este campo, los empresarios chinos vienen liderando los desarrollos, por lo que en “*The capture*” se convierten en sospechosos perfectos (aunque no los únicos) de una nueva guerra fría que convierte a toda la población

del planeta en víctima propiciatoria de su imaginario de violencia física y simbólica.

Las pantallas de diverso tipo y tamaño desde las que la nueva televisión busca legitimarse, similares a las que nos observan impúdica y minuciosamente, nos están avisando que la fantasía orwelliana de "1984" se encuentra cada vez más cerca de volverse realidad.

El salvajismo se enseñorea y nos degrada como sociedad



Como tantos otros argentinos, Joaquín se siente orgulloso de ser patagónico, región en la que habita desde hace casi cuarenta años. Sin embargo, nació y creció a escasos 25 kilómetros del Obelisco porteño. En sus años de infancia en aquella localidad del conurbano, había un caudillejo conservador, que supo ser intendente en períodos dictatoriales y también electo por el voto popular. Las malas lenguas locales, solían atribuirle enormes capacidades de ingesta alcohólica. Durante alguna campaña política, el tipo se descolgó con que su partido vecinal iba a ser el que llevara el subterráneo hasta el pago chico de Joaquín.

Ya sabe el imaginario popular que muchas de las promesas dirigenciales suelen tener escasa consistencia. Pero en aquel momento a nadie se le había ocurrido todavía anunciar que el tendido de vías del

tren subterráneo crecería diez kilómetros por año. Ese fue uno de los ofrecimientos vaporosos que alguno formuló mucho tiempo después y que, por supuesto, nunca se cumplió.

Pero no dejaba de ser una proposición atractiva y hasta razonable y útil. El subte es más seguro, más rápido y menos contaminante que el transporte terrestre. Si descontamos, claro, el componente de asbesto que está prohibido desde 2003 pero aún sigue existiendo en algunas formaciones del metro porteño.

Otras promesas, en cambio, son inconfesables pues resultarían piantavotos.

Ya lo reconoció un expresidente argentino de triste memoria que, después de consumir sus latrocinios, reconoció alegremente: “Y si decía lo que iba a hacer, ¿quién me hubiera votado?”. Junto al desguace del Estado, la picaresca era lo suyo. No obstante, el tipo tenía una aguda conciencia de que algunas cosas era mejor callarlas para evitarse sanciones en las urnas.



En nuestros días, piensa Joaquín, se han caído todas las barreras morales y nadie teme decir que en su futuro gobierno los niños no serían los únicos privilegiados, sino apenas una mercadería más. El mismo sujeto que propone la barrabasada anterior revela planes que permitan

poner en góndolas nuestros propios órganos. No aclaró cómo se establecería el costo de cada una de esas operaciones, pero es fácil suponer que quedaría librado al arbitrio del “Mercado”.



Un político tráfuga que ahora milita en la oposición dice que no compra la idea de la dolarización, pero igualmente coquetea con el susodicho anterior, que es quien la enarbola como estandarte de campaña.

El propio arquitecto de esa iniciativa en una nación hermana (Ecuador) desaconseja la aplicación de la medida en nuestro país, pero de todos modos allí siguen, juntos y revueltos, el maestro y sus epígonos.

El aspirante presidencial que algunos consideran más moderado o “tibio” y se ha ganado la caracterización de “paloma”, no trepida en anunciar que es imprescindible avanzar en una reforma laboral que siempre posiciona en primer término los intereses de los empleadores.

La cuestión más acuciante es qué cambió en la sociedad para que estos jinetes del apocalipsis ultramontano se sientan ahora con licencia para anunciar barbaridades, sin temor a la represalia de los sufragantes.

Quizás deberíamos invertir el ángulo desde el que observamos la realidad y pausar un instante el cuestionamiento a los anunciantes de ferocidades para volver la mirada hacia nosotros mismos. ¿Tan desespe-

rados estamos como para soportar que cualquier deschavetado intente ganar nuestro apoyo con enunciados grandilocuentes pero carentes de toda racionalidad y principio humanitario? ¿Es tan hondo el descrédito de la clase política que nos permitimos considerar la posibilidad de darle el voto a un mamarracho vociferante? ¿Cómo es que no nos permitimos considerar la involución de derechos que sobrevendría con cualquiera de estas propuestas?

Con recurrencia angustiante las crónicas periodísticas de todo el mundo nos anuncian la nueva masacre cometida por un sujeto armado en alguna escuela, plaza pública o centro de compras. Pero aquí seguimos aceptando que una dirigente saltimbanqui proponga la libre portación de pistolas, revólveres o armas largas. Es la misma que reconoció que la mutilación del territorio soberano de la Argentina la tenía sin cuidado.

Otra se atrevió a postular que algunos enclaves ciudadanos debían ser arrasados a punta de metralla.



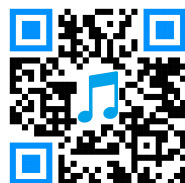
Con una fogosidad digna de mejor causa, cierta fauna economista criolla concurre a cuanto foro internacional exista para solicitar que el país no reciba asistencia económica o financiera alguna, sin importarle las consecuencias que ello pueda provocar sobre una comunidad con indicadores sociales en rojo.

La barbarie se adensa en la escena política y lo inquietante ya no es el envalentonamiento de unos enunciadores que han desatado su salvajismo, sino la permisividad de esa porción de la sociedad que los tolera e inclusive los aplaude.

Aquello que en unos pudiera ser una demostración de franqueza antes inexistente, en los otros solo puede concebirse como una conducta autolesiva profundamente perturbada y perturbante.

Suturar la grieta gigantesca que nos separa de quienes celebran la violencia y están dispuestos a convalidar la crueldad social, la cosificación de las personas, el esclavismo y similares vergüenzas atávicas, será una ímproba tarea. Quizás el solo intento de conseguirlo ya nos esté exponiendo al riesgo de un abismo de profunda degradación humana.

Riesgos de la “fatiga democrática”



En un *Aguafuerte* anterior hicimos alguna mención a la “fatiga democrática”⁶. Ese es precisamente el título de un libro de Antoni Gutiérrez-Rubí, un consultor político y asesor de comunicación catalán, cuya condición de europeo no le ha impedido tener un contacto intenso con la realidad latinoamericana. Gutiérrez Rubí contribuyó al triunfo electoral del colombiano Gustavo Petro, que le permitió a un partido de centro izquierda obtener la presidencia de aquel país tras muchos años de gobiernos con una clara orientación de derecha.

Pero ya antes, en 2019, había colaborado con el Frente de Todos para que Alberto Fernández llegase a la Casa Rosada.

Se comenta que ahora está asesorando a la mexicana Claudia Sheinbaum, actual jefa de gobierno de la capital de México y aspirante a la sucesión presidencial por el partido oficialista MORENA, Movimiento de Regeneración Nacional, del cual es fundadora.

Gutiérrez-Rubí es el autor de alrededor de veinte libros y suele airear sus ideas también en medios periodísticos. Allí precisamente ha puntualizado que tanto los partidos conservadores como los progresistas se deben rearmar con inteligencia para confrontar con opciones que ofrecen esperanzas inmediatas y soluciones fáciles.

Ya no alcanzan los repertorios antiguos y agotados para competir con estos emergentes, muchas veces caracterizados como “antisistemas”. Esa insuficiencia, dice el consultor, forma parte de la incapacidad de la política formal y tradicional.

Semejante falta de solvencia no solo afecta a las opciones de registro progresista, sino también a la derecha tradicional, arrinconada por los enunciados temerarios de los nuevos actores políticos.

⁶ Véase “Fortalecer convicciones para combatir el desencanto”, en página 147

Porque esas son las armas que vienen utilizando para captar votantes diversos. Pescan tanto en aguas conservadoras como en mares bravíos de jóvenes que creen ver innovaciones revolucionarias donde quizás solo existan bolsones de pensamiento reaccionario. Se envalentonan ante las flaquezas que hoy exhibe el elenco estable de la política, los gobiernos timoratos, la ausencia de propuestas esperanzadoras, la falta de referencias creíbles de un futuro mejor. Por eso incluso, se incrementa el número de quienes piensan que el mundo era mejor antes. Así lo reveló una encuesta de la Fundación Bertelsmann de 2019, titulada “El poder del pasado”, que atribuye esa creencia a dos tercios de los ciudadanos europeos. La cifra es impactante y más aún cuando nos enteramos que los más nostálgicos son los italianos, los franceses y los españoles, es decir aquellos con quienes compartimos raíces latinas.

También es significativo el perfil que el estudio ofrece del sujeto nostálgico: hombre, adulto —de hecho, aumenta con la edad—, trabajador amenazado o desempleado, residente en zona rural y con bajo nivel de educación. Su nostalgia es un sentimiento que se dispara con el miedo, la ansiedad y el malhumor. El futuro ha dejado de ser un destino prometedor y superador.

Son referencias sumamente perturbadoras que sirven de abono para el desencanto en el que pastorean los enunciadores de ferocidades.

Hay otro dato muy revelador que dio a conocer la Corporación Latinobarómetro, una ONG sin fines de lucro asentada en Santiago de Chile y que publica estudios de opinión pública en países de América latina. Según la organización, el 28% de los latinoamericanos es indiferente al tipo de régimen político en el que viven y, además, cuestionan las herramientas de este sistema o sus propios resultados.

Gutiérrez Rubí dice que esta porción de la ciudadanía utiliza la democracia a su medida. Apropiándose de una frase del presidente norteamericano Joe Biden, el analista afirma: “La democracia no puede sobrevivir cuando un lado cree que solo hay dos resultados en una elección: o ganan o fueron engañados”.



¿Será ese el desenlace del proceso electoral que tendremos en los próximos meses? ¿Hay maneras de evitar una resolución cuyo único destino sea la desconfianza, la sospecha de haber sido estafados?

Ciertamente, decisiones como la que acaba de tomar la Corte Suprema de Justicia de la Nación al suspender comicios en dos provincias argentinas no contribuyen a reducir las suspicacias y los recelos. La cúpula de un poder judicial desacreditado y con cuotas de credibilidad que están bajo mínimos se entromete en territorios ajenos con una impunidad absoluta, mientras sus propios integrantes desarrollan un conflicto interno escandaloso que, sin embargo, no les baja las ínfulas imperiales ni las ambiciones desmedidas de poder.

Paralelamente, los dos sectores políticos de mayor peso específico debaten sus miserias internas priorizando apetitos individuales antes que necesidades sociales.

En este contexto resulta casi lógica la sensación de "fatiga democrática" que mencionamos al comienzo de esta aguafuerte, citando la consigna de Gutiérrez Rubí.

Conviene aclarar que fatiga no es lo mismo que cansancio. Las personas cansadas todavía conservan alguna dosis de energía; el suyo es un cansancio temporal. En cambio, los sujetos fatigados agotaron todas

sus reservas y están imposibilitados de mantener un esfuerzo continuado y ni siquiera se encuentran en condiciones de reaccionar.



A ese trance nos referíamos en alguna columna previa cuando mencionábamos el caso de la resiliencia puesta en acto por la sociedad francesa ante las medidas de reforma previsional del gobierno de Macrón⁷. Allí manifestábamos las dudas respecto del comportamiento cívico argentino en caso de que una situación similar se produjese entre nosotros.

La preocupación no es descabellada. La propia Organización Mundial de la Salud ha realizado un llamamiento general a los gobiernos con el propósito de que desarrollen una «orientación pragmática y matizada para reducir el riesgo de fatiga de respuesta en el contexto de la presión socioeconómica».

⁷ Véase “Alegoría de la familia-país” en página 145.

Es cierto que ese pedido de la OMS fue formulado en el escenario de la pandemia provocada por el COVID, pero ¿quién podría desmentir que continúa siendo válido en la actualidad?

¿Se darán cuenta a tiempo los candidatos políticos que un clima de desencanto expandido puede conducir a salidas extravagantes y extremas? ¿Tendrán la capacidad suficiente para comprender aquello que ya en su tiempo avisaba Platón y que hoy parece resonar como un eco desatendido: “el precio de desentenderse de la política es el ser gobernado por las peores personas”?

La fatiga democrática se expresa tanto a través de quienes han gastado muchos almanaques a la espera de una mejora en sus condiciones de vida, como de jóvenes que quizás no posean una experiencia de vida semejante, pero que no toleran que se les clausuren expectativas.

Es en ese magma, similar al río revuelto en que suelen sacar ganancia los pescadores, donde prosperan iniciativas que, como decimos, no solo son estafalarias sino que entrañan peligros severos para la subsistencia democrática.

A todos nos compete evitar una hecatombe como esa. La responsabilidad conjunta de quienes acceden a los poderes públicos y quienes los hemos llevado a ese lugar es evitar la anomia social, alineando los intereses individuales con los de la comunidad.

Es con honestidad intelectual, convicciones firmes y compromiso social como podremos impedir que la vitalidad colectiva se extinga, dejando los destinos del país en manos de aventureros bestiales. Hay que desenmascarar a los profetas de la barbarie, sujetos mesiánicos que intentan dorarnos la píldora con fórmulas inhumanas que, por supuesto, carecen de todo argumento porque su explicación pondría al descubierto la insensibilidad brutal que las inspira. Para eso necesitamos reconstituir energías y ponerlas al servicio del bien colectivo, la igualdad, la justicia distributiva, el estímulo a la participación, la fraternidad y el respeto de los derechos adquiridos.

El tiempo no sobra. Un horizonte electoral desafiante está a la vuelta de la esquina.

Un llamamiento a la firmeza y a la audacia



Un nombre de triste memoria está siendo revivificado por un intelectual que encontró cobijo en nuestro país. En tiempos de perplejidad cognitiva, el boliviano Álvaro García Linera formula un llamamiento a los gobiernos progresistas para acometer con audacia el diseño de un porvenir en el que lo instituido no cancele lo instituyente. Con Cristina fuera del escenario, la necesidad parece más acuciante y el reclamo resulta más pertinente.



En la Argentina, Álvaro es un nombre rápida y fácilmente asociable a una parte trágica de su historia. Todo porque un sujeto portador de esa designación y apellidado Alsogaray fue un político, militar y economista que impulsó las ideas del liberalismo económico a lo largo de gran parte del siglo 20.

Era un férreo antiperonista y tan sinuoso como para haber sido funcionario en dictaduras y en gobiernos surgidos de elecciones, pero en cada caso lo hizo reivindicando ideas ortodoxas, que ensalzaban las privatizaciones, el achicamiento del Estado y el fomento permanente a la iniciativa privada.

En nuestros días, otro Álvaro, pero de ideas sustancialmente distintas, ha venido a intentar acercar equilibrio en la significación histórica de un nombre.

Se trata de un intelectual boliviano que supo ser vicepresidente de su país durante más de una década y que obtuvo refugio en la Argentina cuando el gobierno que integraba sufrió una asonada destituyente en 2019.



Se llama Álvaro García Linera y ha sido uno de los arquitectos de las profundas transformaciones experimentadas por Bolivia durante el período en que la gobernó junto a Evo Morales.

A los 60 años ya ha aquilatado una vasta obra escrita, algunos de cuyos títulos son: “Sociología de los movimientos sociales en Bolivia”; “Las armas de la utopía”; “Socialismo comunitario: un horizonte de época”; “Forma valor y forma comunidad de los procesos de trabajo”; “Crítica de la nación y la nación crítica” y “De demonios escondidos y momentos de revolución”. Esas nomenclaturas nos acercan una idea de por dónde circulan sus convicciones.

En 2012 este Álvaro biempensante disfrutó de un privilegio al que pocos tienen acceso: su casamiento con una periodista e ingeniera

comercial boliviana -celebrado con un rito aimara en el sitio arqueológico de *Tiwanaku*-, contó con la asistencia de dos Premios Nobel de la Paz: la guatemalteca Rigoberta Menchú y el argentino Adolfo Pérez Esquivel.

Hace algo más de una semana, García Linera concurrió a la Cámara de Diputados de la Nación donde participó de un acto conmemorativo al cumplirse 40 años de la recuperación de las instituciones argentinas. Allí sostuvo que "sólo una ampliación de la igualdad económica de nuestras sociedades permitirá defender la democracia como algo inherente al sentido común popular".

En la etapa que están atravesando las sociedades y el capitalismo global, el pensador considera que nos encontramos "ante las señales clarísimas de un crepúsculo del modelo de acumulación" que fue predominante durante las últimas cuatro décadas. El propio Fondo Monetario Internacional alerta de cómo las encuestas mundiales confirman la sistemática declinación del apoyo social a la globalización".

Esta es una época de "perplejidad cognitiva" en la que entran en crisis los horizontes predictivos. García Linera atribuye a esa razón que la sociedad en su conjunto, sus líderes políticos y sus intelectuales, no puedan trazar cursos de acción posibles con la suficiente credibilidad y comprobación como para despertar entusiasmos colectivos duraderos.

Ese diagnóstico que hace resaltar la escasez de rutas confiables, tal vez sirva también para comprender el atractivo que despiertan incluso algunas propuestas descabelladas.

¿Por qué sino habría personas entregándose a unos cantos de sirenas que no solo proponen volver a recetarios que han fracasado reiteradamente sino que ahora añaden dosis de irracionalidad y de absurdo?

Lo grave, siguiendo el hilo conceptual que propone García Linera, es que mientras este interrogante continúa aturdiendo nuestras neuronas, las formas de imaginar el porvenir colectivo se encuentren paralizadas.

En los últimos días, el exvicepresidente de Bolivia presentó su libro más reciente, "La comunidad ilusoria", ocasión que sirvió como

excusa para analizar la coyuntura global y llamar a la audacia de los partidos progresistas.

Según su criterio, este tipo de gobiernos "solamente puede avanzar si corre. Cuando se detiene para tomar descanso, retrocede". La figura es terrible porque la carrera no es equitativa, sostiene García Linera. "Cuando la derecha corre y se detiene, todo el mundo le da agüita, le venta con un abanico. Pero cuando el progresismo se detiene, le dan a la rodilla para romperle los huesos", señala. Y enseguida reclama:

"No te detengas nunca. El detenerte es tu derrota inevitable. Sigue corriendo. Arrástrate. Pero que siempre haya correspondencia entre el discurso que emites como gobernante y la sensibilidad y el sentimiento de la gente".

Parecía ser una exhortación teledirigida al actual gobierno argentino, al que -como se recordará- la propia Cristina Kirchner caracterizó como cooptado por la "Agrupación Amague y Recule".

Según la apreciación del autor cochabambino, el presente y el diseño del futuro únicamente pueden encararse con cuotas importantes de resolución, firmeza y determinación.

Si la propuesta de gobierno no se vitaminiza continuará cediendo terreno ante opciones de derecha que aparentan estar sintonizando necesidades populares. Es solo una figuración ilusoria, una conjugación imposible y que además no puede ser. Pero, a veces, las fantasmagorías alcanzan tal presencia en los imaginarios sociales que algunos distraídos pueden llegar a confundirse.

Ante una realidad apremiante la demanda no puede comenzar y acabar en quienes hoy ejercen la función pública (un funcionariado del cual se sospecha que posee piezas que "no funcionan"). Esta exigencia debe comprometer e involucrar a todas las voluntades del campo progresista para volver realidad aquello que se reclama pero que, como penoso antecedente, ya se saltó en 2019: la edificación de un plan integral de gobierno, condición insoslayable para que no volvamos a estar unidos apenas por el espanto.



La vicepresidenta se mostró a la cabeza de ese reclamo. Ahora que está en el llano, ¿podrá conservar influencia no solo para impulsar la discusión sino para determinar el norte que oriente las conversaciones en ese hormiguero despavorido en que podría convertirse el peronismo? ¿Cuál será el concepto que guíe las políticas públicas? ¿Desde qué actitud serán conducidas las negociaciones con el FMI? ¿Qué lineamientos se aplicarán en la definición de nuestra política exterior? ¿Dentro de ella, qué relaciones serán privilegiadas? ¿Qué se propondrá en materia de política económica, reestructuración de la matriz productiva y distribución del ingreso? ¿Qué posición sentará el actual oficialismo en relación con el extractivismo y la protección ambiental? ¿Cómo serán encaradas la política salarial y las negociaciones colectivas de trabajo? ¿Desde qué perspectiva serán abordadas la inseguridad y conflictividad social? ¿Qué papel será asignado a las políticas asistencialistas para sectores sociales vulnerables? ¿En dónde será puesto el acento: en el gasto público o en la inversión social? ¿Desde qué tipo de sensibilidad social se definirán las políticas educativas, habitacionales, sanitarias? ¿Será promovida una reforma impositiva basada en principios de equidad social? ¿Qué puede esperar la población adulta mayor en materia previsional? ¿Habrá modificaciones en las políticas de derechos humanos? ¿Cómo enfrentar de aquí en adelante a los sectores desbocados de un Poder Judicial progresivamente más impresentable a cada momento? ¿Existe conciencia de la

necesidad de reponer la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual? Y, antes de seguir enumerando asuntos esenciales: ¿alguien puede creer que cada uno de estos interrogantes cosechará las mismas respuestas, capacidades equivalentes y similar énfasis con cualquier integración del binomio escogido para defender el programa finalmente elaborado?

Sin la presencia de una líder del predicamento de Cristina actuando como cemento entre los grupos confluyentes, tampoco sería descabellado preguntarse por las seguridades de arribar a acuerdos firmes que garanticen la unidad en el tiempo, por encima de los egos, apetitos y matices (e incluso diferencias sustantivas y profundas) de los distintos comensales.

(Todavía permanece fresco el recuerdo del “fuego amigo” que, en 2015, sepultó las posibilidades de Aníbal Fernández en la provincia de Buenos Aires y resultó decisivo para que Macri llegara a la Casa Rosada).

Para que la tarea inconducente de mirar las musarañas no consuma nuestras energías y nos impida encontrar los caminos hacia el mejor porvenir es imprescindible perseverar en la vocación de ir más allá de lo aparente o ver bajo el agua.



En esa tarea siempre es valioso el acompañamiento de las personas esclarecidas que nos ayudan a pensar mejor, eso que tanto temen los defensores del statu quo, históricamente aferrados a sus privilegios. Voces como las de García Linera convocan a que lo instituido no cancele o postergue lo instituyente.

Una mirada sobre las inteligencias artificiales



Freddie Mercury jamás grabó *“Yesterday”* pero eso no impidió que una inteligencia artificial produzca una versión del tema con su voz. A partir de ese episodio este aguafuerte desgrana una serie de preguntas perturbadoras respecto de los riesgos que suponen semejantes habilidades en manos de artificios inteligentes. Quizás fuese menos inquietante si no viviésemos en un país en el que la manipulación de pruebas constituye un mecanismo de adocenamiento y control al servicio de los poderes fácticos.



Quizás no deberíamos seguir hablando tanto de la inteligencia artificial. O no deberíamos hacerlo desde el lugar de esos simples peatones de la vida, que hablan sin conocimiento profundo del tema. O que, simplemente, hablan porque el aire es gratis.

Resulta inquietante que estemos ayudando a crear preocupación respecto de las implicancias que podría llegar a tener el desarrollo de una

inteligencia no humana, robótica, con ínfulas de autonomía y con voluntad de criterio propio.

Busco y rebusco y creo que esa preocupación tiene una porción imprecisa de origen en la enorme cantidad de historias distópicas que circulan acerca del fin de la humanidad a manos de un conglomerado de cables y chips que logren poner en funcionamiento un cerebro positrónico.

También, claro, hay otro componente que da sustento a esa preocupación: es la desconfianza que despierta la doctrina del destino manifiesto de una potencia imperial de la que solo caben esperar acciones para su propio y exclusivo beneficio.

Y queda, por fin, la tercera porción de causalidades para esta inquietud. Se trata del comportamiento miserable de quienes serían capaces no ya de auto-sacrificarse sino de condenar a sus pares a la extinción para que ese proclamado destino manifiesto de otros se concrete.

En ese magma de capacidades y fortalezas desbalanceadas e inequitativas, cuya mayor cuota-parte ya ni siquiera es propiedad de un Estado sino de corporaciones transnacionales sin alma, que alguien esté fabricando un Golem hace más fácil pensar en que su uso estará siendo planificado para acciones perversas contra la humanidad antes que para ayudarnos a encontrar soluciones a la degradación ambiental o la escasez de recursos naturales no renovables; el hallazgo de una cura para enfermedades que aún no tienen remedio; la garantía de provisión alimentaria para ocho mil millones de personas y la certeza de que el porvenir traerá consigo una mejor calidad de vida para todas las personas que habitan el mundo.

Y allí surge otro dato que explica el desasosiego. Se hace patente cuando verificamos que llegamos hasta aquí con la cabeza formateada para dar preeminencia a la susceptibilidad. Una oleada nauseabunda de tecno-pesimismo nos hace pensar que los dados están cargados para que nos caigan del lado inconveniente.

Por eso resulta complejo permitirse concebir salidas fraternas. No es fácil cuando a diario convivimos con actitudes de egoísmo feroz o

de desinterés despiadado. ¿Cómo podría nadie pedirnos que creamos en alternativas que mejoren nuestro estar (colectivo) en el mundo? piensa cualquiera, desolado ante tanto discurso atrabiliario, semejante reiteración de iniquidades individualistas.

Entonces, cuando viene alguien a plantearte que en un laboratorio remoto y que ni siquiera alcanzás a imaginarte hay un grupo de científicos que cada día logran avanzar un paso más en el desarrollo de redes neuronales artificiales, uno ya está preparado para esperar lo peor.

Aunque no sean iguales, los razonamientos son equivalentes a los que angustiaban a algún antepasado cuando se enteraba que un cometa que se acercaba venía a destruir la Tierra o que el arribo de un nuevo siglo vendría acompañado del día del Juicio Final.

Hay toda una tradición entre temerosa y supersticiosa, como la que late en un documento del siglo 15 hallado en un monumento funerario de Inglaterra. El texto profetiza: «Cuando las imágenes parezcan vivas, moviéndose libremente, cuando los barcos, como peces, naden bajo el mar, cuando los hombres, superando a los pájaros, escalen los cielos; entonces, la mitad del mundo se hundirá en la sangre».

Es el pensamiento de una época pretérita, rica en supercherías, dogmas religiosos y convicciones o verdades subjetivas que devienen creencias indemostrables.

Hoy deberíamos haber superado algunos estadios de esa razón que atrasa. Basta considerar que la historia de la inteligencia artificial ya tiene 80 años. Nació en 1943 cuando, desde la lógica, la cibernética y la neurociencia computacional los científicos Warren McCulloch y Walter Pitts presentaron el primer modelo matemático para la creación de una red neuronal.

El primer ordenador de red neuronal se llamó Snarc y fue creado en 1950 por dos alumnos de Harvard, Marvin Minsky y Dean Edmonds, que serían fundadores del prestigioso Instituto Tecnológico de Massachussets. Muy poco después, de hecho en el mismo año 1950, Alan Turing publicó el Test que lleva su nombre, que todavía se utiliza para valorar las Inteligencias Artificiales.



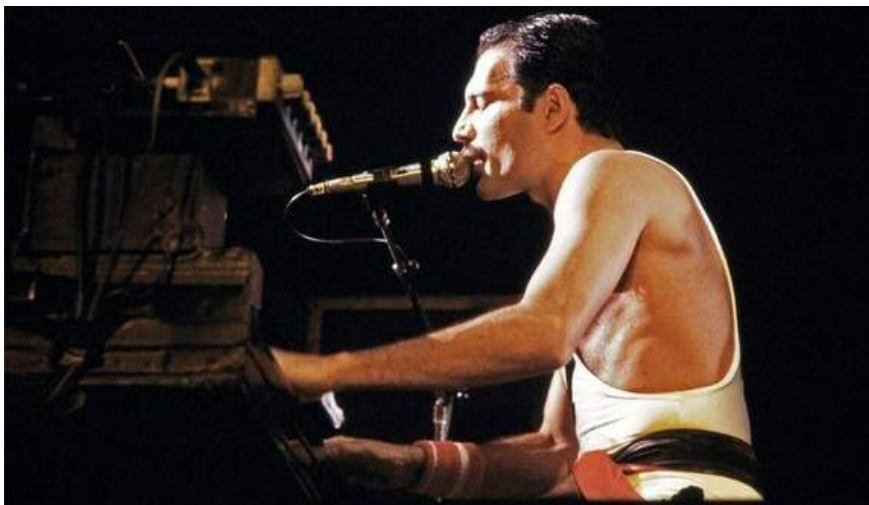
Este ordenador británico fue diseñado por Turing en 1956. Pese al porte su potencia equivalía a la de una simple calculadora de nuestros días.

Igual que sus colegas, Turing iba a resultar fundamental en los desarrollos tecnológicos y científicos que sobrevendrían. Además de la inteligencia artificial fue pionero en biología y se hizo famoso por descifrar el código nazi en la Segunda Guerra Mundial. Era matemático, lógico, informático teórico, criptógrafo y filósofo y está considerado como uno de los padres de la ciencia de la computación y precursor de la informática moderna.

¿Cómo es posible que el fruto del trabajo de estas mentes privilegiadas haya derivado hacia este estado de sospecha? ¿Será que no emitieron las señales adecuadas para fortalecer bases de confiabilidad en lo que estaban haciendo? ¿O el rumbo se extravió después? En todo caso sería criterioso poder establecer cuándo y por qué ocurrió.

Hace unos días, una radio de Buenos Aires transmitió la grabación producida por una inteligencia artificial en la que la voz de Freddie Mercury interpreta "Yesterday", el clásico tema de John Lennon y Paul

McCartney. A lo largo de la historia la canción que popularizaron Los Beatles ha tenido numerosas versiones, pero nunca fue grabada por el cantante de *Queen*. Es muy difícil sustraerse a la sorpresa ante la verosimilitud lograda, pero es igualmente imposible evitar pensar en los riesgos que entrañan las habilidades que poseen las actuales herramientas digitales.



Automáticamente se sopesan las posibilidades de sofisticar y acrecentar el cúmulo de noticias falsas que ya se encuentran en circulación. ¿Se imaginan el zafarrancho que se armaría si la presunta voz de Cristina anunciara mañana que ha revisado su negativa a participar de los próximos comicios? ¿Pueden ponderar las consecuencias de un llamamiento a la desobediencia civil, proclamado desde alguna voz prestigiosa? ¿Cuáles serían los límites para una imaginación desbordante que decidiese emular aquella experiencia radiofónica histórica en la que Orson Welles convenció a un país que nuestro planeta estaba siendo invadido por marcianos?

Y lo que quizás sea peor: ¿cuánto daño podría producir una manipulación de ese tipo si quedara a cargo de algún juez o fiscal de esos que deshonran la actividad de impartir justicia?

Si la convergencia entre agentes de los servicios de inteligencia,

magistrados y funcionarios varios recurría a los “carpetazos analógicos” como medida de control y domesticación para políticos, empresarios e incluso familiares, ¿qué no harían con el acceso a estos artificios inteligentes?

Uno se da manija y la voluntad de mantener viva la llama del tecno-optimismo empieza a tambalear. No quiere ceder la esperanza ante el despliegue de los personeros del autoritarismo, el control social del Estado policial, el ventajismo de los poderosos, pero en estas condiciones se hace arduo sostener las ilusiones de un mañana mejor.

Para resistir con expectativas favorables tenemos que propiciar en nosotros mismos un desacondicionamiento mental que nos permita creer sin caer en niveles de conciencia ingenua que ignoran la realidad; confiar en nuestra capacidad de discernimiento evitando las interpretaciones simplistas y fortalecer ideales compaginando armónicamente argumentos emocionales y explicaciones racionales.

Mientras conseguimos todo eso sería importante y valioso establecer un tejido de relaciones interpersonales que nos ofrezca seguridades y confirme aquello que llega a nuestros sentidos.

Borges, las calles y la patria



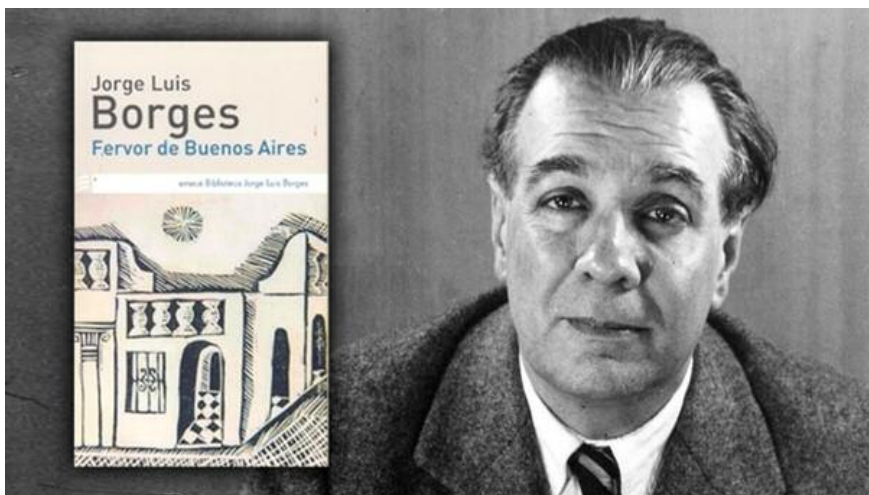
En 1923, un joven Jorge Luis Borges publicó su primer libro de poemas. Lo llamó “Fervor de Buenos Aires” y tuvo una pequeña tirada de alrededor de 300 ejemplares, que fueron editados por el propio autor. Posteriormente el texto volvería a ver la luz en versiones revisadas por Borges para -según su testimonio- limarle algunas asperezas. Pero desde aquella

publicación liminar han pasado ya cien años durante los cuales la figura del escritor se agigantaría, sin eximir a su pensamiento político de miradas polémicas y criterios encontrados. Su talento literario, sin embargo, siempre se elevó más allá de cualquier controversia.

Uno de los poemas incluidos en el texto ahora centenario fue “Las calles”, de las cuales Borges confiesa que forman parte de sus entrañas. Pero no las arterias del centro porteño, incómodas de turba y aje-

treo, sino las callecitas desganas del barrio, casi invisibles de habituales, enternecidas de penumbra y de ocaso. Y todavía más, aquellas más distantes, rodeadas de árboles piadosos y de casitas austeras, desperdigadas y abrumadas por inmortales distancias.

Esa geografía plácida establecía para Borges una promesa que aplacaba soledades a través de sus miles de almas singulares.



El poeta exhibía la aguda sensibilidad que le causaba ese paisaje chato de calles que se desplegaban hacia el oeste, el norte y el sur. En los versos que rematan el poema afirmaba que esas calles son también la patria y expresaba una esperanza: “ojalá en los versos que trazo estén esas banderas”.

El concepto de “patria” sufrió reiteradas agresiones desde que aquel muchacho veinteañero se lo atribuyese a esas calles que ahora un político energúmeno propone privatizar.

Algunos no te han respetado la voluntad, Borges. Esas banderas que tus versos quisieron trazar se desdibujan, igual que los dos o tres colores del patio que otro poema nos cuenta que se cansan con la caída de la tarde. Las banderas evanescentes, sin embargo, deben su desvanecimiento a la insensibilidad de personas que no comparten las impresiones de apego hacia lo nuestro.



Esta no es una reivindicación patrioterica del terruño. No nos conmueven los alardeos exagerados y superficiales que únicamente constituyen una pose, un artificio y nunca una convicción leal.

Por el contrario, una mueca de simpatía nos cruza el rostro cuando recordamos al español Miguel Gila, aquel que proponía monólogos desopilantes y reflexivos a través de su cómplice y su muleta: un teléfono. Una de las opiniones que solía reiterar es que la patria es un invento de los poderosos para que la gente sencilla diera su vida y su sangre por los intereses de esos mismos poderosos.

En esa línea cuestionadora, el filósofo ruso Mijaíl Bakunin, a quien se considera uno de los padres de esa corriente de pensamiento tantas veces distorsionada como es el anarquismo, repetía aquello de que "mi patria es el mundo; mi familia la humanidad".

Pero esas manifestaciones de espesor humanista y preocupación por la gente de a pie no obstan a que atendamos y consideremos la dimensión emocional y afectiva que prospera al calor de lo próximo, lo inmediato, aquello que nos conmueve más porque conocemos mejor.

Una vuelta de tuerca interesante y provocativa es la que supuso la afirmación de que "la patria es el otro". Quizás la frase esté verbalizando la voluntad de romper el cerco de egoísmo individualista; tal vez patentice la intención de contener a los que opinan distinto en un espa-

cio en el que puedan convivir formas de pensar diferentes (aunque en ese caso probablemente sería más acertado proponer “la patria también es el otro”).

Mentar a la patria en un tiempo de desenfundadas prácticas globalizantes entraña el riesgo de incurrir en categorías anacrónicas, sobre todo cuando la enunciación involucra una asignación de valor de cuño fundamentalista. La asociación con reivindicaciones nacionalistas ha tenido aplicaciones profundamente anti solidarias y muy poco fraternas, cuando no totalitarias, si el planteo se formulaba desde el nacional-socialismo o sus adyacencias.

Las tensiones también se dejaron sentir cada vez que el internacionalismo volcó sus energías en la reivindicación de la cooperación política o económica entre pueblos y naciones.

En cualquier caso, sin afanes excluyentes ni vocación de postergar a nadie, la dimensión emotiva y afectiva de la palabra “patria” es algo palpable en las voces de algunos y una impostación hipócrita en las expresiones de otros.

La proyección de su sentido profundo más allá de nuestras fronteras es equivalente a las emociones que a Borges le despertaban las callejuelas sosegadas de los suburbios, solo que no es grato concebirnos como parte de un “centro” que mire por encima del hombro a sus arrabales.



Cuando “patria” desborda referencias limítrofes caprichosas y trasunta convicciones inclusivas y decisiones que privilegian el bienestar colectivo antes que prerrogativas individuales o sectoriales, adquieren presencia aquellas banderas poéticas que Borges quiso trazar en sus versos iniciáticos.

A medida que nos acercamos al inminente horizonte electoral es imprescindible discernir desde qué lugar y con cuáles intenciones cada quien enarbola la consigna patriótica.

Ataque criminal sobre la Plaza



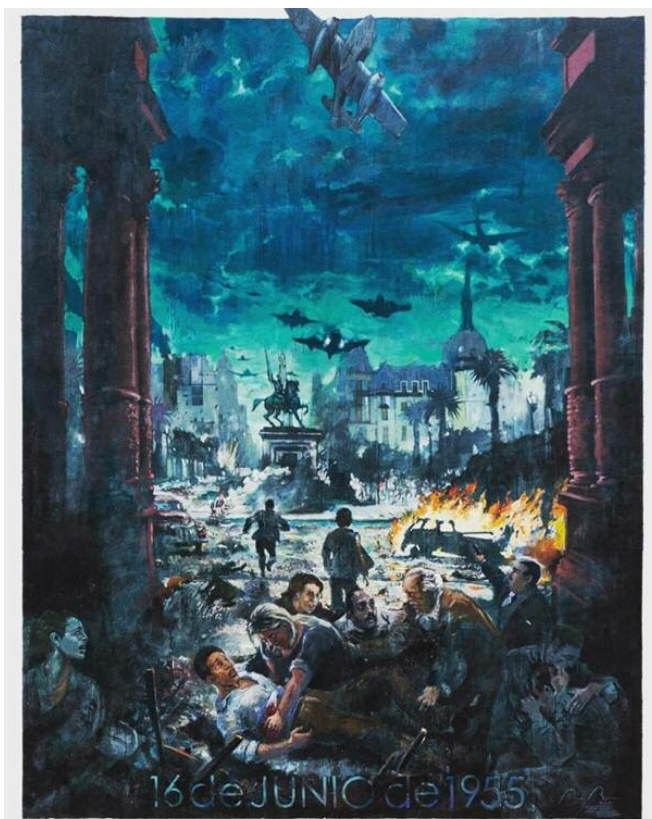
El viernes pasado se cumplió un nuevo aniversario del bombardeo sobre Plaza de Mayo.

Sucedió hace 68 años (el 16 de junio de 1955), constituyó el bautismo de fuego de la aviación argentina y se convirtió en el único antecedente en toda la historia de la humanidad en que pilotos de un país bombardearon a sus propios compatriotas. Una referencia singular, triste y vergonzosa.

La tragedia comenzó a las 12:40, en el horario reposado del almuerzo. Treinta y siete aviones de la armada de guerra argentina comenzaron a sobrevolar la plaza histórica y le descargaron 9 toneladas y media de explosivos.

El ataque fue tan bestial que la cantidad de bombas arrojadas resultó superior a las que pilotos nazis lanzaron sobre Guernica durante la Guerra Civil Española, con la obvia diferencia de que en el episodio europeo eran alemanes matando vascos y aquí, como señalamos, eran argentinos asesinando a sus paisanos.

El ataque se extendió hasta las 6 menos diez de la tarde. Fueron más de cinco horas de una agresión infame. Desde el vamos, la CGT decidió convocar a los trabajadores a defender al gobierno. El presidente Perón reclamó a los gremialistas que no lo hagan, para que el conflicto se resolviese entre militares. Los sindicalistas decidieron no acatar el pedido y en torno a la Casa Rosada pronto se juntaron varias decenas de miles de personas. La plaza era un hervidero y esa figura pronto se iba a volver una dolorosa realidad.



Desde el cielo seguían cayendo bombas de fragmentación de trotyl y una lluvia de balas 7,62 y 20 mm. Las piezas artilladas de los criminales podían realizar en conjunto hasta 570 disparos por minuto, lo que da una idea clara del enorme poder de fuego del que disponían frente a una población indefensa.

Cuando se quedó sin municiones, un piloto de la marina, el teniente primero Carlos Enrique Carus, demostró que lo que le sobraba era crueldad. Desde el caza Gloster Meteor que tripulaba descargó sobre la multitud un tanque suplementario de combustible. En el infierno que desató, decenas de trabajadores murieron calcinados.

Obviamente la masacre tenía el propósito de asesinar al mandatario, elegido democráticamente por la ciudadanía. Los comicios habían tenido lugar cinco años antes, en 1951 y en ellos Perón alcanzó su segunda presidencia, ampliando su anterior base de electores, ya que obtuvo más de un 62 por ciento de los votos.

Sin embargo, la decisión soberana les importó poco a los militares, que venían conspirando desde tiempo atrás acompañados por el acompañamiento ominoso de conspicuos jerarcas religiosos y secuaces civiles. Entre estos últimos se anotaban dirigentes políticos como Miguel Ángel Zavala Ortiz, de la UCR; Américo Ghioldi, del Partido Socialista; Guido Di Tella, de la Democracia Cristiana y otros esperpentos del Partido Demócrata Nacional y el nacionalismo católico.



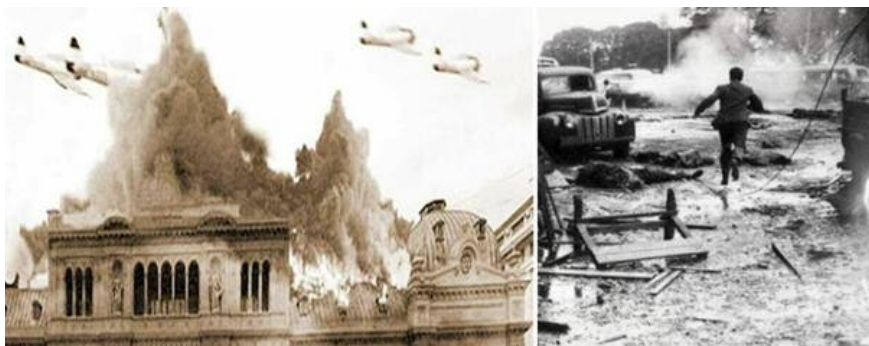
La cruenta intentona procuraba producir un golpe de Estado y fue tan feroz y sanguinaria que provocó la muerte de más de 300 civiles,

personas que estaban desarmadas y resultaron arteramente asesinadas. Ese número circunscribe solo a quienes lograron ser reconocidos, ya que hubo una cantidad no determinada de víctimas cuyos cadáveres no lograron ser identificados como consecuencia de las mutilaciones y carbonización causadas por las deflagraciones. Además, durante el bombardeo y los combates que siguieron, otras 700 personas resultaron heridas.



El epicentro de los acontecimientos fue la plaza histórica, el lugar en que se produjeron algunos de los acontecimientos más destacados de la historia argentina. En torno de la Plaza de Mayo se agazapó el demonio de la fiebre amarilla en 1871. En la fuente de esa plaza se mojaron los pies cansados los “grasitas” que en el '45 fueron a exigir la libertad de su líder. Y diez años más tarde sería el lugar en el que las bombas iban a partir el invierno porteño. Después, la Plaza de Mayo estaba llamada a ser el escenario de convocatorias y puebladas y convertirse en el Ágora de nuestros días.

Pero en el '55 fue el sitio en que 132 aviadores militares y un civil mutilaron y asesinaron a sus propios conciudadanos. Lo hicieron desde 37 aparatos de la aviación naval que inmediatamente utilizaron para darse a la fuga y refugiarse en Montevideo.



Es significativo revisar los nombres de esos criminales, porque en el futuro iban a persistir en sus prácticas genocidas. Allí estaban Emilio Massera, edecán del Ministerio de Marina, y su hermano el teniente de navío Carlos Massera, y también Osvaldo Cacciatore, que en la dictadura de Videla sería impuesto como intendente de la misma ciudad que había bombardeado dos décadas antes. Otro de los conjurados fue Carlos Suárez Mason, alias “Pajarito”, que participó de los golpes de estado de 1966 y 1976 y que comandó los centros clandestinos de detención de la provincia de Buenos Aires durante la última dictadura. También intervino el capitán de navío Francisco Manrique, que luego se reconvirtió en dirigente político e incluso intentó llegar a presidente bajo el sello de la Alianza Popular, un grupo de derecha.

Ellos son el ejemplo más palmario de lo que se consigue cuando los crímenes de lesa humanidad no son castigados; cuando el atropello contra el Estado y las instituciones democráticas es perdonado.

A los sectores reaccionarios y conservadores les molestaban asuntos que todavía hoy los perturban: la nacionalización de empresas y recursos claves para nuestra economía, que estaban en manos de capitales extranjeros, la transformación de la clase obrera en un actor decisivo de la escena política, la proyectada división de la iglesia y el Estado, la aprobación de la ley de divorcio, las conquistas sociales alcanzadas en la década peronista.

La incipiente movilidad social ascendente tampoco despertaba entusiasmos entre grupos defensores del statu quo, que profesaban un

inocultable odio de clase y vociferaban su desprecio por lo que concebían como un “aluvión zoológico”.



A casi siete décadas de aquella demostración de barbarie algunas situaciones se mantienen invariables. Cuando lo consiguen, los desheredados de la tierra siguen sobreviviendo como pueden. Pero algunos actores sociales que habitan el otro extremo de la pirámide ya no se conforman con la subsistencia de las asimetrías: quisieran exterminar de la faz de la tierra a esos desharrapados que apenas comen o no comen y que malviven durmiendo a la intemperie o en el interior de un cajero automático al que en una mueca difícilmente graciosa han caracterizado como ‘monoambiente’.

Todavía no se atreven a atacar con aviones, pero compran pistolas taser y su policía reprime con un entusiasmo digno de mejor causa. Han renunciado a cualquier eufemismo y anuncian medidas salvajes de ajuste.

Es tan despiadado el discurso que hasta sus propios acólitos manifiestan preocupación por las brutalidades que se gestan. Una de las propias fundadoras del principal espacio de oposición teme que ese ajuste en preparación sea de carácter brutal y que incluya la decisión de

“reprimir hasta matar si es necesario”. Casi como si quisiera poner en remojo la barba que no tiene, o quizás abriendo el paraguas desde ahora, la dirigente preanunció que "vamos a terminar en un juzgamiento por delitos de *lesa* humanidad".



Vale la pena insistir: sorprendentemente todo esto lo dice una referente del mismo sector en el que presumiblemente se cuece el caldo de las desgracias.

En estos días convulsos y expectantes de nuevas tragedias, la revisión de aquellas imágenes de vuelos rasantes que vomitaban odio, plomo y explosivos en partes iguales provocan consternación, conmueven y llaman a la reflexión ante un porvenir que amenaza con la recurrencia del fratricidio. Y ni siquiera nos queda el consuelo de que la atacante sea una dictadura, porque los voceros que lo anticipan y se preparan para ejecutarlo se presentan en sociedad como si fueran patriotas republicanos y demócratas.

La prologuista

Tina Gardella es Licenciada en Comunicación Social y Magister en Planificación y Gestión de Procesos Comunicacionales. Docente de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Tucumán y de la Maestría en Problemáticas Contemporáneas de la



Comunicación de la Universidad Nacional de Jujuy. Su campo de especialización son los temas vinculados con la Radio, la comunicación comunitaria, popular y alternativa y la relación comunicación/derechos humanos. Sus libros y publicaciones dan cuenta de estos campos relacionados a las problemáticas actuales. Es locutora y capacitadora en expresiones orales situadas. Dirige la Carrera de Locución de la UNSTA. Forma parte del Comité Editorial de la Revista VIATOR (UNJu)

El Autor

Ricardo Haya es Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Nacional de La Plata y Magister y Doctor en Comunicación Audiovisual por la Universidad Autónoma de Barcelona (España).



En 2022 se jubiló como investigador científico en la Universidad Nacional del Comahue, donde se desempeñó durante más de 30 años como responsable del Área Radiofónica de la carrera de Comunicación Social. Durante seis años fue director de “*Antena Libre FM*”, emisora universitaria de General Roca, Río Negro.

Su ciclo radiofónico “*La Balsa*” recibió el premio Martín Fierro 1999 en el rubro educativo/cultural. Su ciclo radiofónico “*El Candil*” recibió el Premio Binacional “*Río de los Pájaros*” en los años 2013 y 2014.

Es autor de numerosos libros y artículos periodísticos publicados en la Argentina, Ecuador, México, Brasil y España. Además, participó en congresos y foros académicos en todas esas naciones y también en Uruguay, Perú, Colombia, Venezuela, Estados Unidos, Francia y Suiza.

Actualmente imparte clases en el Departamento de Artes Audiovisuales del Instituto Universitario Patagónico de las Artes (IUPA), de General Roca.

Agradecemos a la emisora *Antena Libre*, perteneciente a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Comahue y al portal *Va con firma* (www.vaconfirma.com.ar) por contribuir con sus archivos sonoros y de materiales gráficos a la compilación de los textos aquí compilados.

Se terminó de imprimir en agosto de 2023
en PubliFadecs
Departamento de Publicaciones
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Universidad Nacional del Comahue
General Roca, Río Negro, Argentina.
publifadecs@hotmail.com